

ZORRILLA Y SUS FANTASMAS

Por FRANCISCO DE COSSIO

PRODUCE asombrar al leer la producción poética de don José Zorrilla, en la edición de obras completas que acaba de lanzar la editorial Santarén, bajo el patrocinio del Ayuntamiento de Valladolid y con la ordenación y revisión de nuestro primer zorrillista, don Narciso Alonso Cortés. Porque, vista su obra, en conjunto, y siguiendo sus avances y retrocesos en el curso del tiempo, advertimos el signo de unidad de su inspiración, y la continuidad de su potencia poética. Desde luego, podemos afirmar que en la literatura española no se ha dado un caso tan típicamente español como el de Zorrilla. Yo espero que la publicación de sus obras completas le pondrán otra vez en el primer plano de la actividad literaria, renovando la admiración de los lectores, y descubriendo a los jóvenes un rumbo de poesía desconocido para las nuevas generaciones.

Ahora, con motivo de un libro del doctor Blanco Soler, se está dando mucha vueltas al tema de la juventud y la vejez. Claro está que este tema no preocupa a los jóvenes, sino a los hombres que han pasado la cumbre del medio siglo. Pues bien, Zorrilla, a los sesenta y dos años, se siente irremisiblemente joven. A esta actitud de entrega, en realidad le llevan, más bien que los años, los desengaños. La juventud del año 92—no ha surgido aún la del año 96—lo aprueba a Zorrilla en el olvido de sus preocupaciones literarias y fantásticas. Y como advierte, pese a su don Juan Tenorio, que su poesía parece a todos vista, se decide a sentarse a todos vista, para perorar o salvarse con su propia poesía. El naturalismo positivista de Góngora y la retórica tribunicia de Núñez de Arce, que privan entonces entre la juventud, relegan el estilo de Zorrilla a una esfera de camuflaje, de invalidez, de arqueología. Hoy, con una perspectiva más justa, advertimos la fuerza de eternidad de esta poesía; es decir, el aspecto de la juventud perenne de la poesía y el poeta.

Zorrilla escribe en verso un resumen del año 1892-1893. Es el año del centenario del descubrimiento de América. Destacar está en su apogeo. «El diablo en Lagartijo», llamado por telégrafos—escribe el poeta—. «¿Quién llama a Lagartijo por teléfono? Sagasta y Cánovas, el presidente nato de cuando predilecto se instala en la nación. Y después, sin perder ritmo ni rima, una lista de nombres famosos en aquel momento. Toda la grey aristocrática, y entre todos, Méndez y Pelayo, que es uno y sumo dos. Y sigue en una mecenazgo que hoy, a distancia, nos parece un poco absurdo: «Rubi, Rubén Darío, Sepúlveda, Bredón, el muerto Miguel Álvarez y el Inmortal Arista, Marqués, Curro Enríquez, Echegaray, Benlliure, el albeirido, Vidari el polemista, el buen marqués de Dubas, el alano Campomanes, la inevitable Emilia, Valbuena el impetuoso, Balart, Mateos, Camacho, y Knaab, y Pons, Olarión, Gaspar, Menéndez, Vilal y Núñez de Arce, Billa, el Papa Negro, Salda, Alberto Bosch...»

Oventa entonces Zorrilla setenta y cinco años, y se siente más joven que cuando, a los sesenta y dos, se sentía un viejo definitivamente. No le falta el humor en este balance, para poner, al fin, serio, como en un trófeo tiempos de juventud, cuando recibió sus primeros versos al borde de la tumba de Larra.

«¿El que fué me angustia, ni el presente me espanta;—no sé más que hacer versos, y porque más no sé,— mientras en pie me tango,—con voz en la garganta,—me versos a mi Patria y a Dios consagraré.—Cuando me tallo la tierra donde fijar mi planta,— cuando me tallo el cielo donde tomar la luz,— una tanta gloria otorgará, una...

experiencia tanta,—ni en la alma ha de faltarme de Cristo la fe santa,— ni fosa en que me entierran a sombra de una Cruz...»

Es interesante analizar el panorama literario y artístico de este momento, a la luz de Zorrilla pobre, desvalido, viejo, pero aún con la elocuencia arrebatadora de su inspiración. Sus contemporáneos pensaban, sin duda: un poeta que se acaba, que se va, una sombra legendaria que se esfuma... La juventud, en todos los tiempos, ha sufrido estas errores.

Entre los artículos en prosa publicados por Zorrilla al final de su vida, a raíz de refugiarse en los lunes de El Imparcial de la mano manifiesta de Ortega y Munilla, existen dos, publicados en la ilustración ibérica, que atañen a una de sus preocupaciones literarias más profundas que advertimos en la dramática del poeta. La preocupación de los espectros, duendes, aparecidos... Uno de estos artículos se titula «Duendes, miedos y supersticiones caseras». El otro, «Espectros caseros». El poeta trata estos temas con cierto tono humorístico, pero yo pienso que otra le queda dentro. Desde luego, en estos artículos da muestras de cierta erudición sobre duendes y aparecidos, lo que indica que cuando éstos surgen en sus obras dramáticas, no aparecen a humo de pajas. Cuenta Zorrilla dos anécdotas de duendes que le amedrentaron en Méjico, y ello nos descubre hasta qué punto la fantasía del poeta tenía tratos constantes con lo sobrenatural. A la luz del día trata de tomar a burla las posibilidades de la noche, mas en cuanto ésta llega, Zorrilla se acoge a sus fantasmas. Y así es, fundamentalmente, el teatro de Zorrilla. Un teatro de fantasmas. Estos, una vez, son reales, y otros, fingidos. Las soledades sobre las fantasmas para alejar al vulgo de sus conculcaciones. Otras veces son los monodiosos falsos, que establecen su industria en una casa de duendes para que nadie se acerque allí; otras, el mesurado caballero que, para realizar tranquilamente sus dotes oratorias, crea fantasmas que alejen del lugar de sus oídos a curiosos e importunos. Así, Zorrilla, en su teatro, cuando no crea fantasmas auténticos, los hace fingidos, como en «El alcázar de Ronquillo», o el diablo en Valladolid. O en la primera parte de «El zapatero y el rey». Pero aun en estas obras, en las que los fantasmas son mero recurso de creación humana, acaban por convertirse en fantasmas verdaderos. En el modo, al alcázar Ronquillo o al rey don Pedro de Castilla les ocurre lo que al escéptico Athendore. Que de tanto burlarse de los fantasmas, va a vivir a una casa donde hay un fantasma auténtico. Y acaba por conocerlo y por seguirle, y aun por encontrar su esqueleto en un patio y darle sepultura decorosa, con lo que el fantasma deja ya de aparecer.

En la dramática de Zorrilla, los muertos tienen siempre un papel más importante que los vivos. Zorrilla, despreciando constantemente a don Juan Tenorio, finge retratar de los espectros, pero a don Juan, que los espectros son más fuertes que él. Yo en esta revisión cronológica que he hecho en la producción total de Zorrilla he advertido la calidad espectral que tiene su poesía. Es como si en ella hablara veces de otro mundo. La contemplación directa de la realidad no le inspira al poeta nada coherente con ella. Un paisaje, una calle, un apartamento, no nos dan, a través de la versión de Zorrilla, una impresión de cosa vista y vivida. Esto, elementos reales aparecen ante nosotros como soñados. En pleno romanticismo, el duque de Rivas nos ofrece, como en un cartón de Goya, un aguafuente en Sevilla, en el puente de Triana; un mesón cerca de Hernánchuelo; el portal de un convento donde se reparte ropa a los pobres; un cuadro de vida militar en Italia... Zorrilla, con estos elementos, escometas toda sugestión realista, para penetrar en ellos con el color de su mundo. La Sevilla de don Juan Tenorio no es Sevilla, ni en la hostería del Laurel descubrimos un cuadro de costumbres, ni en la quinta, junto al Guadalquivir, percibimos de una manera evidente el aire local. La realidad no se para de sino un leve punto de apoyo para que se muevan sus espectros. Nos hallamos ante la poesía dramática más fantástica, y, por esencia, más poética que ha existido. Zorrilla juega constantemente con sus espectros.

Hace mucho tiempo que no ofrecía a mis ojos una lectura tan apasionante como esta de las obras completas de Zorrilla. Visto así, en su totalidad, a través de media millón de versos, don José Zorrilla nos produce el asombro de una fantasía en perpetuo deslizo, en la que las palabras, las imágenes, el ritmo, nos envuelve como algo que no corresponde a la realidad. Algo que pertenece íntegramente al mundo sobrenatural, el otro mundo.



El profesor Piccard:

El hombre que habló en la Sociedad de Amigos de la Cultura, de Zurich, tiene una fisonomía conocida en el mundo entero, una talla desmesurada, una frente inmensa, unos cabellos blancos y unos ojos que miran a lo lejos. Es el profesor Piccard.

A pesar de la guerra y de los terribles dificultades que oponen a los inventores, el profesor prosigue su nuevo sueño. Es el hombre que ha subido más alto en el cielo, y quiere ser el hombre que descenda más bajo en el mar. Aunque la expedición no pudiera hacerse—dijo—, siempre me quedaría la alegría de haber construido el aparato y de haber resuelto el problema de volver a la superficie.

Porque el aparato está construido ya. Minuciosamente, el doctor Piccard describió y evocó los problemas técnicos que ha tenido que resolver. Una cabina submarina se parece en muchos puntos a una cabina estratosférica. En los dos casos hay que aislar completamente la tripulación del medio ambiente y hacer posible la maniobra del aparato.

La cabina submarina es una esfera de 2,10 metros de diámetro en acero soldado, cuyas paredes, de setenta y cinco milímetros de espesor, pueden resistir la presión de cuatro kilómetros de agua. Será deslizada desde la superficie del mar por un cable, pero, para evitar las rupturas, han de sostenerlo flujos. Así la cabina podrá pasar con facilidad en el fondo del mar.

Pesará diez toneladas, pero por la presión del agua será de cuatro toneladas al sumergirse. Siete flotadores llenos de bencina reducirán el peso. La cabina podrá descender lentamente a la profundidad deseada.

Poco a poco el conferenciante, arrastrado por el entusiasmo de su invento, se fué animando. Evocó las maravillas que piensa fotografiar a miles de metros bajo las olas, la película que representará de la vida en los espacios abismales, la presentación de una fauna y de una flora insospechadas.

Descenderá primeramente a un kilómetro, para ensayar los aparatos. En el curso del segundo viaje, la cabina bajará a tres mil metros. La experiencia mayor, la de los seis kilómetros de profundidad, la efectuará sin tripulación de ninguna clase. Si resulta bien, podremos emprender con tranquilidad el viaje que nos conducirá al punto más bajo del fondo del mar.



Un noviazgo original:

Una encuesta bastante pintoresca ha tenido lugar en Hollywood. El periodista la ha orientado únicamente en el mundo que vive alrededor de la industria cinematográfica.

A las «estrellas», a los productores, y entre aquellas y éstos únicamente a los que están casados, el colega ha ido a preguntarles cómo habían conocido a su cónyuge y si recordaban alguna anécdota relativa al conocimiento o al noviazgo.

El millonario Nicolás Schenk ha ganado la palma de la originalidad. He aquí cómo y por qué se casó.

Un día se disponía a subir al «yacht» de Tom Methan para un largo crucero, cuando vio una muchacha que miraba con interés el «yacht».

Impulsado por un brusco e inexplicable capricho, empujó a la joven al agua sin preguntarse siquiera si la chica sabía o no nadar.

Por fortuna, la muchacha, después del «plungeon», remonó sonriente a la superficie.

«¡By Jove!—exclamó el millonario— ¿Se quiere usted casar conmigo?»

«Sí».

Y se casaron.

Por tanto, fue mediante un baño con esta joven se convirtió en una de las reinas de la producción cinematográfica, porque si Nicolás Schenk es vicepresidente de la Metro-Goldwyn-Mayer, su hermano Joe dirige la Fox. En ambos centros la mayor parte del cinematógrafo estadounidense.

La guerra de nervios continúa, pero hasta cierto punto se está convirtiendo en un «boomering», esas armas que vuelven al punto de partida. En Norteamérica existe en la actualidad una verdadera fiebre de desembarco, que en el país llaman «Invasion Jitters».

Y esta fiebre ha provocado la erupción de un botón rojo.

El botón, eléctrico, se halla guardado cuidadosamente en una sala del centro radiofónico de Nueva York.

El operador que oprime este timbre interrumpirá al mismo tiempo todas las emisiones norteamericanas. Se hará un silencio absoluto en los aparatos de radio, un silencio que precederá al anuncio solemne de «la batalla por Europa» empezado ya.

Al mismo tiempo, en todas las Iglesias de los Estados Unidos las campanas sonarán invitando a los creyentes a que recen por la victoria de las armas de su nación.

Como se ve, todo está previsto. Salvo la fecha del famoso desembarco.

Cambio de rostros:

Basta un segundo de tiempo para que el rostro de un muchacho de veinticinco años se convierta en un objeto de horror y de piedad. Este segundo que puede determinar el destino de una vida se ha presentado en esta guerra, como en la precedente, para millones de hombres a quienes una bala, la explosión de una granada han desfigurado.

Hay estos hombres no serán unos patrias. Estos hombres no tendrán necesidad de ocultarse, pueden creer todavía en la vida, verán claros rostros amados inclinarse hacia ellos, no por piedad sino por amor; esos hombres recuperarán su cara gracias a la cirugía milagrosa.

El doctor comandante Perrus, que dirigió durante la guerra la ambulancia quirúrgica de Sezan, se halla hoy al frente del servicio máxilo facial, en el hospital de Lyon. Más de cien rostros han pasado por sus manos y por las de sus ayudantes, rostros torturados, gracias a su ciencia, se convierten en caras humanas.

Nada detiene a la cirugía facial. Venen las heridas y las mutilaciones más profundas. Para conseguirlo es preciso concederle un factor esencial: el tiempo. Tiempo fué necesario para conseguir que el rostro del soldado Joyce fuera lo que es actualmente. Y todavía se necesitarán algunos meses más para que sea completamente normal. Hay que tener en cuenta que este soldado perdió la mandíbula inferior y los labios quedaron pulverizados por la explosión de una ametralladora.



Injertos en la cara:

El soldado Joyce, antes de ser mutilado, había sido carbonero en Lyon. Hoy ha vuelto a serlo. Gracias a los cuidados del hospital donde el doctor Duclos le trató, tiene un rostro que puede considerarse sin producir horror. Tiene un mentón convenientemente reformado, una boca que se abre y cierra, permitiéndole hablar y alimentarse por vía bucal después de haber perdido labios y mandíbula, y poco a poco llegará a ser exactamente igual que era antes de la explosión de la ametralladora, porque los científicos del hospital han hecho una cuestión de amor propio el dejarle igual que antes de sucederle el accidente.

Este mismo prodigio lo han efectuado con el cartero de Lyon, cuya nariz ha surgido de nuevo; con el oficial aviador, cuya terrible quemadura del rostro no es más que un recuerdo.

Este prodigio reside principalmente en el progreso de los injertos. Injertos libres cuando se trata de una pequeña superficie; injertos pediculados cuando falta mucha piel. Con estos injertos la armazón facial ha quedado reconstruida. Hay que seguir injertando. Es una reconstrucción en modelado. De los dedos del cirujano saldrá un rostro sano, noble, humano.

Tiempo, mucho tiempo es necesario; pero el paciente, entre operación y operación, puede regresar a su domicilio. Algunas veces son necesarias tres, cuatro o cinco intervenciones. Cada una de ellas marca un progreso.

Un día, liberado, con un rostro que en nada se parece al que comenzaron a tratar en la clínica, el soldado encuentra su alegría de vivir, su esperanza. Vuelve a ser un hombre en toda la plenitud de su vida.



Un grano de trigo:

Entre las anécdotas de manicomio se retiene una que no deja de tener cierta gracia, aunque en nuestra literatura, desde los tiempos de Cervantes—y precisamente— en «La vida de los reyes católicos» de Juan de Mariana, se repite la historia de un hombre que ha puesto en circulación recientemente:

Un pobre demente estaba convencido de que era un grano de trigo, lo mismo que el licenciado Vidriera creía que era de cristal. En el momento que veía una gallina o un pollo, corría a recordarse por miedo a ser comido. Conducido a un manicomio, fué curado.

EN LA COLA DE LA PERFUMERIA



— Señor agente, me ha llamado fea.
— No es un caso de prioridad. Póngase en la cola.

dado y curado, por lo cual se le devolvió la libertad.

—Buena, ya está usted bien del todo —dijo el director del establecimiento—. Ahora ya no eres ser un grano de trigo en la paja.

—Claro que no, doctor... Cuando estaba loco, lo creía; pero ahora me encuentro cuerdo.

Poco después, al loco volvió por su propio pie a su domicilio y encontró una señal en su camino. Y de nuevo emprendió la fuga. Le detuvieron y lo volvieron a conducir al manicomio. Y el doctor le interrogó:

—Vamos, amigo. ¿Usted cree que estaba curado?... ¿Usted estaba persuadido de que no era un grano de trigo en la paja?

—Respondió al enfermo.

Y añadió con toda sinceridad:

—Lo que ignora es si la gallina está al corriente de lo que no lo soy.



REFLEXIONES



Las ventajas de los labios delgados

Afirma una revista antropológico-etnográfica que mensualmente se publica en una nación sudamericana, que para articular las palabras como debe hacerse, es indispensable mover los labios con la máxima soltura y facilidad. Una persona que tenga los labios gruesos no puede moverlos rápidamente, pues los músculos que contribuyen a su funcionamiento se encuentran como obstruidos por su peso excesivo, y por consecuencia, la articulación de sus movimientos se afecta con torpeza y dificultad.

Además, como ejemplo palpable de esta teoría, que los negros y los chinos —razas por lo general de labios gruesos y carnosos— pronuncian difícilmente los idiomas europeos y en cambio los suyos respectivos, por lo general monosilábicos o guturales, los hombres de la península, como que por otra parte no deja de ser lógicamente natural.

En cambio, los labios finos se mueven con suma soltura y facilidad, y para ellos no hay pronunciación imposible; es decir, que la boca emite libremente hasta los más difíciles sonidos. Por consiguiente, las personas que se tengan la suerte de poseerlos, tienen muchísimo adelantado para dedicarse a las profesiones de orador, cantante, conferenciante o profesor.

También parece ser que el bigote, sobre todo si es muy espeso, puede mismo influir en que los labios salgan de la boca con dificultad, siendo su efecto totalmente análogo al de los labios gruesos. Es muy posible —la opinión no es nuestra— que la costumbre que tienen los actores teatrales de no usar bigote, sea motivada por el deseo de que no existan trabas para la libre pronunciación.

En esto sentimos no estar de acuerdo con la divulgadora y estudiosa revista, porque algunos oradores famosos —don Emilio Castelar para no ir más lejos— tenían un enorme bigote, como es sabido, y, embargo, sus discursos salían de su boca con claridad perfecta.

¿Sirve usted para espía?

Este era el encabezamiento de un anuncio que allá por 1930 apareció en los principales periódicos de determinada nación, cuyo nombre hoy nos es ya vedado consignar.

Después de formular la inquietante pregunta se invitaba a aquellos aspirantes que se encontrasen con aptitudes para tan arriesgada misión y quisiesen disfrutar de una espléndida retribución, gastos pagados, etc., a dirigirse por escrito a determinada dirección que, naturalmente, no tenía la menor relación, al menos en apariencia, con ningún departamento oficial.

Como estaba casi recién terminada la guerra limítrofe Greco-Turca de 1921, que en parangón con la actual resultaba poco más que una pedrea de chicos, había un sinnúmero de agentes secretos que ya nada tenían de tales, y que vivían como bucaneros de Dios les daba a entender, dándose a veces la palabra que al que substraía, por ejemplo, nada menos que los planos del sistema fortificado del sector XM-48-F-21, desempeñaba a la sazón el modesto cargo de dependiente de una vaquería.

Y claro está que ante aquel anuncio sintieron casi todos bullir nuevamente en sus venas la sangre aventurera del espionaje e inmediatamente comenzaron a enterarse del asunto en que podían ser útiles sus servicios.

¡Mas, ¡oh, cruel desilusión! No se trataba ni más ni menos que de un sencillo e inofensivo espionaje industrial. Había que averiguar, y, en su caso, formular la oferta de compra de determinados productos, o la del agua de colonia Z, o el porqué los tacones de goma... duraban más que los similares en el mercado. El máximo peligro que se corría era que se expusieran a uno de la fábrica, talleres, tienda u oficina en donde se realizase la labor informativa, a una de ejecuciones anónimas o al pelotón de fusiles brillantes en la madrugada ni conmovimientos en fortalezas de piedra y fosos de agua, con sus rastros y sus prisiones vivas.

Y, ¡oh, que son las cosas! Hubo alguno que, al aceptar la propuesta del anuncio, por la más sencilla de las razones, se dio una atropellada bofetada de

«Monsieur» desea casarse

Es habitual hoy día en los periódicos franceses encontrar una sección de anuncios por palabras dedicada a «Monsieur».

En ellas figuran preferentemente, no las damas, como podría creerse, que solicitan anónimamente y por intermedio de una agencia los favores de Cupido, sino los caballeros, que buscan compañeros de alegrías y penas, estemprados, desde luego, con el más absoluto carácter de moral y legalidad.

Como al fin y al cabo se trata de anuncios, están presididos por la ley lógica y natural de la publicidad; es decir, que «la mercancía» se adorna todo lo posible para que tenga más «demanda» y, por consiguiente, mayores probabilidades de «venta». Así, pues, se ofrecen buenos sueldos, posición desahogada, granjas con productos hortícolas, frutas y animales. No es raro tampoco que el anunciante pregone su estatura, el color de su cabello y su aspecto físico; algunos hasta manifiestan poseer el certificado sanitario obligatorio... Es decir, que no falta ninguno de los requisitos que debe tener un buen matrimonio.

Esto es humorístico, muy francés, pero también sumamente decorador. ¿En que en la suya Francia, patria de la galantería y tierra natal de grandes amantes de uno y de otro sexo, no existe el cariño puro y sentimental que debe presidir la constitución de una familia, y la santificación de esta hoy que someterla a un «affaire» publicitario? ¿Empequeñece el cariño y universal verbo citándolo a unas líneas de tipografía?

A nuestra ardiente imaginación española nos parece que los matrimonios que resulten de estos anuncios han de tener siempre la cortés frialdad que liga a las partes interesadas en un negocio común, pero nada más.

Debe, además, ser curioso que en una discrepancia conyugal diga el esposo a la dama que lleva su nombre: «Me has dado un resultado pésimo! Esta visto que no puede uno darse de los anuncios».

Un billete premiado

La Lotería Nacional puede en algunos casos convertirse en un valioso auxiliar de la Policía. El hecho no podía haber ocurrido en España, porque aquí no es corriente que un señor se juegue todas las seras, ni siquiera un billete entero, «¡mismo!» si se quiere, pero se organiza un juego imponente. Pero en otros países donde los billetes no se dividen

en décimos ni existe la costumbre de las participaciones, sí.

En Chile, por ejemplo, que es donde ha sucedido el caso.

Un Santiago de Chile un rico comerciante había sido asesinado y despojado de todos los objetos de valor que llevaba encima de su persona.

Cuando su hijo fue llamado por la Policía para hacer el inventario aproximado de las cosas que le habían sido robadas a su padre, indicó que con toda seguridad llevaría en la cartera un billete de lotería que él le había regalado y cuyo número facilitó.

El día del sorteo de la Lotería la Policía de Santiago no pudo conseguir que saliera premiado el número en cuestión, pero sí que la falsa noticia de que era el ganador del premio mayor se divulgase. Después, se enteraron.

No mucho tiempo.

Dos días después el criminal iba a internarse en la red que hábilmente le habían tendido, presentándose en el Banco donde pagaban los billetes premiados en los sorteos de la lotería. Y mientras, muy satisfecho, esperaba en la ventanilla, la Policía se le acercó muy gentilmente para ofrecerle, si no la cantidad de pesos que esperaba, por lo menos alojamiento y comida gratuitos por muchos años.



Bergson se convirtió secretamente

En el momento en que falleció Henri Bergson, algunos periódicos dieron la noticia de que el filósofo se había convertido, hacia varios años, al catolicismo.

El rumor de su conversión católica había corrido hacia 1930; pero el mismo Bergson lo había desmentido, ya que para hacerlo tenía poderosas razones. El autor de los «Dioses inmediatos de la conciencia» era judío y no quería que se separasen de quienes, aunque habían dejado de ser sus hermanos en religión, continuaban siendo de raza, y rogó a sus amigos que no hicieran público el hecho de su conversión hasta después de que hubiese fallecido.

Henri Bergson había llegado al catolismo.

Así lo ha declarado mister Roger Wode Schaeffer, director del Architectural Record de Nueva York.

Las paredes inmóviles son una cosa perfectamente lógica —ha dicho—, incluso las llamadas de pondereta, que sirven para escuchar lo que hablan los vecinos; es necesario que una familia pueda dormir, o bien de varias piezas, o bien, en caso de recepción, por ejemplo, de una sola, pero muy grande. El sistema japonés es el llamado a provisor.

Una verdadera habitación para la maquinaria está igualmente prevista en el reparto de la casa futura. Todas las instalaciones mecánicas se hallarán reunidas, con lo cual se conseguirá que la casa gane en espacio y en comodidades, porque queda bien especificado



Costará menos que un coche

Las casas que se construyan una vez haya terminado la guerra no tendrán nada que ver con las que se construyeron en la actualidad, y no solamente desde un punto de vista que pudiéramos llamar arquitectónico.

Así lo ha declarado mister Roger Wode Schaeffer, director del Architectural Record de Nueva York.

Las paredes inmóviles son una cosa perfectamente lógica —ha dicho—, incluso las llamadas de pondereta, que sirven para escuchar lo que hablan los vecinos; es necesario que una familia pueda dormir, o bien de varias piezas, o bien, en caso de recepción, por ejemplo, de una sola, pero muy grande. El sistema japonés es el llamado a provisor.

Una verdadera habitación para la maquinaria está igualmente prevista en el reparto de la casa futura. Todas las instalaciones mecánicas se hallarán reunidas, con lo cual se conseguirá que la casa gane en espacio y en comodidades, porque queda bien especificado

Costará menos que un coche

Las casas que se construyan una vez haya terminado la guerra no tendrán nada que ver con las que se construyeron en la actualidad, y no solamente desde un punto de vista que pudiéramos llamar arquitectónico.

Así lo ha declarado mister Roger Wode Schaeffer, director del Architectural Record de Nueva York.

Las paredes inmóviles son una cosa perfectamente lógica —ha dicho—, incluso las llamadas de pondereta, que sirven para escuchar lo que hablan los vecinos; es necesario que una familia pueda dormir, o bien de varias piezas, o bien, en caso de recepción, por ejemplo, de una sola, pero muy grande. El sistema japonés es el llamado a provisor.

Una verdadera habitación para la maquinaria está igualmente prevista en el reparto de la casa futura. Todas las instalaciones mecánicas se hallarán reunidas, con lo cual se conseguirá que la casa gane en espacio y en comodidades, porque queda bien especificado

Costará menos que un coche

Las casas que se construyan una vez haya terminado la guerra no tendrán nada que ver con las que se construyeron en la actualidad, y no solamente desde un punto de vista que pudiéramos llamar arquitectónico.

Así lo ha declarado mister Roger Wode Schaeffer, director del Architectural Record de Nueva York.

Las paredes inmóviles son una cosa perfectamente lógica —ha dicho—, incluso las llamadas de pondereta, que sirven para escuchar lo que hablan los vecinos; es necesario que una familia pueda dormir, o bien de varias piezas, o bien, en caso de recepción, por ejemplo, de una sola, pero muy grande. El sistema japonés es el llamado a provisor.

Una verdadera habitación para la maquinaria está igualmente prevista en el reparto de la casa futura. Todas las instalaciones mecánicas se hallarán reunidas, con lo cual se conseguirá que la casa gane en espacio y en comodidades, porque queda bien especificado

Costará menos que un coche

Las casas que se construyan una vez haya terminado la guerra no tendrán nada que ver con las que se construyeron en la actualidad, y no solamente desde un punto de vista que pudiéramos llamar arquitectónico.

Así lo ha declarado mister Roger Wode Schaeffer, director del Architectural Record de Nueva York.

Las paredes inmóviles son una cosa perfectamente lógica —ha dicho—, incluso las llamadas de pondereta, que sirven para escuchar lo que hablan los vecinos; es necesario que una familia pueda dormir, o bien de varias piezas, o bien, en caso de recepción, por ejemplo, de una sola, pero muy grande. El sistema japonés es el llamado a provisor.

Una verdadera habitación para la maquinaria está igualmente prevista en el reparto de la casa futura. Todas las instalaciones mecánicas se hallarán reunidas, con lo cual se conseguirá que la casa gane en espacio y en comodidades, porque queda bien especificado

Costará menos que un coche

Las casas que se construyan una vez haya terminado la guerra no tendrán nada que ver con las que se construyeron en la actualidad, y no solamente desde un punto de vista que pudiéramos llamar arquitectónico.

Así lo ha declarado mister Roger Wode Schaeffer, director del Architectural Record de Nueva York.

Las paredes inmóviles son una cosa perfectamente lógica —ha dicho—, incluso las llamadas de pondereta, que sirven para escuchar lo que hablan los vecinos; es necesario que una familia pueda dormir, o bien de varias piezas, o bien, en caso de recepción, por ejemplo, de una sola, pero muy grande. El sistema japonés es el llamado a provisor.

Una verdadera habitación para la maquinaria está igualmente prevista en el reparto de la casa futura. Todas las instalaciones mecánicas se hallarán reunidas, con lo cual se conseguirá que la casa gane en espacio y en comodidades, porque queda bien especificado

Costará menos que un coche

Las casas que se construyan una vez haya terminado la guerra no tendrán nada que ver con las que se construyeron en la actualidad, y no solamente desde un punto de vista que pudiéramos llamar arquitectónico.

Así lo ha declarado mister Roger Wode Schaeffer, director del Architectural Record de Nueva York.

Las paredes inmóviles son una cosa perfectamente lógica —ha dicho—, incluso las llamadas de pondereta, que sirven para escuchar lo que hablan los vecinos; es necesario que una familia pueda dormir, o bien de varias piezas, o bien, en caso de recepción, por ejemplo, de una sola, pero muy grande. El sistema japonés es el llamado a provisor.

Una verdadera habitación para la maquinaria está igualmente prevista en el reparto de la casa futura. Todas las instalaciones mecánicas se hallarán reunidas, con lo cual se conseguirá que la casa gane en espacio y en comodidades, porque queda bien especificado

Costará menos que un coche

Las casas que se construyan una vez haya terminado la guerra no tendrán nada que ver con las que se construyeron en la actualidad, y no solamente desde un punto de vista que pudiéramos llamar arquitectónico.

Así lo ha declarado mister Roger Wode Schaeffer, director del Architectural Record de Nueva York.

como por un convencimiento natural de su espíritu, así calquesen.

En cierta ocasión se lo dijo a su antiguo discípulo, Jacques Maritain, «que si le había precedido en el camino de la conversión». Nieto de Jules Fabre, Maritain, convertido al mismo tiempo que su mujer, por León Bloy, se había hecho uno de los maestros del pensamiento tomista.

Había morido acerca de Bergson un libro bastante severo y la relación que en él se resintió.

Llegó un día en que el viejo filósofo constató en ver a su discípulo.

—Sepa usted—dijo a la señora Maritain—que era su esposo quien tenía razón. Desde entonces nos hemos ido acercando el uno al otro, y ya nos hallamos a mitad del camino.

La severidad de Maritain, nuevo converso, se había enlustrado con la caridad en el curso de los años.

Por otra parte, Bergson estaba convencido de la verdad del catolicismo y no le faltaba dar más paso que el del bautismo. Henri Bergson se bautizó.



Costará menos que un coche

Las casas que se construyan una vez haya terminado la guerra no tendrán nada que ver con las que se construyeron en la actualidad, y no solamente desde un punto de vista que pudiéramos llamar arquitectónico.

Así lo ha declarado mister Roger Wode Schaeffer, director del Architectural Record de Nueva York.

Las paredes inmóviles son una cosa perfectamente lógica —ha dicho—, incluso las llamadas de pondereta, que sirven para escuchar lo que hablan los vecinos; es necesario que una familia pueda dormir, o bien de varias piezas, o bien, en caso de recepción, por ejemplo, de una sola, pero muy grande. El sistema japonés es el llamado a provisor.

Una verdadera habitación para la maquinaria está igualmente prevista en el reparto de la casa futura. Todas las instalaciones mecánicas se hallarán reunidas, con lo cual se conseguirá que la casa gane en espacio y en comodidades, porque queda bien especificado

Costará menos que un coche

Las casas que se construyan una vez haya terminado la guerra no tendrán nada que ver con las que se construyeron en la actualidad, y no solamente desde un punto de vista que pudiéramos llamar arquitectónico.

Así lo ha declarado mister Roger Wode Schaeffer, director del Architectural Record de Nueva York.

Las paredes inmóviles son una cosa perfectamente lógica —ha dicho—, incluso las llamadas de pondereta, que sirven para escuchar lo que hablan los vecinos; es necesario que una familia pueda dormir, o bien de varias piezas, o bien, en caso de recepción, por ejemplo, de una sola, pero muy grande. El sistema japonés es el llamado a provisor.

Una verdadera habitación para la maquinaria está igualmente prevista en el reparto de la casa futura. Todas las instalaciones mecánicas se hallarán reunidas, con lo cual se conseguirá que la casa gane en espacio y en comodidades, porque queda bien especificado

Costará menos que un coche

Las casas que se construyan una vez haya terminado la guerra no tendrán nada que ver con las que se construyeron en la actualidad, y no solamente desde un punto de vista que pudiéramos llamar arquitectónico.

Así lo ha declarado mister Roger Wode Schaeffer, director del Architectural Record de Nueva York.

Las paredes inmóviles son una cosa perfectamente lógica —ha dicho—, incluso las llamadas de pondereta, que sirven para escuchar lo que hablan los vecinos; es necesario que una familia pueda dormir, o bien de varias piezas, o bien, en caso de recepción, por ejemplo, de una sola, pero muy grande. El sistema japonés es el llamado a provisor.

Una verdadera habitación para la maquinaria está igualmente prevista en el reparto de la casa futura. Todas las instalaciones mecánicas se hallarán reunidas, con lo cual se conseguirá que la casa gane en espacio y en comodidades, porque queda bien especificado

Costará menos que un coche

Las casas que se construyan una vez haya terminado la guerra no tendrán nada que ver con las que se construyeron en la actualidad, y no solamente desde un punto de vista que pudiéramos llamar arquitectónico.

Así lo ha declarado mister Roger Wode Schaeffer, director del Architectural Record de Nueva York.

Las paredes inmóviles son una cosa perfectamente lógica —ha dicho—, incluso las llamadas de pondereta, que sirven para escuchar lo que hablan los vecinos; es necesario que una familia pueda dormir, o bien de varias piezas, o bien, en caso de recepción, por ejemplo, de una sola, pero muy grande. El sistema japonés es el llamado a provisor.

Una verdadera habitación para la maquinaria está igualmente prevista en el reparto de la casa futura. Todas las instalaciones mecánicas se hallarán reunidas, con lo cual se conseguirá que la casa gane en espacio y en comodidades, porque queda bien especificado

Costará menos que un coche

Las casas que se construyan una vez haya terminado la guerra no tendrán nada que ver con las que se construyeron en la actualidad, y no solamente desde un punto de vista que pudiéramos llamar arquitectónico.

Así lo ha declarado mister Roger Wode Schaeffer, director del Architectural Record de Nueva York.

Las paredes inmóviles son una cosa perfectamente lógica —ha dicho—, incluso las llamadas de pondereta, que sirven para escuchar lo que hablan los vecinos; es necesario que una familia pueda dormir, o bien de varias piezas, o bien, en caso de recepción, por ejemplo, de una sola, pero muy grande. El sistema japonés es el llamado a provisor.

Una verdadera habitación para la maquinaria está igualmente prevista en el reparto de la casa futura. Todas las instalaciones mecánicas se hallarán reunidas, con lo cual se conseguirá que la casa gane en espacio y en comodidades, porque queda bien especificado

Costará menos que un coche

Las casas que se construyan una vez haya terminado la guerra no tendrán nada que ver con las que se construyeron en la actualidad, y no solamente desde un punto de vista que pudiéramos llamar arquitectónico.

Así lo ha declarado mister Roger Wode Schaeffer, director del Architectural Record de Nueva York.

Las paredes inmóviles son una cosa perfectamente lógica —ha dicho—, incluso las llamadas de pondereta, que sirven para escuchar lo que hablan los vecinos; es necesario que una familia pueda dormir, o bien de varias piezas, o bien, en caso de recepción, por ejemplo, de una sola, pero muy grande. El sistema japonés es el llamado a provisor.

Una verdadera habitación para la maquinaria está igualmente prevista en el reparto de la casa futura. Todas las instalaciones mecánicas se hallarán reunidas, con lo cual se conseguirá que la casa gane en espacio y en comodidades, porque queda bien especificado

Costará menos que un coche

Las casas que se construyan una vez haya terminado la guerra no tendrán nada que ver con las que se construyeron en la actualidad, y no solamente desde un punto de vista que pudiéramos llamar arquitectónico.

Así lo ha declarado mister Roger Wode Schaeffer, director del Architectural Record de Nueva York.

Las paredes inmóviles son una cosa perfectamente lógica —ha dicho—, incluso las llamadas de pondereta, que sirven para escuchar lo que hablan los vecinos; es necesario que una familia pueda dormir, o bien de varias piezas, o bien, en caso de recepción, por ejemplo, de una sola, pero muy grande. El sistema japonés es el llamado a provisor.

Una verdadera habitación para la maquinaria está igualmente prevista en el reparto de la casa futura. Todas las instalaciones mecánicas se hallarán reunidas, con lo cual se conseguirá que la casa gane en espacio y en comodidades, porque queda bien especificado

Costará menos que un coche

Las casas que se construyan una vez haya terminado la guerra no tendrán nada que ver con las que se construyeron en la actualidad, y no solamente desde un punto de vista que pudiéramos llamar arquitectónico.

Así lo ha declarado mister Roger Wode Schaeffer, director del Architectural Record de Nueva York.

Las paredes inmóviles son una cosa perfectamente lógica —ha dicho—, incluso las llamadas de pondereta, que sirven para escuchar lo que hablan los vecinos; es necesario que una familia pueda dormir, o bien de varias piezas, o bien, en caso de recepción, por ejemplo, de una sola, pero muy grande. El sistema japonés es el llamado a provisor.

Una verdadera habitación para la maquinaria está igualmente prevista en el reparto de la casa futura. Todas las instalaciones mecánicas se hallarán reunidas, con lo cual se conseguirá que la casa gane en espacio y en comodidades, porque queda bien especificado

Costará menos que un coche

Las casas que se construyan una vez haya terminado la guerra no tendrán nada que ver con las que se construyeron en la actualidad, y no solamente desde un punto de vista que pudiéramos llamar arquitectónico.

Así lo ha declarado mister Roger Wode Schaeffer, director del Architectural Record de Nueva York.

Las paredes inmóviles son una cosa perfectamente lógica —ha dicho—, incluso las llamadas de pondereta, que sirven para escuchar lo que hablan los vecinos; es necesario que una familia pueda dormir, o bien de varias piezas, o bien, en caso de recepción, por ejemplo, de una sola, pero muy grande. El sistema japonés es el llamado a provisor.

Una verdadera habitación para la maquinaria está igualmente prevista en el reparto de la casa futura. Todas las instalaciones mecánicas se hallarán reunidas, con lo cual se conseguirá que la casa gane en espacio y en comodidades, porque queda bien especificado

Costará menos que un coche

Las casas que se construyan una vez haya terminado la guerra no tendrán nada que ver con las que se construyeron en la actualidad, y no solamente desde un punto de vista que pudiéramos llamar arquitectónico.

Así lo ha declarado mister Roger Wode Schaeffer, director del Architectural Record de Nueva York.

Las paredes inmóviles son una cosa perfectamente lógica —ha dicho—, incluso las llamadas de pondereta, que sirven para escuchar lo que hablan los vecinos; es necesario que una familia pueda dormir, o bien de varias piezas, o bien, en caso de recepción, por ejemplo, de una sola, pero muy grande. El sistema japonés es el llamado a provisor.

Una verdadera habitación para la maquinaria está igualmente prevista en el reparto de la casa futura. Todas las instalaciones mecánicas se hallarán reunidas, con lo cual se conseguirá que la casa gane en espacio y en comodidades, porque queda bien especificado

Costará menos que un coche

Las casas que se construyan una vez haya terminado la guerra no tendrán nada que ver con las que se construyeron en la actualidad, y no solamente desde un punto de vista que pudiéramos llamar arquitectónico.

Así lo ha declarado mister Roger Wode Schaeffer, director del Architectural Record de Nueva York.

Las paredes inmóviles son una cosa perfectamente lógica —ha dicho—, incluso las llamadas de pondereta, que sirven para escuchar lo que hablan los vecinos; es necesario que una familia pueda dormir, o bien de varias piezas, o bien, en caso de recepción, por ejemplo, de una sola, pero muy grande. El sistema japonés es el llamado a provisor.

Una verdadera habitación para la maquinaria está igualmente prevista en el reparto de la casa futura. Todas las instalaciones mecánicas se hallarán reunidas, con lo cual se conseguirá que la casa gane en espacio y en comodidades, porque queda bien especificado

Costará menos que un coche

Las casas que se construyan una vez haya terminado la guerra no tendrán nada que ver con las que se construyeron en la actualidad, y no solamente desde un punto de vista que pudiéramos llamar arquitectónico.

que el elemento máquina jugará un papel cada vez más importante en las viviendas. La electricidad y los rayos de sol, que serán captados y servidos a domicilio, evitarán las molestias de ascender las escaleras de la calefacción. Paredes, techos y suelo distribuirán el calor. El problema de la refrigeración, ya resuelto en la mayoría de las casas modernas de los Estados Unidos, hará nuevos progresos.

El cuarto de baño del porvenir será un solo bloque de materia plástica o de metal.

Mister Sherman precisa que estas cosas de sueño serán fabricadas en menos tiempo del que se necesita para hipotecarlas y que costarán menos caras de lo que cuesta hoy un automóvil.

Mensajes de amor

Si una joven desea decirle a su novio que lo quiere y el muchacho se encuentra ausente, el decírselo le cuesta cuatro céntimos, al importe del sello del correo, y como no sea una gramofona, con esa cantidad le podrá decir todo lo que tenga por conveniente.

En cambio, el quince colibrígrafos y el chicle se encuentran en la Argentina, como útiles todas las palabras a que le da derecho el sello de correo, su rutina es segura. Tendrá que hipotecar sus bienes para poderlos cablegrafiar al chico, quien, por otra parte, se quedará pensando que su novia es una maniaca, y no le faltará razón.

Pero siempre hay acomodos con la administración, y más si se trata de asuntos sentimentales.

El equivalente a ocho pesetas fue lo que costó a una joven inglesa el decirle a su marido, que por aquellos días andaba burlándose por el mapa de Egipto, que lo quería, y esto gracias al general William Shepherd Morrison, que es el inventor de un código cifrado, del cual todas las gamas del afecto y del amor pueden manifestarse telegráficamente mediante el abono de un pequeño estipendio.

Así, por ejemplo, este cable:

«Querido Jack: El 30 de Gladys»

«Que, traducido al lenguaje corriente de los enamorados, significa:

«Querido Jack: Te tengo siempre en mi pensamiento. Recibe toda la ternura de tu Gladys».

Incluso está prevista una postdata. Es ésta:

«P. S. 103».

Lo que quiere decir:

«Me pondría muy contenta si pudiera mandarme un poco de dinero».

Como se ve, nada es ya olvidado ni el amor, ni la esc



EL ARTE DE CAZAR EMPLEO

POR ANGELES VILLARTA

Para solicitar el segundo empleo que los tenía clasificados en los bancos por palabras, me faltaba el otro requisito que se solicitaba. No voy a decir si me faltaba. Este chandullo había que vencerlo con ángel, con guapito, con mano izquierda, con lazo, pero había que vencerlo. Si haber fracasado en lo que parecía fácil me hizo poner un empeño especial en conseguir lo más difícil.

En el portal me detuvo indecisa. —¿Por dónde debe subir una profesora de ascensor, naturalmente? —me preguntó.

En el espejo me miré severamente. En aquellos instantes no deseaba contemplarme—aunque esto es cosa que siempre gusta—, sino convencerme de que en realidad podía pasar por una profesora alemana o austriaca. El resultado del examen fue desastroso. Me faltaba todo. Afíos, ojos claros rubicundo en las mejillas...

Yo creo que si hubiera dicho que lo que quería era enseñarles a cantar tango a los chicos me hallaría más dentro del papel.

—Mira que si les pidiera la colocación por fundación de Huera... En cuanto al ascensor llegó al piso en un segundo.

—¿Según, que esto no es una broma? Que hay muchas muchachas para quienes encontrar colocación constituye un problema apremiante.

Una doncella salió a abrirme y me introdujo en una sala.

—Pensar que hemos estado a punto de ver colegas!

Me gustó el ambiente sencillo y elegante de la habitación. Y, más tarde, la forma en que fue recibida. Pocas son las personas que saben comportarse adecuadamente con quien les sirve. Casi siempre pecan por uno o por otro exceso, y de esta falta de tacto se derivan otras cometidas por la servidumbre.

Tuve una amiga que, rodeada de unos niños, tuvo que sufrir lo indecible: humillaciones por parte de quienes le pagaban y puntajes envidiosos de los que en la casa tenían un cargo inferior al suyo.

La dueña de la casa, amable y sencilla, con ese don evidenciado de hacer que los visitantes se sientan a gusto, me preguntó por mi nacionalidad.

—Soy española —le dije—, asturiana. Ya sé por el anuncio que ustedes buscan una señorita alemana o austriaca, pero las colocaciones están tan

mal, la vida se tan dura, que me he arreglado a probar fortuna... Sonrió comprensiva.

—Al menos ¿sabe alemán?... —Sí.

Me explicó que sus hijas han recibido varias clases de idiomas en el colegio y que no quería que durante los meses de verano se las olvidasen.

La hice un breve resumen de mis conocimientos, el colegio donde estudié, y, sin darnos cuenta, nos hallamos hablando como dos buenas amigas, de lecturas de autores españoles y extranjeros, de la familia que resultó en la vida en la tierra durante el verano. Entró el marido. Parece que no le hiciera mala impresión porque comentó que mi trabajo no sería muy fatigoso. Una hora de clase por la



—¿Qué hora es? —preguntó el marido.

—Ya voy a salir. El diálogo se me hacía difícil. Hubiera preferido desaparecer bajo la preciosa alfombra. Fue el único día donde alguien me dijo que yo, pero esto no me hizo más que aumentar mi vanidad.

Unos momentos de charla, hablamos un poco de periodismo, de literatura. ¡Qué gente más amable! El hombre me dijo:

—Pues ya ve cómo no es tan difícil encontrar empleo. Usted no ha necesitado más que quince minutos para conseguirlo.

Le referí mi fracaso anterior. Frente a la puerta, la señora me invitó:

—¿Por qué no viene, de todas formas, a pasar unos días a la sierra con nosotros?

—¿Acaso voy?... —contesté.

—Estemos de acuerdo en todo... —Sí.

—Sí, estamos de acuerdo en todo, pero yo no lo estaba con mi conciencia. Yo estaba contrariada para un empleo que ni por lo más remoto pensaba ocupar.

—¿Qué hora es? —preguntó el marido.

—Ya voy a salir. El diálogo se me hacía difícil. Hubiera preferido desaparecer bajo la preciosa alfombra. Fue el único día donde alguien me dijo que yo, pero esto no me hizo más que aumentar mi vanidad.

Unos momentos de charla, hablamos un poco de periodismo, de literatura. ¡Qué gente más amable! El hombre me dijo:

—Pues ya ve cómo no es tan difícil encontrar empleo. Usted no ha necesitado más que quince minutos para conseguirlo.

Le referí mi fracaso anterior. Frente a la puerta, la señora me invitó:

—¿Por qué no viene, de todas formas, a pasar unos días a la sierra con nosotros?

—¿Acaso voy?... —contesté.

—Estemos de acuerdo en todo... —Sí.

—Sí, estamos de acuerdo en todo, pero yo no lo estaba con mi conciencia. Yo estaba contrariada para un empleo que ni por lo más remoto pensaba ocupar.

—¿Qué hora es? —preguntó el marido.

—Ya voy a salir. El diálogo se me hacía difícil. Hubiera preferido desaparecer bajo la preciosa alfombra. Fue el único día donde alguien me dijo que yo, pero esto no me hizo más que aumentar mi vanidad.

Unos momentos de charla, hablamos un poco de periodismo, de literatura. ¡Qué gente más amable! El hombre me dijo:

—Pues ya ve cómo no es tan difícil encontrar empleo. Usted no ha necesitado más que quince minutos para conseguirlo.

Le referí mi fracaso anterior. Frente a la puerta, la señora me invitó:

—¿Por qué no viene, de todas formas, a pasar unos días a la sierra con nosotros?

—¿Acaso voy?... —contesté.

—Estemos de acuerdo en todo... —Sí.

—Sí, estamos de acuerdo en todo, pero yo no lo estaba con mi conciencia. Yo estaba contrariada para un empleo que ni por lo más remoto pensaba ocupar.

—¿Qué hora es? —preguntó el marido.

—Ya voy a salir. El diálogo se me hacía difícil. Hubiera preferido desaparecer bajo la preciosa alfombra. Fue el único día donde alguien me dijo que yo, pero esto no me hizo más que aumentar mi vanidad.

Unos momentos de charla, hablamos un poco de periodismo, de literatura. ¡Qué gente más amable! El hombre me dijo:

—Pues ya ve cómo no es tan difícil encontrar empleo. Usted no ha necesitado más que quince minutos para conseguirlo.

Le referí mi fracaso anterior. Frente a la puerta, la señora me invitó:

—¿Por qué no viene, de todas formas, a pasar unos días a la sierra con nosotros?

—¿Acaso voy?... —contesté.

—¿Qué hora es? —preguntó el marido.

—Ya voy a salir. El diálogo se me hacía difícil. Hubiera preferido desaparecer bajo la preciosa alfombra. Fue el único día donde alguien me dijo que yo, pero esto no me hizo más que aumentar mi vanidad.

Unos momentos de charla, hablamos un poco de periodismo, de literatura. ¡Qué gente más amable! El hombre me dijo:

—Pues ya ve cómo no es tan difícil encontrar empleo. Usted no ha necesitado más que quince minutos para conseguirlo.

Le referí mi fracaso anterior. Frente a la puerta, la señora me invitó:

—¿Por qué no viene, de todas formas, a pasar unos días a la sierra con nosotros?

—¿Acaso voy?... —contesté.

—Estemos de acuerdo en todo... —Sí.

—Sí, estamos de acuerdo en todo, pero yo no lo estaba con mi conciencia. Yo estaba contrariada para un empleo que ni por lo más remoto pensaba ocupar.

—¿Qué hora es? —preguntó el marido.

—Ya voy a salir. El diálogo se me hacía difícil. Hubiera preferido desaparecer bajo la preciosa alfombra. Fue el único día donde alguien me dijo que yo, pero esto no me hizo más que aumentar mi vanidad.

Unos momentos de charla, hablamos un poco de periodismo, de literatura. ¡Qué gente más amable! El hombre me dijo:

—Pues ya ve cómo no es tan difícil encontrar empleo. Usted no ha necesitado más que quince minutos para conseguirlo.

Le referí mi fracaso anterior. Frente a la puerta, la señora me invitó:

—¿Por qué no viene, de todas formas, a pasar unos días a la sierra con nosotros?

—¿Acaso voy?... —contesté.

—Estemos de acuerdo en todo... —Sí.

—Sí, estamos de acuerdo en todo, pero yo no lo estaba con mi conciencia. Yo estaba contrariada para un empleo que ni por lo más remoto pensaba ocupar.

—¿Qué hora es? —preguntó el marido.

—Ya voy a salir. El diálogo se me hacía difícil. Hubiera preferido desaparecer bajo la preciosa alfombra. Fue el único día donde alguien me dijo que yo, pero esto no me hizo más que aumentar mi vanidad.

Unos momentos de charla, hablamos un poco de periodismo, de literatura. ¡Qué gente más amable! El hombre me dijo:

—Pues ya ve cómo no es tan difícil encontrar empleo. Usted no ha necesitado más que quince minutos para conseguirlo.

Le referí mi fracaso anterior. Frente a la puerta, la señora me invitó:

—¿Por qué no viene, de todas formas, a pasar unos días a la sierra con nosotros?

—¿Acaso voy?... —contesté.

—Estemos de acuerdo en todo... —Sí.

—Sí, estamos de acuerdo en todo, pero yo no lo estaba con mi conciencia. Yo estaba contrariada para un empleo que ni por lo más remoto pensaba ocupar.

—¿Qué hora es? —preguntó el marido.

—¿Qué hora es? —preguntó el marido.

—Ya voy a salir. El diálogo se me hacía difícil. Hubiera preferido desaparecer bajo la preciosa alfombra. Fue el único día donde alguien me dijo que yo, pero esto no me hizo más que aumentar mi vanidad.

Unos momentos de charla, hablamos un poco de periodismo, de literatura. ¡Qué gente más amable! El hombre me dijo:

—Pues ya ve cómo no es tan difícil encontrar empleo. Usted no ha necesitado más que quince minutos para conseguirlo.

Le referí mi fracaso anterior. Frente a la puerta, la señora me invitó:

—¿Por qué no viene, de todas formas, a pasar unos días a la sierra con nosotros?

—¿Acaso voy?... —contesté.

—Estemos de acuerdo en todo... —Sí.

—Sí, estamos de acuerdo en todo, pero yo no lo estaba con mi conciencia. Yo estaba contrariada para un empleo que ni por lo más remoto pensaba ocupar.

—¿Qué hora es? —preguntó el marido.

—Ya voy a salir. El diálogo se me hacía difícil. Hubiera preferido desaparecer bajo la preciosa alfombra. Fue el único día donde alguien me dijo que yo, pero esto no me hizo más que aumentar mi vanidad.

Unos momentos de charla, hablamos un poco de periodismo, de literatura. ¡Qué gente más amable! El hombre me dijo:

—Pues ya ve cómo no es tan difícil encontrar empleo. Usted no ha necesitado más que quince minutos para conseguirlo.

Le referí mi fracaso anterior. Frente a la puerta, la señora me invitó:

—¿Por qué no viene, de todas formas, a pasar unos días a la sierra con nosotros?

—¿Acaso voy?... —contesté.

—Estemos de acuerdo en todo... —Sí.

—Sí, estamos de acuerdo en todo, pero yo no lo estaba con mi conciencia. Yo estaba contrariada para un empleo que ni por lo más remoto pensaba ocupar.

—¿Qué hora es? —preguntó el marido.

—Ya voy a salir. El diálogo se me hacía difícil. Hubiera preferido desaparecer bajo la preciosa alfombra. Fue el único día donde alguien me dijo que yo, pero esto no me hizo más que aumentar mi vanidad.

Unos momentos de charla, hablamos un poco de periodismo, de literatura. ¡Qué gente más amable! El hombre me dijo:

—Pues ya ve cómo no es tan difícil encontrar empleo. Usted no ha necesitado más que quince minutos para conseguirlo.

Le referí mi fracaso anterior. Frente a la puerta, la señora me invitó:

—¿Por qué no viene, de todas formas, a pasar unos días a la sierra con nosotros?

—¿Acaso voy?... —contesté.

—Estemos de acuerdo en todo... —Sí.

—Sí, estamos de acuerdo en todo, pero yo no lo estaba con mi conciencia. Yo estaba contrariada para un empleo que ni por lo más remoto pensaba ocupar.

—¿Qué hora es? —preguntó el marido.

—¿Qué hora es? —preguntó el marido.

—Ya voy a salir. El diálogo se me hacía difícil. Hubiera preferido desaparecer bajo la preciosa alfombra. Fue el único día donde alguien me dijo que yo, pero esto no me hizo más que aumentar mi vanidad.

Unos momentos de charla, hablamos un poco de periodismo, de literatura. ¡Qué gente más amable! El hombre me dijo:

—Pues ya ve cómo no es tan difícil encontrar empleo. Usted no ha necesitado más que quince minutos para conseguirlo.

Le referí mi fracaso anterior. Frente a la puerta, la señora me invitó:

—¿Por qué no viene, de todas formas, a pasar unos días a la sierra con nosotros?

—¿Acaso voy?... —contesté.

—Estemos de acuerdo en todo... —Sí.

—Sí, estamos de acuerdo en todo, pero yo no lo estaba con mi conciencia. Yo estaba contrariada para un empleo que ni por lo más remoto pensaba ocupar.

—¿Qué hora es? —preguntó el marido.

—Ya voy a salir. El diálogo se me hacía difícil. Hubiera preferido desaparecer bajo la preciosa alfombra. Fue el único día donde alguien me dijo que yo, pero esto no me hizo más que aumentar mi vanidad.

Unos momentos de charla, hablamos un poco de periodismo, de literatura. ¡Qué gente más amable! El hombre me dijo:

—Pues ya ve cómo no es tan difícil encontrar empleo. Usted no ha necesitado más que quince minutos para conseguirlo.

Le referí mi fracaso anterior. Frente a la puerta, la señora me invitó:

—¿Por qué no viene, de todas formas, a pasar unos días a la sierra con nosotros?

—¿Acaso voy?... —contesté.

—Estemos de acuerdo en todo... —Sí.

—Sí, estamos de acuerdo en todo, pero yo no lo estaba con mi conciencia. Yo estaba contrariada para un empleo que ni por lo más remoto pensaba ocupar.

—¿Qué hora es? —preguntó el marido.

—Ya voy a salir. El diálogo se me hacía difícil. Hubiera preferido desaparecer bajo la preciosa alfombra. Fue el único día donde alguien me dijo que yo, pero esto no me hizo más que aumentar mi vanidad.

Unos momentos de charla, hablamos un poco de periodismo, de literatura. ¡Qué gente más amable! El hombre me dijo:

—Pues ya ve cómo no es tan difícil encontrar empleo. Usted no ha necesitado más que quince minutos para conseguirlo.

Le referí mi fracaso anterior. Frente a la puerta, la señora me invitó:

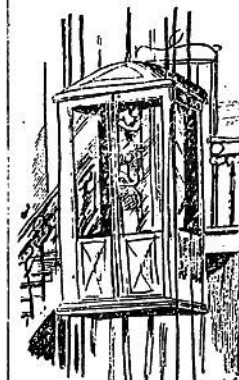
—¿Por qué no viene, de todas formas, a pasar unos días a la sierra con nosotros?

—¿Acaso voy?... —contesté.

—Estemos de acuerdo en todo... —Sí.

—Sí, estamos de acuerdo en todo, pero yo no lo estaba con mi conciencia. Yo estaba contrariada para un empleo que ni por lo más remoto pensaba ocupar.

—¿Qué hora es? —preguntó el marido.



El paraíso terrenal en la calle de la Ballesta

—¿Qué hora es? —preguntó el marido.

—Ya voy a salir. El diálogo se me hacía difícil. Hubiera preferido desaparecer bajo la preciosa alfombra. Fue el único día donde alguien me dijo que yo, pero esto no me hizo más que aumentar mi vanidad.

Unos momentos de charla, hablamos un poco de periodismo, de literatura. ¡Qué gente más amable! El hombre me dijo:

—Pues ya ve cómo no es tan difícil encontrar empleo. Usted no ha necesitado más que quince minutos para conseguirlo.

Le referí mi fracaso anterior. Frente a la puerta, la señora me invitó:

—¿Por qué no viene, de todas formas, a pasar unos días a la sierra con nosotros?

—¿Acaso voy?... —contesté.

—Estemos de acuerdo en todo... —Sí.

—Sí, estamos de acuerdo en todo, pero yo no lo estaba con mi conciencia. Yo estaba contrariada para un empleo que ni por lo más remoto pensaba ocupar.

—¿Qué hora es? —preguntó el marido.

—Ya voy a salir. El diálogo se me hacía difícil. Hubiera preferido desaparecer bajo la preciosa alfombra. Fue el único día donde alguien me dijo que yo, pero esto no me hizo más que aumentar mi vanidad.

Unos momentos de charla, hablamos un poco de periodismo, de literatura. ¡Qué gente más amable! El hombre me dijo:

—Pues ya ve cómo no es tan difícil encontrar empleo. Usted no ha necesitado más que quince minutos para conseguirlo.

Le referí mi fracaso anterior. Frente a la puerta, la señora me invitó:

—¿Por qué no viene, de todas formas, a pasar unos días a la sierra con nosotros?

—¿Acaso voy?... —contesté.

—Estemos de acuerdo en todo... —Sí.

—Sí, estamos de acuerdo en todo, pero yo no lo estaba con mi conciencia. Yo estaba contrariada para un empleo que ni por lo más remoto pensaba ocupar.

—¿Qué hora es? —preguntó el marido.

—¿Qué hora es? —preguntó el marido.

—Ya voy a salir. El diálogo se me hacía difícil. Hubiera preferido desaparecer bajo la preciosa alfombra. Fue el único día donde alguien me dijo que yo, pero esto no me hizo más que aumentar mi vanidad.

Unos momentos de charla, hablamos un poco de periodismo, de literatura. ¡Qué gente más amable! El hombre me dijo:

—Pues ya ve cómo no es tan difícil encontrar empleo. Usted no ha necesitado más que quince minutos para conseguirlo.

Le referí mi fracaso anterior. Frente a la puerta, la señora me invitó:

—¿Por qué no viene, de todas formas, a pasar unos días a la sierra con nosotros?

—¿Acaso voy?... —contesté.

—Estemos de acuerdo en todo... —Sí.

—Sí, estamos de acuerdo en todo, pero yo no lo estaba con mi conciencia. Yo estaba contrariada para un empleo que ni por lo más remoto pensaba ocupar.

—¿Qué hora es? —preguntó el marido.

—Ya voy a salir. El diálogo se me hacía difícil. Hubiera preferido desaparecer bajo la preciosa alfombra. Fue el único día donde alguien me dijo que yo, pero esto no me hizo más que aumentar mi vanidad.

Unos momentos de charla, hablamos un poco de periodismo, de literatura. ¡Qué gente más amable! El hombre me dijo:

—Pues ya ve cómo no es tan difícil encontrar empleo. Usted no ha necesitado más que quince minutos para conseguirlo.

Le referí mi fracaso anterior. Frente a la puerta, la señora me invitó:

—¿Por qué no viene, de todas formas, a pasar unos días a la sierra con nosotros?

—¿Acaso voy?... —contesté.

—Estemos de acuerdo en todo... —Sí.

—Sí, estamos de acuerdo en todo, pero yo no lo estaba con mi conciencia. Yo estaba contrariada para un empleo que ni por lo más remoto pensaba ocupar.

—¿Qué hora es? —preguntó el marido.

—Ya voy a salir. El diálogo se me hacía difícil. Hubiera preferido desaparecer bajo la preciosa alfombra. Fue el único día donde alguien me dijo que yo, pero esto no me hizo más que aumentar mi vanidad.

Unos momentos de charla, hablamos un poco de periodismo, de literatura. ¡Qué gente más amable! El hombre me dijo:

—Pues ya ve cómo no es tan difícil encontrar empleo. Usted no ha necesitado más que quince minutos para conseguirlo.

Le referí mi fracaso anterior. Frente a la puerta, la señora me invitó:

—¿Por qué no viene, de todas formas, a pasar unos días a la sierra con nosotros?

—¿Acaso voy?... —contesté.



PIENSA CON TU CEREBRO

—¿Qué hora es? —preguntó el marido.

—Ya voy a salir. El diálogo se me hacía difícil. Hubiera preferido desaparecer bajo la preciosa alfombra. Fue el único día donde alguien me dijo que yo, pero esto no me hizo más que aumentar mi vanidad.

Unos momentos de charla, hablamos un poco de periodismo, de literatura. ¡Qué gente más amable! El hombre me dijo:

—Pues ya ve cómo no es tan difícil encontrar empleo. Usted no ha necesitado más que quince minutos para conseguirlo.

Le referí mi fracaso anterior. Frente a la puerta, la señora me invitó:

—¿Por qué no viene, de todas formas, a pasar unos días a la sierra con nosotros?

—¿Acaso voy?... —contesté.

—Estemos de acuerdo en todo... —Sí.

—Sí, estamos de acuerdo en todo, pero yo no lo estaba con mi conciencia. Yo estaba contrariada para un empleo que ni por lo más remoto pensaba ocupar.

—¿Qué hora es? —preguntó el marido.



momento como aquél. Llamé a la puerta y a la criada que salió a abrirme.

—¿Qué hora es? —preguntó el marido.

—Ya voy a salir. El diálogo se me hacía difícil. Hubiera preferido desaparecer bajo la preciosa alfombra. Fue el único día donde alguien me dijo que yo, pero esto no me hizo más que aumentar mi vanidad.

Unos momentos de charla, hablamos un poco de periodismo, de literatura. ¡Qué gente más amable! El hombre me dijo:

—Pues ya ve cómo no es tan difícil encontrar empleo. Usted no ha necesitado más que quince minutos para conseguirlo.

Le referí mi fracaso anterior. Frente a la puerta, la señora me invitó:

EL VERANO EN CONSERVA PROFECÍAS DE GUERRA

POR TOMAS BORRAS

POR ERNESTO DE GUZMAN

El invierno, el escultor del agua, descendió de la región de los 4000 metros, y al resollar en la atmósfera, cubría en hielo el aire, con dedos de nubes recogía la niebla y la echaba, a pellizcos, sobre la superficie de la tierra para desfigurarla a su gusto; estrechaba los tiempos y las cosas —inmóviles por su magia—, creaba el invierno dolores caprichosos de agua sólida, superficies pétreas, masas colinales y temerarias, hilos azules cristalizados, falso oro que dejaba ver, en la transparencia de su curva, peces prendidos de ojos sorprendidos; erraba la hiedra con una copa de noche, y quitadas las cadenas al Aquilón, el pez furioso corría por el inmenso ámbito del río, rasgando su aullar lúgubre entre las ramas secas, sacudiéndose feroces ventiscas de granizos.



Los hombres, qué podían hacer para defenderse del invierno, el escultor del agua! Al principio encendieron hogueras, arrojándose a la bondadosa deidad doméstica del fuego, que lame las manos y el rostro con la tibia manseguera de una vaca de establo lamendo una bola de miel. Después inventaron un jugo que metía el ser de fuego en la sangre; y al salir los hombres fuera de sus cuevas, o del cobijo de la choza para ir de caza por las iluminadas estepas de sombra babeante, hundiéndose en crujientes escarchas, bebían del vino y les daba valor la llamada que se encendía dentro. Más tarde absorbiéron humo; inhalando los pulmones del aromático calor que se abresaba en la carota de la pipa. El invierno era más poderoso que las débiles defensas. Espaciosa de un manóvil de aire las hogueras, o las asfixiaba con el lentísimo suplicio de la lluvia fina; en los ojos y en las sienes, en los pies y en el estómago de los hombres y en los dedos de sus manos hinchaba el serriño de la helada, y no bastaba el vino a neutralizar siquiera la parálisis y el dolor; el tabaco era una débil ilusión de temperatura amigable, y el invierno se echaba a reír, con risa de ventolinas, de aquella minúscula llaga roja, que, en verdad, era pebetero, era homaje que aromaba su grandeza.

El escultor del agua encerraba a los hombres, asombrados, en sus cubiles; cuando asomaba la voz brumosa por los crestones de las montañas, cuyos árboles gemían. Ciega la vida, nadie osaba desafiar al invierno. El mundo estaba inerte al escultor de la impasibilidad en bullos informes de agua gelida; la que lloraba su perdido movimiento goteando lágrimas y lágrimas.

El tiempo llegó. El invierno reunía a bramidos un rebaño de nubes ovjanas. Le dijo: —Tengo un enemigo y me venci! El invierno dejó de bostear, asombrado. Aprovechándose, un guirio del sol transformó en buliones de nécar las panzas del rebaño. —Sí; en la tierra ha aparecido un elemento —confirmó el tiempo, tembloroso—, que me destruye. Le llaman velocidad. Ambos dioses fueron a ver al dios que aumentaba la Mitología. Allí, en una costra de la tierra, rasgaba la línea de los caminos un insecto rapidísimo: cuatrocientos sesenta a la hora. Entre el nubarrón y el suelo, otro insecto rebasaba esa marca: setecientos veinte a la hora. El tiempo, que se dormía al ver caminar a los hom-

bres, cronometrados a cuatro kilómetros, estaba suspendido en un centímetro de pismo. —¿Cómo habrá ocurrido?— se preguntaba el invierno—soltando bocanadas de vapor densificado como azúcar. Los hombres tardan menos en hacerlo todo, y por ello multiplican la duración de su vida. El tiempo, informado bien, sentenció con amargura, señalando hacia abajo: —Han inventado lo artificial. Nuestra época, terminada.

La llamaban Lulu. Por ser demasiado larga y hasta cursi llamarla lo que era su definición: Libélula. Era tenue, y temiese que se quebrara por la cintura al inclinarse; era rubia postiza, reflejos en el pelo de lisuras de plata, como las ancianas. Con los ojos negros, acentuados a lápiz, y sus dieciséis años de entre niña y entre mujer, la cabellera cana y brulada la hacía más infantil aún. Lulu se estaba hundiendo el gorro de ante, y se acercó al ventanal de doble vidrio: —¡Puf, que remojinicos!

Es que el invierno estaba allí, frente al hotel montañero, dispuesto a no dejarse vencer, como al tiempo le había vencido. La Libélula vio que el cielo y la cumbre desaparecieron, y que sólo un hocico amoratado y amenazador reposaba sobre la cueva inclinada. (Todos los árboles, pringosos de natillas de nieve.)

—¡Bravo! ¡Bravo! palmoteó Lulu. Sus guantes, un muchachazo de coque de crossbrier, le cogió las dos manoplas y echóse a cuantos los esquilos de ella y los de él. La bolita de mercurio se encogió, queriendo desaparecer en el termómetro de afuera. Dieciséis bajo cero.

Salieron. Era lo que el invierno se esperaba. En la puerta les escupió toda la celicosa. —¡Bravo! ¡Bravo! Se le burló la esquiladora. El mocetón le ajustó bien al enfiado de gafas, y en un bolsillo de los pantalones de la adolescente tocó un resorte. Las pilas eléctricas respondieron aislando el cuerpo de la Libélula con una suave masa de calor.

Puestos en los dos ralles de los esquíes se lanzaron al vacío. En invierno, detrás, Lulu corría, loca, y la dió de puntapiques de granizo; la succión con enormes sabanas de aire, recogió todo el calor irradiado para quitar-

se a su corazón. El termómetro descendió: dieciséis, veinte, veintidós. Lulu presentaba su frente contra las ametralladoras del granizo, se oblicuaba al aire—¡tallo tan fino no podía derribarla!— y pasaba un convulso tira y afloja del regulador de las pilas para aumentar la temperatura; en su cuerpo constantes velos sobre cero. Y lanzábase abandonada, como rama rebalsando por impetuoso río, a hombros de la montaña, sobre los esquíes, que escribían en la pureza de la nieve arabescos de buris.

—¡Machín! Frenó junto a ella Machín y le pidió de beber. —¡Estoy sofocada!

¡Estaba sofocada! El invierno se dijo que entonces podría matarla, dejando dentro del juguete rubio un halito mortal con la bebida, que estaría helada. Machín destornilló el tapón del termo y Lulu bebió con lengüecita de gas, que caliente, invierno trajo, acordando las grutas invisibles de aire, donde se multiplica el trueno en ecos robustos.

—¡Vámonos—chilló aquella mariposa, atorrada, tofa entre el amplio cuero relleno de lana, cuyas mejillas, lo único vulnerable, eran de carmín. Sintieron los los la sensación de desplomarse en la nada. El invierno, volador también en silencio opaco, desmenuándose sobre ellos surtidores de nieve. La débil dominante miró su pulsera, en la que tintineaban las horas.

—¡Vámonos. Hay que vestirse para la cena. Con giro de baile, cortó, rapidísima, un declive, y, trazando las amplias eses de ese vals de los esquíes, remedió a la gaviota, que zora las olas sucesivas con el pecho zigzagante. Llegó a la cueva, donde Lulu daba gritos de emoción al desplomarse, y atacaba las cuerdas arrojando segando las laderas, rebotándose con sus alas en los pies para caer, cast de bruce, al otro lado. Se burlaba del invierno:

—¡Ad! ¡Aaaa! Al remedar su estallido. En el hotel cub montañero estaban ya en esa media luz del atardecer cuando aún se entró el marfil de la sonrisa por el reverbero de la nieve.

Lulu, desarmada por su escudero Machín, entró en el departamento de los niños, rebullendo los diamantes de agua en sus naricillas y sobre el ante de su traje hombruno. El invierno, celoso de rabia, se ovilló para mirar arrevelo en chubascos, contra una ventana.

Los niños estaban desnudos! La habitación era una playa artificial de arena de mediodía, rebosada en la luz solar de las lámparas heliolitopélicas. Los chiquitines, sudorosos, llevaban gafas oscuras, y el sol radiante les tostaba el cuerpocillo, mientras el aire de fuera, inmaculado, alirado, templado, sanificaba sus pulmones. Lulu tomó en brazos a la orilla de aquella playa sin caracoles de espuma a la hermanita, aún impesante, aún más plateada que ella, y la dió el beso de antes de ir a dormir, mientras el pichón de niña tocaba con su manezuela, mojándose, la chiquetosa de esquí, balbuceando voces. A poco para adormir en el comedor, todo el mobiliario en ese juego de dominó que son los hombres de frac: todo el parloteo de muchachas—¡xitos! El invierno contempló, con despecho de ojo enjaulado, a las jóvenes en traje de noche, en traje como de tela de araña para adornar la sendadunoz. La pared de frente a él vio, en el invierno que era una lámina de cristal, y que detrás, en la habitación estufa, las plantas tropicales y los pajarrillos antillanos se mecían en la delicia de su familiar atmósfera ardiente. Abriánse las flores, destilando su savia; las aves combinaban al estilo de las portadas de las revistas de juío; fúrrida la

TEMPO de guerra, tiempo de profecía. Y la actual confusión mundial no desmiente esta afirmación.

Lajas de nuestra idea al poner en duda la existencia de una verdadera profecía digna de fe y de religioso sentimiento intelectual, por cuanto la Biblia se presenta como un libro inspirado, y en ella figuran una serie de predicciones proféticas, tanto en las páginas del Antiguo como en las del Nuevo Testamento, y el no estar a priori la existencia o la posibilidad de auténticas profecías sería un contrasentido. No obstante, una cosa es la creencia en las verdaderas profecías y otra la creencia ingenua en todas las que corren de boca en boca atribuidas a célebres astrólogos o quironómicos, quienes se atribuyen privilegios de santidad. No se pueden aceptar como precisas y genuinas revelaciones místicas aquellas que simplemente fueron creadas con miras de propaganda o sus mistificaciones comerciales. Mucha gente oída que la profecía auténtica —o sea la predicción cierta de acontecimientos que no pueden ser conocidos por causas naturales— tiene necesariamente una orientación de carácter religioso. En otras palabras: las profecías que conocemos dignas de crédito tienen siempre un propósito relacionado más o menos próximo con la divinidad, y de ellas se desprende una enseñanza moral.

Expuesta bajo una forma negativa, podríamos decir: no son profecías propiamente dichas, auténticas, las que tienen un carácter neutro y una finalidad pura y exclusivamente material.

La profecía es una de las formas del milagro, y no debe olvidarse que es norma de la divinidad no obrar milagros que no tengan un sentido próximo o remoto con la teología, una orientación religiosa. Jamás se ha dado el caso de que el Todopoderoso haga un milagro solamente para satisfacer el capricho erudito de un científico curioso.

Pero a pesar del clima científico y de la superación racional, el mundo está lleno de ingenuos papamotas, y en estos últimos años hemos asistido al retorno de lo que los antiguos llamaban las ciencias ocultas. Existen millones de espiritistas, «mediums», gentes que leen el pensamiento y predicen el porvenir, ya sea por medio de los naipes, las estrellas o las líneas de las manos. Son, en una palabra, los falsos profetas.

En Londres las revistas de astrología superaban antes de la guerra la tirada de los más populares periódicos diestros.

estufa. Rompió el desorden un «jazz» invisible. (Quizá estuviera a seis mil kilómetros de allí.) Cada cual ocupó su sillo. Con Lulu y su caballero-escudero se sentó, para hacer contrapunto, un varón procreto, algo como el prototipo del premio Nobel de Física.

—Verdaderamente, esto no es invernal —opinó el viejo medallable—; es veraniego.

El invierno golpeaba con furor los cristales, deshechos los ojos «en agua».

—¡Estoy vencido! Llorando, divirtiendo sus sentimientos, no sabían apartarse de aquel edificio, relumbriante de tanta luz, cuadrado de oro en la masa compacta de la noche, de la noche espantable, que les chorreaba y les envolvía en niebla y les zurraba con látigos de hielo, mostrándoles así la máscara de la muerte y de la cesación en la nada invernal. El hotel club, como un faro arcaico de vida dorada.

—¡Sí, esto es veraniego —comentó Machín la opinión de aquel caballero mohoso de Académica—. En nuestra época tenemos todo lo que constituye el verano: clima artificial, calefacción hasta en el automóvil, rayos que abarcan entera la gama. Y lo mismo en trenes, tanvías, autobuses (yo no digo autobuses —el respetable se sonrió— y en los aviones... Hasta los que van a la estratosfera llevan su ración de verano y la abren dando al mismo frío por la vida virar de frío. En realidad, ésta es la era en la que la Naturaleza va siendo uniformada. Estamos en el principio, claro es, pero el año 2500... La ciencia «goza la fuerza de los principios y los aplica a mejorar la existencia. Se ilustra «lo oficial» a lo que no es más que corregir y perfeccionar «lo natural». El «rojo de los jabos de las mujeres. Sí, señorita; sí, señor; estamos domesticando a la Naturaleza. Miren fuera. El invierno, con sus espantosos crueles. Y aquí, en pleno este, ¡no le da a ustedes la sensación de que estamos latas de frutas o de carne y que los estamos devorando a nuestro gusto? —¡Sí, sí! —así echó a reír Lulu alzando los hombros, un poco puntinguero por la delgadez—. ¡Es el verano en conserva!

Conita, como aperitivo, una rebana: la de melón amarillo, pedacito de agosto y de luna de enero.

ries, y se calcula que en América son cerca de doscientos mil los lectores de estas publicaciones. En las columnas de algunas revistas deportivas británicas que se ocupan de las carreras de caballos se dan consejos de seminataje sobre los días propicios para las apuestas. La suerte del jugador está —así lo afirmaba uno de esos periódicos— en llevar una sortija con zafiro. Es posible que hoy en la lotería de metralla que tienen que sufrir muchos ciudades hayas también talismanes para preservarse de ser alcanzado por las bombas.

Poco antes de la derrota de Francia se resumió en el país vecino la profecía de «Nostradamus», el cual, en 1553 predijo la guerra actual. La virada de esta profecía, considerada como derrota, alcanzó a los cincuenta mil ejemplares. El éxito de venta fue magnífico, cosa explicable, porque los franceses encontraban muchos símbolos los versos del viejo profeta que los oscuros comunicados de guerra del Gobierno.

La profecía de «Nostradamus» consistió de cinco mil versos arcaicos y vaticina que Francia volverá a sus orbeles en el año 3103. En esta profecía predicción sobre la destrucción de París, ya que no se ha aclarado si se refiere a la época actual o a la inmediatamente anterior a esa victoria.

«Antes de lograr la victoria —dice— Francia tendrá que soportar terribles ataques de los pájaros que atravesarán el aire del Este, y también será invadida por un terrible jefe que habrá una lengua extranjera de dura pronunciación».

Como este jefe parece ser de nacionalidad eslava, muchos franceses han considerado que se trataba de Stalin y que la aviación soviética será la que, en definitiva, destruirá París.

Profetizar el fin del mundo fue cosa corriente en Edmundo Spina, así como predecir inventos maravillosos era la preferencia de la época del Renacimiento. Los profetas de nuestro tiempo tratan, por el contrario, de cosas más concretas e inmediatas. Por ejemplo, dar consejos fundados en la astrología a los hombres de negocios que les consultan sobre la forma de invertir su dinero.

Uno de los más extraordinarios profetas de nuestros tiempos ha sido Chelero, el quilonante que tomó su nombre del término griego que significa «mano». Chelero era, en realidad, el conde Luis Hamon, hijo de un ilustre matemático inglés. Para sus predicciones se servía tanto de un sistema de números fatídicos como de la lectura de las líneas de la mano. Al rey de Inglaterra Eduardo VIII le predijo que sus números fatídicos eran el seis y el nueve, y el soberano británico murió a los sesenta y nueve años de edad.

Chelero también predijo al zar Nicolás II —cual tenía un terror tremendo a la guerra y a morir asesinado—, que él y su familia serían víctimas del odio del pueblo, y que el crimen coincidiría con las dos guerras más sangrientas que la Historia registra.

Claramente Chelero tuvo algunos aciertos en sus predicciones publicadas en 1928. Dice, por ejemplo, que la carta astrológica del príncipe de Gales mostraba una característica influencia planetaria capaz de influir en la sucesión del trono de Inglaterra. Se vea en ella la posibilidad de que el príncipe fuese víctima de un amor. «Yo predigo —dice Chelero— que renunciará a la posibilidad de ser coronado antes que renunciar al objeto de su amor. Evidentemente, el entonces primer ministro británico, Baldwin, no había leído estas predicciones, pues en otro caso se hubiera ahorrado sus inútiles esfuer-

zos para convencer a Eduardo VIII de que continuase en el trono y renunciase a sus amores Simpson».

La más terrible profecía sobre la guerra actual ha sido hecha por el astrólogo hindú conocido por el nombre de Rajá Swami. Dice que esta no será la española gran guerra que los profetas han asegurado tendrá lugar en el mundo, y que Europa tendrá que soportar pruebas más duras que la presente. Swami vaticina que durante la guerra comenzará en septiembre de 1939, y agregó que no sería sólo una lucha de estrategia y de espionaje, sino de dramáticos de sangre, como la de 1918, en la que se «hundió sólo bajo la influencia de la constelación del León. Este es un conflicto bélico en el cual Septimus —el humandun— se encuentra bajo el signo de Virgo, la Tierra—, y el oráculo predice que no se llegará al exterminio general, sino que los hombres tendrán que poner fin a la lucha porque les faltará alimento y máquinas guerreras.

Prevé también el Rajá Swami que en los años 1939 a 1945 se producirán cambios profundos, una verdadera revolución social y política, invasiones locales y conquistas de territorios. Y que se inicia el error, al afirmar que en 1942, Júpiter —el planeta de las Finanzas—, y Saturno —el de la Disciplina—, entrarán bajo un signo benigno, lo que permitirá una justa distribución de los bienes mundiales, lo cual, desgraciadamente, no sólo no se ha producido, sino que todavía no se ve el final de esta guerra terrible y desoladora.

Penetrar en el futuro e influir en el porvenir ha sido siempre el afán del alma humana, y de ahí ha nacido el ocultismo. Los hombres han tratado de conocer el futuro por la adivinación, los naipes, los astros, las líneas de las manos, los sueños y hasta por el vicio de los pájaros.

Pero volviendo a las decantadas profecías de guerra, ¿se ve en ellas una orientación religiosa? Raramente. Casi nunca se habla de religión propia mente dicha, ni del sentido providencial de la Historia. Las profecías vaticinadas son siempre cosa seria, que han de ser recogidas con respeto y con temor. ¡Cual decir, en cambio, de la literatura profética de los ocultos! En general, no es más que literatura banal, como esas novelas intrascendentes que se venden en las estaciones del ferrocarril. Si las verdaderas profecías siempre tienen por centro a Dios, las pseudo profecías de actualidad sólo buscan alimentar la imaginación de la gente que no tiene ideas ni una concepción seria de la vida. Sin contar con que muchas veces la base de estas profecías es comercial e interesada. Y por ello, es veraz de incitar a la reforma de las costumbres licenciosas, como los antiguos profetas bíblicos, tratan de estimular un fatalismo indolente y testivo.

Probablemente a las pseudoprofecías, para no caer en el descrédito, tendrá su truco, su trampa, como aquellas de las pitonisas griegas a quienes consultaban los soldados cuando marchaban a la guerra. «¡Tras, tras, no perecerás en la batalla», decían. Pero si el soldado caía en el combate y algún dueño o amigo se presentaba en casa del oráculo lacónico, la salida no era difícil. Todo estaba en correr la coma. «¡Tras, tras, no perecerás en la batalla».

Sólo Dios decidirá el futuro de nuestro mundo atormentado, y para las tragedias de nuestro tiempo, la más poderosa de las profecías, contra la humanidad doliente, no puede ser otra que la de «Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad».

Médicos recetan, reuma, gota:

Urosolvina

Artritis, reuma, cólicos nefríticos:

Urosolvina

Limpieza impurezas del organismo:

Urosolvina

Laboratorio IBERO

TOLOSA (ESPAÑA)

©VERPES, Agencia de Publicidad.—Tolosa.

Lícor CREMA DE CACAO

"MORPHY"

(BLANCO)

DESTILERIAS MORPHY

PUERTO DE SANTA MARIA

Sociedad Española de Construcciones

BABCOCK & WILCOX

CENTRALES TERMICAS

Grúas y transportadores

CONSTRUCCIONES METALICAS

Locomotoras y automotores

TUBOS DE HIERRO FUNDIDO, DE

ACERO ESTIRADO y SOLDADOS

EL VERANO EN CONSERVA PROFECÍAS DE GUERRA

POR TOMAS BORRAS

POR ERNESTO DE GUZMAN

El invierno, el escultor del agua, descendió de la región de los 4.000 metros. Y al resollar en la atmósfera, cubrió en hielo el aire, con dedos de nubes recogió la nieve y la echaba, a pelladas, sobre la superficie de la tierra para desfigurarla a su gusto; estrallaba los témpanos de la altura, y solidificando los ríos y las cascadas, inmóviles por su magia, creaba el invierno deformes caprichos de agua sólida, superficies pétreas, masas colvales y temerosas, hilos colgantes cristalizados, falso oleaje que dejaba ver, en la transparencia de su curva, peces prunedos de ojos sorprendidos; erraba la novedad con una cúpula de noche, y quitadas las cadenas al «Aquilón», el pero furioso corría por el inmenso ámbito del frío, rasgando su aullar lágrima entre las ramitas secas, sacudiéndose feroces ventiscas de granizos.



Los hombres, ¿qué podían hacer para defenderse del invierno, el escultor del agua? Al principio encendieron hogueras, arrojándose a la bondadosa deidad doméstica del fuego, que lame las manos y el rostro con la tibia manoseadura de una vaca de establo lamiendo una bola de sal. Después inventaron un juego que metía el ser de fuego en la sangre; y al salir los hombres fuera de sus cuevas o del cobijo de la choza para ir de caza por las luminosas estepas de sombra babante, huyéndose en curules de escorbas, bebían del vino y los daban valor a la jaramada que se encendía dentro. Más tarde absorbiéron humo; inundándose los pulmones del aromático calor que se abrasaba en la coqueleta de la pipa. El invierno era más poderoso que las débiles defensas. Espesaba de un manotón de aire las hogueras, o las asfálticas con el lentísimo suspiro de la lluvia fina: en los ojos y en las sienes, en los pies y en el estómago de los hombres y en los dedos de sus manos hincaba el serrucho de la helada, y no bastaba el vino a neutralizar siquiera la parálisis y el dolor; el tabaco era una aménica ilusión de temperatura amigable, y el invierno se echaba a reír, con risa de ventolinas, de aquella minúscula llaga roja, que, en verdad, era pebetero, era homenaje que aromaba su grandeza.

heos, cronometrados a cuatro kilómetros, estaba suspendido en un cenit de pasmo.

—¿Cómo habrá ocurrido?—se preguntaba el invierno—soltando bocanadas de vapor densificado como azúcar. Los hombres tardan menos en hacerlo todo, y por ello multiplican la duración de su vida. El tiempo, informado bien, sentenciado con amargura, señalando hacia abajo.

—Han inventado lo artificial. Nuestra época, terminada.

La llamaban Lulu, por ser demasiado larga y hasta cursi llamarla lo que era su definición: Libélula. Era tenue, y temiente que se quebrara por la cintura al inclinarse; era rubia postiza, reflejos en el pelo de lisuras de plata, como las anclenas. Con los ojos negros, acentuados a lápiz, y sus diecisiete años de entre niña y entre mujer, la cabellera clara y brumida la hacía más infantil aún. Lulu se estaba hundiendo el gorro de nieve, y se acercó al ventanal de doble vidrio:

—¿Puf, que remolinazo! Es que el invierno estaba allí, frente al hotel montañero, dispuesto a no dejarse vencer, como al tiempo le habían vencido. La Libélula vio que el cielo y la cumbre desaparecieron, y que sólo un hocico amarotado y amenazador reposaba sobre la cueva inclinada. (Todos los árboles, pringosos de natillas de nieve).

—¡Bravo! ¡Bravo!—palmeó Lulu. Sus guantes, un muchachazo de colegio de «roastbeef», le calzó las manoplas y echóse a cuevas los esquíes de ella y los de él. La bolita de mercurio se enroscó, queriendo desaparecer en el termómetro de altura. Dieciséis bajo cero.

Saltaron. Era lo que el invierno se esperaba. En la puerta les escupió toda la celística.

—¡Bravo! ¡Bravo! Se le burló la esquiadora.

El mocetón le ajustó bien el antifaz de gafas, y en un bostido de las pantalonas de la adolescente tocó un rozor. Las pilas eléctricas respondieron alitando el cuerpo de la Libélula con una suave masa de calor.

Puestos en los dos ralles de los esquíes se lanzaron al vacío. En invierno, detrás, Lulu corría, loca, y la dilo de puñeteros de granizo; la suciedad con enormes sábanas de aire, recogió todo el calor irradiado para quitárselo.

El tiempo llegó. El invierno reunía a bramidos un rebato de nubes ovjanas. Le dijo:

—Tengo un enemigo me vencer. El invierno dejó de bolicar, asombrado. Aprovechándose, un guiso del sol transformó en pufones de nécar las panzas del rebato.

—Si en la tierra ha aparecido un elemento—confirmó el tiempo, temeroso—que me destruya. Le llaman velocidad.

Amos dioses fueron a ver al dios que aumentaba la Mitología. Allí, en una costra de la tierra, resaca la línea de los caminos un insecto rapidísimo: cuatrocientos sesenta a la hora. Entre el nubarrón y el suelo, otro insecto rebasaba esa marca: setecientos veinte a la hora. El tiempo, que se dormía al ver caminar a los hom-

Médicos recetan, reuma, gota:

Urosolvina

Artritis, reuma, cólicos nefríticos:

Urosolvina

Limpieza impurezas del organismo:

Urosolvina

Laboratorio IBERO

TOLOSA (ESPAÑA)

sele a su corazón. El termómetro descendió: dieciséis, veinte, veintidós. Lulu presentaba su frente contra las ametralladoras del granizo, se oblicaba al aire—¡tallo tan fino no podía resistir!—y pasaba un contacto tras otro del regulador de las pilas para aumentar la temperatura; en su cuerpo constantes veintidós sobre cero.

Y lanzábase abandonada, como una resbalando por impetuosos ríos, a hombros de la montaña, sobre los esquíes, que escribían en la pureza de la nieve arabescos de burla.

—¡Machín!

Frenó junto a ella Machín y le pidió de beber.

—¡Estoy sofocada!

Estaba sofocada. El invierno se dijo que entonces podría matarla, dejando dentro del juguete rubio un hábito mortal con la bebida, que estaría helada.

Machín destornilló el tapón del termo y Lulu bebió con lengüecita de gato, café caliente, invierno tronó, acordando las grúas invisibles de aire, donde se multiplicaba el trueno en ecos robustos.

—¡Vasos!—chilló aquella mariposa, aforrada, fofa entre el amplio coro relleno de lana, cuyas mejillas, lo único vulnerable, eran de carmín.

Sintieron los los la sensación de desplomarse en la nada. El invierno, volador también en silencio opaco, desnucando sobre colas surtidoras de nieve. La débil dominante miró su pulsera, en la que tintineaban las horras.

—¡Volamos. Hay que vestirse para la zona. Con giro de baile, corteo, rapistima, un declive, y, trazando las amplias alas de ese val de los esquíes, remedó a la gaviota, que zorra las alas sucesivas con el pecho zigzagante, patin del agua. Lulu daba gritos de emoción al desplomarse y alucina las cuevas arribu segundó las laderas, reduciéndolas con sus alas en los pies para caer, casi de bruces, al otro lado. Se burlaba del invierno:

—¡Ad! ¡Asau! Al remedar su antillón.

En el hotel club montañero estaban ya en esa media luz del atardecer cuando aún se entregó el marfil de la sonrisa por el reverbero de la nieve.

Lulu, desarmada por su escudero Machín, entró en el departamento de los niños, rebulliendo los diamantes de agua en sus naricillas y sobre el ante de su traje hombruno. El invierno, celoso de rabia, se ovilló para mirar envuelto en chubascos, contra una ventana.

Los niños estaban desnudos! La habitación era una playa artificial de arena de mediodía, rebosada en la luz solar de las lámparas heliotrópicas. Los chiquitines, sudorosos, llevaban gafas oscuras, y el sol radiante les tostaba el cuerpo, mientras al aire de fuera, inmaculado, filtrado, templado, santificaba sus pulmones. Lulu tomo en brazos a la orilla de aquella playa sin caracoles de espuma a la deriva, son impasible, aún más plateada que ella, y la dilo el peso de antes de ir a dormir, mientras el pichón de niña tocaba con su maneranza, mojándose, la chaqueta de esquiador, balleando voces.

A poco Lulu entraba en el comedor, todo el mobiliario en ese juego de dominio que son los hombres de fruteo: todo el parloteo de muchachas «chit». El invierno contempló, con desprecio de oso enjaulado, a las jóvenes en traje de noche, en traje como de telas de araña para adornar la sendosundez. La pared de frente a él vio el invierno que son los hombres de fruteo, y que detrás, en la habitación estufa, las plantas tropicales y los pajarillos amillanados se mecen en la delicia de su familiar atmósfera ardiente. Abrieron las flores, destilando su savia; las aves combiniaban al estilo de las portadas de las revistas de lujo; forraban la

TEMPO de guerra, tiempo de profecías. Y la actual configuración mundial no desmiente este aforismo.

Lajos de nuestra idea al poder en duda la existencia de una verdadera profecía, digna de fe y de religioso sentimiento intelectual, por cuanto la Biblia se presenta como un libro inspirado, y en ella figuran una serie de predicciones proféticas, tanto en las páginas del Antiguo como en las del Nuevo Testamento, y el negar a priori la existencia o la posibilidad de auténticas profecías sería un contrasentido. No obstante, una cosa es la creencia en las verdaderas profecías y otra la creencia ingenua en todas las que corren de boca en boca arribadas a celebras astrólogos o quironomantes, quienes se atribuyen privilegios de santidad. No se pueden aceptar como precisas y genuinas revelaciones místicas aquellas que simplemente fueran creencias o ideas de general o gauda o son mistificaciones, connercias. Mucha gente olvida que la profecía auténtica—o sea la predicción cierta de acontecimientos que no pueden ser conocidos por causas naturales—tiene normalmente una orientación de carácter religioso. En otras palabras: las profecías que conocemos alguna de crédito tienen siempre un significado relacionado más o menos próximamente con la divinidad, y de ellas se desprende una enseñanza moral.

Expuesta bajo una forma negativa, podríamos decir: no son profecías propiamente dichas, auténticas, las que tienen un carácter neutro y una finalidad pura y exclusivamente particular.

La profecía es una de las formas del milagro, y no debe olvidarse que es una de la divinidad no obrar milagros que no tengan un sentido próximo o remoto con la teología, una orientación religiosa. Jamás se ha dado el caso de que el Todopoderoso haga un milagro solamente para satisfacer el capricho erudito de un científico curioso.

Pero a pesar del clima científico y de la supermecanización, el mundo está lleno de ingenuos papanatas, y en estos últimos años hemos asistido al retorno de lo que los antiguos llamaban las ciencias ocultas. Existen millones de espiritistas, médiums, gentes que leen el pensamiento y predicen el porvenir, ya sea por medio de los naipes, las estrellas o las líneas de las manos. Son, en una palabra, los falsos profetas.

En Londres las revistas de astrología superaban antes de la guerra la tirada de los más populares periódicos diarios.

estufa. Rompió el desorden un «jazz» invisible. (Quizá estuviera a seis mil kilómetros de allí). Caden aquí ocupó su sitio. Con Lulu y su caballero escudero se sentó, pero hace contrapunto, un varón proreco, algo como el prototipo del premio Nobel de Física.

—Verdaderamente, esto no es inventar—opinó el viejo medallante—es veranear.

El invierno golpeaba con furor los cristales, deshechos los ojos en agua: —¡Estoy vencido!

Llorando, divitiando sus sentimientos, no sabía apartarse de aquel edificio, relumbante de tanta luz, cuadrado de oro en la masa compacta de la noche, de la noche espantable, que les chorreaba y les envolvía en niebla y les zurraba con látigos de hielo, mostrándoles así la máscara de la muerte y de la cecación en la nada inerte. El hotel club, como un faro ardía de vida dorada.

—Si, esto es veranear—comentó Machín la opinión de aquel caballero modesto de Academia. En nuestra época tenemos todo lo que constituye el verano: clima artificial, calefacción hasta en el automóvil, rayos que abarcan entera la gama. Y lo mismo en trenes, tranvías, autobuses (yo no digo autobuses)—el respetable se sonrió—y en los aviones. ¡Hasta los que van a la estratosfera llevan su estación de verano y la abandonan al volver a la tierra!

—El frío de invierno, en realidad, ésta es la era en que la Naturaleza va siendo uniformada. Estamos en el principio, claro es, pero el año 2500... La ciencia—que la fuerza de los principios y los aplica a mejorar la existencia. Se llama «lo artificial» a lo que no es más que corregir y perfeccionar «lo natural». El «cero» de los trabajos de las mujeres. Si, señorita, al señor; estamos domesticando a la Naturaleza. Miren fuera el invierno, con sus espantosos crueldades. Y aquí, en pleno estilo, ¡no lea a ustedes la sensación de que abríamos la puerta de un mundo nuevo!

—¡Sí, al—eso echó a reír Lulu alzan los hombres, por poco puntiguados por la delgadez—. ¡El verano en conserva!

Comía, como aperitivo, una rebana de miel amarillo, peducito de agosto y de luna de plata.

rios, y se calcula que en América son cerca de doscientos mil los lectores de estas publicaciones. En las columnas de algunas revistas deportivas británicas que se ocupan de las carreras de caballos se dan consejos de seminario sobre los días propicios para las apuestas. La suerte del jugador está—así lo afirmaban uno de esos periódicos—en llevar una sortija con zafiro. Es posible que hoy en la lotería de metralleta que tienen que sufrir muchas ciudades haya también talismanes para preservar de ser alcanzado por las bombas.

Poco antes de la derrota de Francia se resultó en el país vecino la profecía de «Nostradamus», el cual, en 1555 predijo la guerra actual. La tirada de esta profecía, considerada como deoísta, alcanzó a los cincuenta mil ejemplares. El éxito de venta fue magnífico, cosa explicable, porque los franceses encontraban mucha similitud en los versos del viejo profeta que los oídos nos comunicados de guerra del Gobierno.

La profecía de «Nostradamus» consta de cinco mil versos arautos y valtién que Francia vencerá a sus enemigos en el año 3320. Es confusa la predicción sobre la destrucción de París, ya que no se ha aclarado si se refiere a la época actual o a la inmediatamente anterior a esa victoria.

«Antes de lograr la victoria—dice—Francia tendrá que soportar terribles ataques de los pájaros que atravesarán al aire del Este, y también será invadida por un terrible jefe que habita una lengua extranjera de dura pronunciación».

Como este jefe parece ser de nación malidada, muchos franceses han considerado que se trataba de Stalin y que la aviación soviética será la que, en definitiva, destruya París.

Profetizar el fin del mundo fue cosa corriente en la Edad Media, así como precedir inventos maravillosos era la preferencia de la época del Renacimiento. Los profetas de nuestro tiempo tratan, por el contrario, de cosas más concretas e inmediatas. Por ejemplo, dar consejos fundados en la astrología a los hombres de negocios que les consultan sobre la forma de invertir su dinero.

Uno de los más extraordinarios profetas de nuestros tiempos ha sido Cheiro, el quironomante que tomó su nombre del término griego que significa «mano». Cheiro era, en realidad, el conde Luis Hamon, hijo de un ilustre matemático inglés. Para sus predicciones se servía tanto de un sistema de números fatídicos como de la lectura de las líneas de la mano. Al rey de Inglaterra Eduardo VII le predijo que sus nietos serían caídos entre el cielo y el nueve, y el soberano británico murió a los sesenta y nueve años de edad.

Cheiro también predijo al zar Nicolás II—al cual tenía un terror infinito a la guerra y a morir asesiado—, que él y su familia serían víctimas del odio del pueblo, y que el crimen coincidiría con las dos guerras más sangrientas que la Historia registra.

Ciertamente Cheiro tuvo algunos aciertos en sus predicciones publicadas en 1928. Dice, por ejemplo, que la carta astrológica del príncipe de Gales mostraba una característica influencia planetaria capaz de influir en la sucesión del trono de Inglaterra. Se veía en ella la posibilidad de que el príncipe fuese víctima de un amor. «Yo predigo—dice Cheiro—que renunciará a la posibilidad de ser coronado antes que renunciar al objeto de su amor. Evidentemente, el entonces primer ministro británico, Baldwin, no había leído estas predicciones, pues en otro caso se hubiera ahorrado sus inútiles esfuer-

zos para convencer a Eduardo VIII de que continuase en el trono y renunciase a mistress Simpson.

La más terrible profecía sobre la guerra actual ha sido hecha por el astrólogo hindú conocido por el nombre de Rajá Swami. Dice que esta no será la espantosa gran guerra que los países han asegurado tendrá lugar en el mundo, y que Europa tendrá que soportar pruebas más duras que la presente. Swami valtién exclamando que la guerra comenzará en septiembre de 1930, y agregó que no sería sólo una lucha de estrategia y de recursos, de derramamientos de sangre, como la de 1914, en la que se combatió sólo bajo la influencia de la constelación del León. Esta es un conflicto bélico en el cual Nipuno—in Humankind—, se encuentra bajo el signo de Virgo—la Tierra—, y el oráculo predice que no se llegará al término general, sino que los hombres tendrán que poner fin a la lucha porque les fallarán alimentos y máquinas guerreras.

Prevé también el Rajá Swami que en los años 1910 a 1911 se producirán cambios profundos, una verdadera revolución social y política, invasiones locales y conquistas de territorios. Y aquí incluye el error, al afirmar que en 1911, Júpiter, el planeta de las Finanzas—, y Saturno—el de la Disciplina—, entrarán bajo un signo benigno, lo que permitirá una más justa distribución de los bienes mundiales, lo cual, degradadamente, no sólo no se ha producido, sino que todavía no se ve el final de esta guerra terrible y desoladora.

Penetrar en el futuro e influir en el porvenir ha sido siempre el afán del alma humana, y de ahí ha nacido el ocultismo. Los hombres han tratado de conocer el futuro por la adivinación, los naipes, los astros, las líneas de las manos, los sueños y hasta por el vaho de los pájaros.

Pero volviendo a las decantadas profecías de guerra, ¿se ve en ellas una orientación religiosa? Naturalmente. Ca, nunca se habla de religión propiamente dicha, ni del sentido positivo de la Historia. Las profecías satánicas son siempre cosa seria, que han de ser recogidas con respeto y con temor. ¡Que decir, en cambio, de la literatura profética de ocasión! En general, no es más que literatura banal, como esas novelas intrascendentes que se venden en las estaciones del ferrocarril. Si las verdaderas profecías siempre tienen por centro a Dios, las pseudo profecías de actualidad sólo buscan aumentar la imaginación de la gente que no tiene ideales ni una concepción seria de la vida. Sin contar con que muchas veces la base de estas profecías es comercial e interesada. Y por ello, en vez de influir a la reforma de los costumbres ilenciosas, como los auténticos profetas bíblicos, tratan de estimular un fatalismo indolente y pasivo.

Probablemente estas pseudoprefecías, para no caer en el descrédito, tendrán su truco, su trampa, como aquellos de las pitonisas griegas, que se consultaban los soldados cuando marchaban a la guerra. «¡Vá, vá, vá, no perecerá en la batalla, dé, dé, dé. Pero si el soldado cae en el combate y algún deudo o amigo se presentaba en casa del oráculo femenino, la salida no era difícil. Todo estaba en correr la coma. «Vá, vá, vá, no perecerá en la batalla».

Sólo Dios decide el futuro de nuestro mundo atormentado, y para las tragedias de nuestro tiempo, la más poderosa de las profecías, consueño de la humanidad doliente, no puede ser otra que la de «Paz en la tierra y los hombres de buena voluntad».

Licor CREMA DE CACAO

"MORPHY"

(BLANCO)

DESTILERIAS MORPHY

PUERTO DE SANTA MARIA

Sociedad Española de Construcciones

BABCOCK & WILCOX

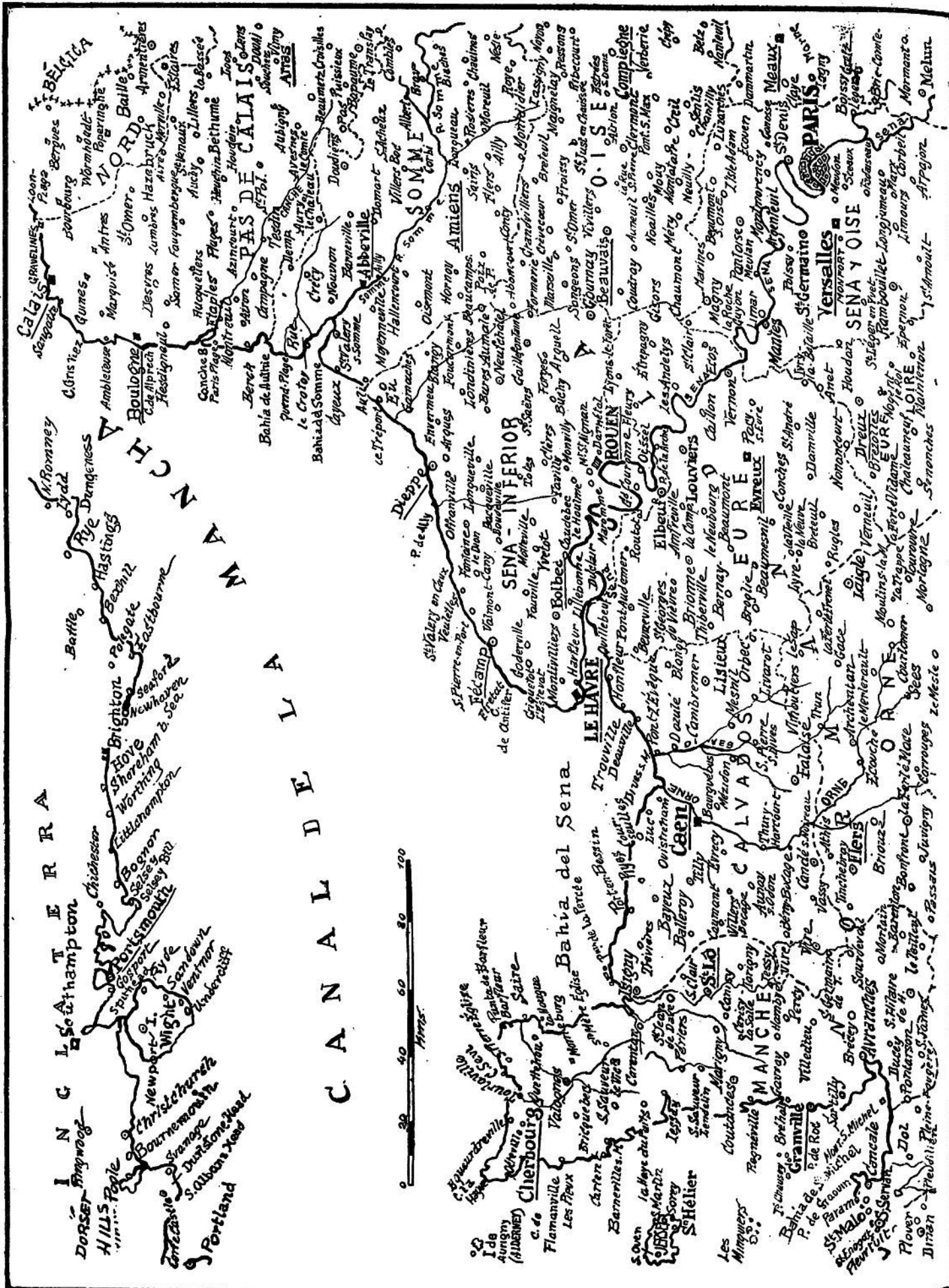
CENTRALES TERMICAS

Grúas y transportadores

CONSTRUCCIONES METALICAS

Locomotoras y automotores

TUBOS DE HIERRO FUNDIDO, DE ACERO ESTIRADO Y SOLDADOS



EL TIMBRE DE DON ENRIQUE

DE NUESTRO CONCURSO DE CUENTOS
"CONCHA ESPINA"

Por PILAR DE CUADRA

L a pesada rutina periódica de aquellas mañanas dominicales, en efecto: desde los veinticuatro años María Luisa Sánchez hacía la misma vida; y eran ya más de quince los que habían pasado trayéndole un domingo igual a otro domingo.

A la vuelta de misa de nueve, cepillaba el más llamante de los ternos de tío Ricardo; después desayunaba con su madre y cuando había buen sol la llevaba a pasar al Retiro. Al volver de la Rosale de compra a la casa, la abuelita estaba llena de «blancos y negros» y después de la revista, la media, doceas de merengues de café para el postre.

En las tardes borrosas o frías se dedicaban los tres a leer, acomodados junto a la mes-camilla. A veces venía don Juan, antigua amiga de la familia. Entonces se corrían los libros, se arrinconaba el juego de damas o el «parchessi», se hacía un chocolate más y se hablaba del Ropero de San Antonio.

De cuando en cuando la señora viuda de Sánchez, sacaba del armario el bolso nuevo, cuidadosamente envuelto en papel de seda; se ponía la manilla más decente y los guantes de piel, para ir con su hija al teatro.

Y eso era todo.

En cambio, la monotonía de su vida de oficina se la antojaba muy otra. Ciertamente, en su Negociado, seguía viendo siempre las mismas máquinas ocupando los mismos sillones, y cubriendo con las mismas fundas... pero las frías de hule negro, no le molestaban tanto como aquellas fundas crudas del comedor-recibimiento de su casa; aquel comedor que daba al patio, aquel comedor con su lámpara de Hiram y su mecedora; con el calendario, los cromos y la huella para las Xifones; con el frutero de porcelana, lleno de pilanconas o de uvas, cuando no de castañas humeantes.

¿Cuántas veces había soñado en ver de aquellos muebles; en suprimir el trébol del trinchero, en buscar una casa pequeña, clara y alegre... en tiempos llenos de geranios (estaba rara de palmeras con lacitos...) una casa moderna y joven como ella... Sí, como ella no... Tenía ya cuarenta años.

En embargo, sus sueños no pasaban nunca de sueños. La pobre María Luisa se moriría si le quitaran aquellos viejos muebles que constituían ya algo esencial en su vida.

Todo eso pensaba María Luisa un día. Uno de tantos lunes... frío, gris, cubierto... ¿Cómo iba a ser ni caliente, ni azul, ni claro, a las ocho y media de la mañana?

Se tenía que mirar el reloj. Cuan-

do no se cruzaba con la chloa del arriero «bolger» con el nombre de los periódicos... ¡malol!

Conoció el Madrid de las ocho y media y el Madrid de las nueve menos cinco. A las nueve menos cinco las lunas de las escarpantes tenían ya la cara lavada; las cajas de la basura estaban vacías; los colegiales corrían jadeantes rozando con sus carapachos los paganos abrigos de probos funcio-



Pilar de Cuadra

narios; las modistillas atusaban los apretados rizos de su permanente, o envolvían el bocadillo de las uces en un papel cualquiera de Grandes Almacenes y los moxos de limpieza habían dejado ya sus escobas para dar paso a los camareros repeludados, que con su bandeja de metal en una mano y la servilleta blanca al hombro, servían el desayuno a los cinco o seis clientes de toda la vida, en el café semivaco, aún a medio desperazar.

Carpetas 7.-Particular.
Carpetas 10.-Talleres.
Carpetas 11.-Partes.
Carpetas 18.-Carpetas 20.-Era siempre igual.
Pero los lunes el trabajo de archivo resultaba más a mena para María Luisa.

Un lunes le contaron «Ben-Hur», y otro lunes «La rosa del azahar», y otro la hablaron por primera vez del cine sonoro. Fernández, el delineante, se despertó también un lunes diciéndole que se había comprado una radio-altavoz.

Los lunes guardaban todavía el eco (un eco triste, es verdad) del domingo de sus compañeros.

Y era el coro de la Zarzuela; y era el tango o el fox de la película; y era el tobogán de la verbena; y eran el regalo del novio o la rifa con la novicia... Porque en aquel despacho de su Negociado todos eran una familia.

Así llegaban las ocho y media, con el timbre de don Enrique.

Don Enrique era su jefe. Llevaban los dos el mismo tiempo en la oficina. Tal vez hasta tuvieran la misma edad. Era alto, moreno, con ojos claros. Cuando entró parecía un chiquillo. Terminaba la carrera y era sólo ingeniero

adjuato. Diez años más tarde acordó: era ya ingeniero jefe. En el presente una institución en la empresa.

Cuando María Luisa estaba de vacaciones don Enrique se ponía de mal humor. Se lo hacían todo al revés. Tenía que dar mil explicaciones al respecto, así que a María Luisa no necesitaba darle más que justamente los hechos impredecibles. Ella le hacía todos sus trabajos particulares. Era un estuche, como solía decir a sus amigos.

No recordaba haberle hecho jamás una advertencia. El día de su santo solía regalarle invariablemente una caja de bombones, o invariablemente María Luisa, después de ponerle colorada, le decía con timidez: «Pero, por Dios, don Enrique... no tenía usted por qué haberse molestado».

Para los dos aquellas horas de trabajo eran igualmente agradables y tranquilas; sin egobios, sin preocupaciones, sin que para ella don Enrique hubiera sido nunca más que su jefe. Don Enrique, ni para él María Luisa había sido nunca más que María Luisa, su secretaria.

Pero un buen día la ayudante de la abnegada mecanógrafa pidió su excusa y pronto en el Negociado aquel resonó el cascabelo de una risa joven y bonita... la risa de Marybel.

Marybel era una chica bien. Una chica que trabajaba para comprarse unas medias cristas, o para tomar el aperitivo los domingos.

Los tiempos habían cambiado. Cuando María Luisa tenía la edad de Marybel, no había en las películas secretarías de melena rubia, sólo había en las oficinas muchachitas serias con moño o rodete, que ayudaban a vivir a su madre y al pobre tío Ricardo.

Marybel era bonita... muy bonita... y alegre y simpática. Sabía tres idiomas; hacía mucho deporte y mientras María Luisa se tomaba a media mañana un par de «luckys», ella se fumaba un par de «luckys». Aquella cascada de bombones y ruidosa de la juventud de Marybel fue para María Luisa algo así como si en el Otoño tibio, sereno, dulcemente monótono, suavemente apagado de su vida, irrumpiera la Primavera.

Todo era dinamismo juvenil: las miradas al reloj en un ensa de cita; la sonrisa coqueta, el encogerse de hombros o el mohín de enfado ante las llamadas telefónicas.

Las llamadas telefónicas. Sí; aquel cable negro, hasta entonces modestamente burocrático, celoso de su importancia, que unía a María Luisa con Sánchez, jefe del mundo de los asuntos; la Compañía de Publicidad, la Sociedad de Transportes, el Negociado 6, el despacho del director; aquel cable negro fue desde la llegada de Marybel, servicial enlace con un mundo distinto.

Los primeros días María Luisa creía escuchar una comedia refinada. El cable no se descorrió jamás, pero no había ruido de faldas, aroma de flores, tulo de músicas y luces en aquellos comentarios a la fiesta Gran Gala de la víspera; había optimismo de moderna camaradería y había brisa fresca de mañana campesina, en aquel proyecto de excursión en bicicleta; había ambiente de exhibición y triunfo en aquel apremio a la modista; había todo eso, porque había un mundo de ilusión naciente, de ingenio confiar que ignora penas, en toda ella, en toda Marybel.

No; no eran tantas parejas las suyas. Aquel torrente de ilusión salvaje de los veinte años de María Luisa Sánchez había tenido que hacerse al agua para alimentar la fábrica de su hogar, y como tal ordenado en el cauce y al sosiego de la rutina. Día tras día habían pasado los años, y año tras año los lustros —ya tres— sin un ansa de cita en la mirada al reloj, sin una sonrisa coqueta, sin un mohín de enfado con el solo distinguirse de los tiempos diversos. Los tiempos de «Ben-Hur» y de «La rosa del azahar»; los tiempos de la radio altavoz y del cine sonoro, los tiempos fáciles que de pronto se hicieron vergüenza en la República, epopeya en el Movimiento y victoria en la paz de la post guerra.

Sólo un chorro de luz en aquel cuadro oscuro de tintes grisesos. Fue un domingo. Tío Ricardo se había puesto el cuello duro y la corbata marrón. Doña Luisa había sacado del armario el bolso nuevo cuidadosamente envuelto en papel de seda y el velo más decente.

«Bueno, hija. Nosotros vamos para allá. Tú ordena esto. Ya sabes... que quede todo curisito. Encima de la alacena te dejó la entrada».

«Bien, madre; no tardaré».

Pero había tardado. El nuevo per-

lo de Virgen Juiliana, esos ojos dulces que suavizaban la dureza de la tez ya menos fresca y el matiz vulgar de su pelo algo canoso.

Se le había hecho un poco tarde... por eso el portazo fue seco, y la entrada en el «Metro» precipitada. No quería perder ese momento maravilloso del telen que se descorre misteriosa y burlescamente lento, acercándose en el espectador el ansio de un interrogante.

Se le había hecho tarde... ¡Ay Dios!... que no llego.

«¿Qué hay María Luisa, ¿de poco?».

«Don Enrique, ¿cómo no lo habrá visto? Voy tan distraída... ¡Dónde la montado!».

«En Chamberí».

«Y yo, que vengo desde el Centro a minas hasta José Antonio, voy al Fon talba».

«¡Hombre! ¿qué casualidad!... Alla voy yo también».

«¿Llegamos?».

«Sí... ¡Muy tiempo!».

«Sí, señor. ¡Muy buen señor en tres minutos, como usted!».

El miró largo rato. Estaba cierta de que la encuentro bonita y hasta de que sentía impaciencia de decirle; pero la conveniencia, aquella, malidita y fría conveniencia inglesa, que corría por sus venas con la sangre in-

terma, ahogó el impulso, atenazó la lengua y agotó los temas de conversación.

«Dicen que la obra está bien escrita».

«Cuando menos, lleva tiempo en cartelería».

Un silencio.

«¿Qué culuri! ¿Cuánta gente!».

«Es cierto».

«Otro silencio».

«Tribunal... Ya falta poco».

Ya falta poco.

Al llegar al Fontibón los dos habían tirado de cartera para sacar la entrada. La de María Luisa era gris, como su vida; la de don Enrique, roja, y tuvieron que decirse adiós. Entró ella hacia toda la distancia de un patio de butacas a un antiteatro secundario.

«¡Qué tal esas vacaciones?».

«Si se lo hubiera preguntado, tal vez no hubiera podido contestar. Subía por su garganta una oleada amarga. Media hora después volvió a entrar en el despacho de su jefe para pasar a los asuntos nuevos documentos».

«¿Tiene usted alguna carta que dictarme?» preguntó tímidamente.

«Sí. Precisamente iba a llamarle en este mismo momento, para que me mandara usted a Marybel. Estas chistes de ahora son muy buenas taquigrafías».

«¡Qué importante... se dijo la secretaria. Pronto llegarán las onces y media de mañana, y mientras apriete el botón pardusco del timbre, pensará en mí, en su mecanógrafa, satisfecha de saberla inteligente, impuesta, comprensiva, y hasta... ¡Oh, egoísmo! Inconsciente de los hombres... hasta su pequeño enamoradismo».

Y allí, en la oficina, no se agotaría el tema de conversación, porque todo les unía... y la conveniencia inglesa no tendría por qué ahogar impulsos absurdos que no brotarían nunca.

«No te acuerdes ni en broma de la oficina—dijo Marybel a María Luisa cuando llegó la quinceña que ésta tenía de permiso—... Todo marchará igual. ¡Díselo! No seas tina».

«Precisamente del Antio... ¡U!».

Pero mira... vamos a ir las dos al despacho de don Enrique. Bueno será que apaséndonos guardamos el papel para la correspondencia particular».

«Adelante—dijo distraídamente el jefe... ¿Cómo? ¿La permito? Muy bien, María Luisa. Disfrute usted mucho, que bien se lo merece. Como todos los años, a Segovia, ¿no?».

«Sí, señor. Pero no venía solo a despedirme... Tendría que perdonar que le molestasen un momento. Quería enseñar a Marybel el sitio donde guardamos el papel de escribir».

Durante estas últimas frases, don Enrique había recordado su trabajo

«Perfectamente... Es la nueva mecanógrafa—preguntó sin levantar los ojos de la cuartilla que estaba embo-

ronando».

Sólo cuando la acabó de llamar le-

vantó la cabeza y dirigió una mirada distraída a Marybel.

María Luisa se fue con su familia a Segovia.

Excursiones, posos, labor; cama hasta las diez. ¿Qué agradable le resultaba vivir como todo el mundo!

Sin que al hablar de su persona dijeran «la señorita María Luisa»; sin tener a nadie sobre sí; sin verse obligada a bailar a los hombres de su edad don Fulano y don Mengano.

«Pero... le faltaban las carpetas de su archivo... y, sobre todo, el timbre de don Enrique».

Volvió con ilusión a su trabajo. Llegó a la oficina antes que Marybel entrara a las nueve menos cuarto, bostezando con su boquita sangrienta.

Abrió las carpetas. Revisó de pe a pa todo el Archivo.

Sonó el timbre de las once y media.

Se levantó como un rayo y entró en el despacho de su jefe.

Don Enrique no parecía advertir su presencia.

Apenas contestó a sus buenos días. Sigilo! ahorrando sus cuartillas.

«No hay duda... es algo de la oficina. No basta engrosarse de hombros para afectar indiferencia; la mirada de Enrique la está desmintiendo. Es aún más sombría que al entrar en el comedor».

Y Marybel prosigue erre que erre en sus caballos. ¡Habría tenido algún choque con el gerente!

No es posible. Suárez Albrantes es incapaz de sulfurarse.

Es mejor preguntárselo de una vez.

«¿Voy a Segovia... ¿qué heles? Desahogué. ¿Qué te pasa?».

«Nada... Nada... Para que te des de nadie. Figúrate que durante nuestro viaje María Luisa ha pedido el traslado de Negociado».

«Acabáramos... Pero por Dios... ¡Qué chiquillos los los hombres! Todos los males nos vengan por ahí. Ya te pondrán otra mecanógrafa».

«Pues entonces, ¿a qué apartarte... ¡Uy qué mierda!... Será cosa de quitarte de delante la copa del agua, no sea que te ahogues. Te acostumbrarás a la nueva secretaria y ¡a vivir!».

«No, Marybel... ¡Juanita no será nunca como ella... Un meneo de cabeza... Qué chasco. ¡Señor! Qué chasco... Después de quince años de portarme con María Luisa como yo me había portado».

Como siempre, el Madrid de las ocho y media... Frío gris... Nebuloso... La chica del abrigo beige... el hombre de los periódicos.

Las mismas máquinas en los mismos sillones y cubiertas con las mismas fundas de hule negro.

Particular, 20.

Varios, 22.

Partes...

También en aquel negociado había carpetas de archivo. También había carpetas de melena rubia, alegres... bonitas.

También los lunes traían allí los jirones lacos del cine, del baile o del afilir del domingo.

Había todo eso... y, sobre todo... era mejor vivir sin emociones la sencilla felicidad de su rutina, porque allí, en su nuevo negociado, a las once y media, sonaba también un timbre... Pero era el timbre de don José, que a María Luisa no le decía nada.



sin levantar los ojos... Solamente cuando hubo acabado:

«¡María Luisa!... ¡Ah!... Con que usted—exclamó sorprendido al verle—... Por favor, lléveme usted al despacho del señor X».

La pobre mecanógrafa sintió como la salpicadura de un jarro de agua fría que hubieran echado muy cerca y quedó quieta algunos momentos como esperando algo más; aquel «algo más» de todos los años.

«¿Qué tal esas vacaciones?».

Si se lo hubiera preguntado, tal vez no hubiera podido contestar. Subía por su garganta una oleada amarga. Media hora después volvió a entrar en el despacho de su jefe para pasar a los asuntos nuevos documentos.

«¿Tiene usted alguna carta que dictarme?» preguntó tímidamente.

«Sí. Precisamente iba a llamarle en este mismo momento, para que me mandara usted a Marybel. Estas chistes de ahora son muy buenas taquigrafías».

«¡Qué importante... se dijo la secretaria. Pronto llegarán las onces y media de mañana, y mientras apriete el botón pardusco del timbre, pensará en mí, en su mecanógrafa, satisfecha de saberla inteligente, impuesta, comprensiva, y hasta... ¡Oh, egoísmo! Inconsciente de los hombres... hasta su pequeño enamoradismo».

Y allí, en la oficina, no se agotaría el tema de conversación, porque todo les unía... y la conveniencia inglesa no tendría por qué ahogar impulsos absurdos que no brotarían nunca.

«No te acuerdes ni en broma de la oficina—dijo Marybel a María Luisa cuando llegó la quinceña que ésta tenía de permiso—... Todo marchará igual. ¡Díselo! No seas tina».

«Precisamente del Antio... ¡U!».

Pero mira... vamos a ir las dos al despacho de don Enrique. Bueno será que apaséndonos guardamos el papel para la correspondencia particular».

«Adelante—dijo distraídamente el jefe... ¿Cómo? ¿La permito? Muy bien, María Luisa. Disfrute usted mucho, que bien se lo merece. Como todos los años, a Segovia, ¿no?».

«Sí, señor. Pero no venía solo a despedirme... Tendría que perdonar que le molestasen un momento. Quería enseñar a Marybel el sitio donde guardamos el papel de escribir».

Durante estas últimas frases, don Enrique había recordado su trabajo

«Perfectamente... Es la nueva mecanógrafa—preguntó sin levantar los ojos de la cuartilla que estaba embo-

ronando».

Sólo cuando la acabó de llamar le-

vantó la cabeza y dirigió una mirada distraída a Marybel.

María Luisa se fue con su familia a Segovia.

Excursiones, posos, labor; cama hasta las diez. ¿Qué agradable le resultaba vivir como todo el mundo!

Sin que al hablar de su persona dijeran «la señorita María Luisa»; sin tener a nadie sobre sí; sin verse obligada a bailar a los hombres de su edad don Fulano y don Mengano.

«Pero... le faltaban las carpetas de su archivo... y, sobre todo, el timbre de don Enrique».

Volvió con ilusión a su trabajo. Llegó a la oficina antes que Marybel entrara a las nueve menos cuarto, bostezando con su boquita sangrienta.

Abrió las carpetas. Revisó de pe a pa todo el Archivo.

Sonó el timbre de las once y media.

Se levantó como un rayo y entró en el despacho de su jefe.

Don Enrique no parecía advertir su presencia.

Apenas contestó a sus buenos días. Sigilo! ahorrando sus cuartillas.

«No hay duda... es algo de la oficina. No basta engrosarse de hombros para afectar indiferencia; la mirada de Enrique la está desmintiendo. Es aún más sombría que al entrar en el comedor».

Y Marybel prosigue erre que erre en sus caballos. ¡Habría tenido algún choque con el gerente!

No es posible. Suárez Albrantes es incapaz de sulfurarse.

Es mejor preguntárselo de una vez.

Maribel espera impaciente a su marido. Es el primer día en que Enrique ha vuelto a la oficina después del viaje de novios. Es el primer día como todos. Algo así como el dejar la cama blanda y abrigada, con la perspectiva del agua fría que parece murmurar melancólicas gotas; «trabaja», cuando menos eso le parece a Marybel.

Por fin se oíen sus fuertes pisadas en el entarimado del pequeño hall, aún sin alfombrar.

Hay como una sombra en sus ojos; una sombra que jamás los espanta, ni en Barcelona, ni en Palma, ni en Valencia.

«¿Será, acaso, porque echo de menos los entemesos o el plato de huevos a que se ha acostumbrado después de un mes de vida de hotel?».

«La verdad es que Felipe no ha estado muy acertado poniéndome hoy esta sopa de verbena—comienza Marybel como disculpándose».

«¿No te gusta? Pues yo la encuentro francamente bien».

Marybel respira. Gracias a Dios no es la sopa de verbena.

«¿Mucho trabajo en la oficina?».

«Como siempre... Es decir, algo más. Ya sabes lo que ocurre después de faltar una temporada. Hay que ponerse al día».

«No hay duda... es algo de la oficina. No basta engrosarse de hombros para afectar indiferencia; la mirada de Enrique la está desmintiendo. Es aún más sombría que al entrar en el comedor».

Y Marybel prosigue erre que erre en sus caballos. ¡Habría tenido algún choque con el gerente!

No es posible. Suárez Albrantes es incapaz de sulfurarse.

Es mejor preguntárselo de una vez.

«¿Voy a Segovia... ¿qué heles? Desahogué. ¿Qué te pasa?».

«Nada... Nada... Para que te des de nadie. Figúrate que durante nuestro viaje María Luisa ha pedido el traslado de Negociado».

«Acabáramos... Pero por Dios... ¡Qué chiquillos los los hombres! Todos los males nos vengan por ahí. Ya te pondrán otra mecanógrafa».

«Pues entonces, ¿a qué apartarte... ¡Uy qué mierda!... Será cosa de quitarte de delante la copa del agua, no sea que te ahogues. Te acostumbrarás a la nueva secretaria y ¡a vivir!».

«No, Marybel... ¡Juanita no será nunca como ella... Un meneo de cabeza... Qué chasco. ¡Señor! Qué chasco... Después de quince años de portarme con María Luisa como yo me había portado».

Como siempre, el Madrid de las ocho y media... Frío gris... Nebuloso... La chica del abrigo beige... el hombre de los periódicos.

Las mismas máquinas en los mismos sillones y cubiertas con las mismas fundas de hule negro.

Particular, 20.

Varios, 22.

Partes...

También en aquel negociado había carpetas de archivo. También había carpetas de melena rubia, alegres... bonitas.

También los lunes traían allí los jirones lacos del cine, del baile o del afilir del domingo.

Había todo eso... y, sobre todo... era mejor vivir sin emociones la sencilla felicidad de su rutina, porque allí, en su nuevo negociado, a las once y media, sonaba también un timbre... Pero era el timbre de don José, que a María Luisa no le decía nada.

Volvió con ilusión a su trabajo. Llegó a la oficina antes que Marybel entrara a las nueve menos cuarto, bostezando con su boquita sangrienta.

Abrió las carpetas. Revisó de pe a pa todo el Archivo.

Sonó el timbre de las once y media.

Se levantó como un rayo y entró en el despacho de su jefe.

Don Enrique no parecía advertir su presencia.

Apenas contestó a sus buenos días. Sigilo! ahorrando sus cuartillas.

«No hay duda... es algo de la oficina. No basta engrosarse de hombros para afectar indiferencia; la mirada de Enrique la está desmintiendo. Es aún más sombría que al entrar en el comedor».

Y Marybel prosigue erre que erre en sus caballos. ¡Habría tenido algún choque con el gerente!

No es posible. Suárez Albrantes es incapaz de sulfurarse.

Es mejor preguntárselo de una vez.

«¿Voy a Segovia... ¿qué heles? Desahogué. ¿Qué te pasa?».

«Nada... Nada... Para que te des de nadie. Figúrate que durante nuestro viaje María Luisa ha pedido el traslado de Negociado».

«Acabáramos... Pero por Dios... ¡Qué chiquillos los los hombres! Todos los males nos vengan por ahí. Ya te pondrán otra mecanógrafa».

«Pues entonces, ¿a qué apartarte... ¡Uy qué mierda!... Será cosa de quitarte de delante la copa del agua, no sea que te ahogues. Te acostumbrarás a la nueva secretaria y ¡a vivir



LA SITUACION INTERNACIONAL

OJEADA A DERECHA E IZQUIERDA

POR FRANCISCO MELGAR

POR grande que sea la prudencia en el hombre, ha dicho no recuerdo qué filósofo, no constituye ninguna garantía de seguridad absoluta contra las contingencias exteriores. Lo cual no quiere decir que debemos renunciar a la iniciativa. Todo lo contrario. La iniciativa nos ayuda a evitar muchos males, pero ha de ser infinitamente más fecunda si tenemos siempre presente la necesidad de vivir con el alma vigilante, atentos a percibir cuanto sucede en nuestro alrededor y dispuestos a aprovechar todas las enseñanzas que nos brinda un mundo en continua evolución.

Dos ejemplos tenemos ahora mismo, ofrecidos por la actualidad más precisa, y que bien merecen que no separemos de ellos la mirada hasta quedar bien penetrados de su honda significación: uno es el ejemplo de Portugal, otro, el de Italia. Mientras aquí un grave error de táctica política ha sumido al país entero en los horrores de la guerra y de la destrucción, allí el respeto a unas normas políticas constantes, justas y humanas ha permitido una evolución digna del mayor interés, porque ha sido planeada de acuerdo con los íntimos deseos de la mayor parte de los que forman la comunidad nacional.

Portugal e Italia son nuestros vecinos de la izquierda y de la derecha; además, nos unen a ellos una misma cultura, una misma religión, unas aspiraciones similares y, en el fondo, intereses que se hermanan en esta hora solemne de la revisión de los valores civilizadores. Nada más normal que nos preocupemos por sus destinos respectivos y que experimentemos ardiente curiosidad por saber lo que el porvenir les reserva. Los acontecimientos que se incuban a estas horas en el mundo han de influir en gran manera sobre el futuro de Europa; y bueno es que sepamos las repercusiones que hasta ahora han tenido, precisamente en aquellos pueblos que, por estar más cercanos a nosotros, pueden ofrecer puntos de analogía propios para asentar nuestros juicios.

Del caos de noticias que se reciben de Italia, no es fácil extraer una impresión clara de los acontecimientos que allí se han sucedido desde hace cerca de un año. Al derrumbarse el sistema fascista de gobierno se instaló una dictadura militar, personificada por el mariscal Badoglio, y que giraba en torno al rey Víctor Manuel, lazo de unión entre todos los italianos, mientras que el resto del país...

los alemanes. La repatriación de Mussolini y la creación de un nuevo régimen fascista-republicano dieron lugar a un cambio de fórmula que no modificaba sensiblemente la situación, porque Italia, en 1943, había demostrado su ardiente anhelo de alcanzar al fin la paz, y no era explicable que en 1944 hubiera trastornado su modo de sentir.



Iría a parar ahora después de la entrada de los aliados en la Ciudad Eterna. Pero no hay que olvidar que este Gobierno es esencialmente una dictadura militar; se apoya sobre el Ejército y la Marina, única circunstancia que le ha permitido sobrevivir, a pesar de los encarnizados ataques que le han sido dirigidos desde el Congreso de los partidos políticos de matiz antifascista, que ha estado reunido, un poco a modo de Convención permanente, en la ciudad de Bari.

Ultimamente, el señor Churchill, en su sonado discurso del 24 de mayo, ha venido a recordar que ha sido acuerdo de los aliados el que el mariscal Badoglio permaneciera al frente del Poder ejecutivo de la nación y de las fuerzas armadas hasta su llegada a Roma, momento en que, según ha afirmado el apremioso británico, atenderá que hacerse una revisión general de la situación.

En previsión de esta circunstancia, el propio rey Víctor Manuel, dándose cuenta de que, pese a sus buenos deseos, no podía considerarse su permanencia en el puesto supremo como beneficiosa para la unión de los italianos, acordó el día en que cayera Roma se retiraría para siempre a la vida privada, transfiriendo sus funciones y su responsabilidad a su primogénito, el príncipe de Piemonte, bajo el título de Lugarteniente del Reino.

Se presenta, pues, la ocasión de que se inicie un nuevo viraje en la vida interior de Italia. La coyuntura no puede ser más interesante, y merece toda nuestra atención: después de la gran sacudida de julio de 1943, no había, ciertamente, momento de tal gravedad para la nación como el presente. La liquidación de un régimen caído nunca ha sido fácil en circunstancias normales y corrientes. ¿Qué decir de semejante operación cuando a las dificultades sin número del enervamiento interior se agregan las inquietudes y los peligros de una guerra llevada por soldados extraños sobre el propio suelo nacional?

Las salpicaduras de la guerra debían llegar también a ese oasis de paz que es el próspero y hermoso Portugal, mantenido con

mano firme en situación de privilegio por un estadista genial. Como por ley inapelable los primeros indicios del malear económico se reflejan en la fisonomía política de un país, los portugueses han optado por adelantarse a la crisis y, como gente precavida, han querido introducir en su vida nacional las reformas que adivinaban como necesarias para ir de acuerdo con la evolución de los tiempos. Hace diez o ocho años, cuando comenzó la Revolución Nacional portuguesa, que era reacción contra un tiempo largo de dejadezas y de lamentables omisiones de autoridad, fue preciso apretar no pocos tornillos en la máquina gubernamental, y para ello se adoptaron medidas excepcionales, que poco a poco han podido ir revirtiéndose, a medida que la progresiva curación de los males nacionales iba siendo más aparente.

Ahora, al examinar, en un sincero y concienzudo estudio retrospectivo, las modificaciones que pueden ser introducidas, sin peligro para la normalidad nacional, en la existencia del país, se ha llegado a la conclusión de que era preciso dejar intactas las normas constitucionales vigentes sobre designación del jefe del Estado, así como facultades del Gobierno y de la Asamblea Nacional, en la que se refleja la actividad total del país. En cambio, se ha visto la urgencia de modificar profundamente la Unión Nacional, que es el partido gubernamental más fuerte de Portugal, el que ha venido apoyando la labor de Salazar en los años de su fatigosa lucha desde el día en que el profesor de Coimbra trazó las líneas primarias de la Revolución Nacional.

La resolución ha sido adoptada por el propio Congreso de la Unión Nacional, que ha proclamado como conclusión fundamental de sus trabajos la necesidad de esta reforma que ha de contribuir a dar todo su valor a la denegada agrupación de valores nacionales que lo constituyen. El Partido tiene que estar completamente desligado de las funciones gubernamentales; su separación del Estado debe ser total, precisamente para que éste tenga su plena independencia, y que el Partido, a su vez, goce del indispensable prestigio para aconsejar la labor de gobierno e influir en ella siempre que sea preciso. Lo que se pide al Estado es que reconozca su existencia y favorezca una mayor libertad de la Prensa, para que, a través de los órganos que siguen las orientaciones del Partido, pueda orientar a la opinión pública con una independencia que hoy no tiene, y que ha de desechar otros cauces en los que la masa de los ciudadanos pueda verter lo que cree sus justos anhelos.

Si es interesante en este orden de ideas la reforma apuntada por el reciente Congreso de la Unión Nacional de Portugal, no lo es menos el vigor con que la agrupación política más densa y vigorosa del país reafirma la conveniencia de afianzar las bases de la política internacional que sigue el Gobierno Salazar. En la línea neta y rotunda de sus afirmaciones nacionales, Portugal camina con pie seguro por la anchura via que ha de llevar a todas las naciones de Europa a una reconstrucción racional de nuestro continente. Esto es lo que sin lugar a dudas era interesante deslazar.

EN EL MAR



—¿Un submarino a la vista?
—¡No! Una bañista...



La invasión

La tan esperada noticia de que se había iniciado por parte de los aliados la invasión de Europa se anunció en nuestro país en las primeras horas de la mañana del martes. Pocas horas más tarde circulaban las palabras de Churchill anunciando que había atravesado el Canal de la Mancha una flota compuesta por cuatro mil barcos y varios millares de embarcaciones, entrando en acción once mil aviones. Según los cálculos ágiles, los alemanes habían concentrado para la defensa de su frente occidental mil novecientos cincuenta aparatos de caza. La desproporción entre estas dos cifras da idea del arrollador empuje que los aliados han querido dar desde el primer momento a su intento. Lo extraño es, a pesar de todo, el innegable efecto de sorpresa logrado por los anglosajones que, hasta el último instante hicieron creer a sus adversarios que habían retrasado el momento decisivo. Horas antes que Eisenhower diera la orden de zarpas, Roosevelt se entretenía en distraer a los informadores de la Casa Blanca con el anuncio de que el verano estaba próximo, y que el verano era la mejor época para los desembarcos. Sólo que el verano no empieza más que el 22 de junio y el desembarco se ha producido en la madrugada del 6.

Revela ocioso insistir una vez más acerca del formidable avance que

pueda tener la operación que ahora ha quedado iniciada, si es coronada por el éxito. También se ha dicho todo que había que decir acerca de las posibles consecuencias de un fracaso que evidenciara la inferioridad del elemento anglosajón comparado con el ruso. Queda, por tanto, sólo un recurso, el más adecuado a las presentes circunstancias, esperar el desarrollo de los acontecimientos con el oído puesto en la escucha del aparato de «radio» y el ojo atento para descubrir entre las líneas uniformes de los despachos telegáficos lo que es dictado por la realidad y lo que es inspirado por el afán propagandístico.

La invasión se ha producido; este es el hecho culminante de la semana, y probablemente de toda la guerra. No tardaremos mucho... ver si nos hemos equivocado.

La caída de Roma:

Habiendo ocurrido casi simultáneamente con el hecho cumbre de la invasión, la caída de Roma no ha gozado de los estupendos titulares que han sido reservados a la operación llevada a cabo bajo el mando supremo del general Dwight Eisenhower.

Sin embargo, hay que considerar que en la guerra, más política que puramente militar, que llevan los aliados en Italia, la circunstancia de ser dueños de Roma ha de facilitar singularmente la labor restauradora que han confiado al mariscal In-

doglio después del hundimiento de la resistencia italiana en julio del año pasado.

El universo católico, que tanto y tan fundados temores abriga en los meses últimos sobre la suerte de la capital del mundo cristiano, ha vibrado de entusiasmo al ver que Roma escapaba providencialmente a la destrucción de que era amenazada por este inaudito perfeccionamiento de los instrumentos de muerte que hablaba S. S. Pío XII en la última de sus alocuciones, la que precedió la salvadora jornada del 4 de junio, que ha apartado definitivamente de los campos romanos los terrores de luchas bélicas.

Esa suerte providencial de Roma se consideraba como un feliz augurio en el difícil camino de la...

LA INVASION

LOS ALIADOS, AL ASALTO DE EUROPA... LOS ALEMANES, A LA DEFENSA

Este es el título del número 4 de Hombres y hechos de la guerra. CONTIENE LAS BIOGRAFIAS Y FOTOGRAFIAS DE LOS HOMBREROS QUE MANDAN LAS FUERZAS EN AMBOS BANDOS EN LA GRAN BATALLA DE TODOS LOS TIEMPOS. (PRECIO DE ESTE NUMERO EXTRAORDINARIO: 4 PSETAS.)

También está a la venta el número 1 titulado: HITLER Y LA GUERRA. REVELACIONES SOBRE LA FORMACION DEL EJERCITO ALEMAN.

PRECIO DEL EJEMPLAR: 2,50 Ptas. (En la condiciones de suscripción: EDITORIAL PAGE, Española, 1, APARTADO 120. MADRID)

COÑAC PEMARTIN JEREZ

Reportajes de DOMINGO

EL LIBRO MAS CARO DEL MUNDO

Por JULIAN DE SOTO

¿FUE GUTENBERG EL INVENTOR DE LA IMPRENTA?

NADA más de actualidad en estos días es que la Feria Nacional del Libro invita a donar las colecciones de la letra de molde, que evocar la figura de Juan Gutenberg, el famoso inventor alemán que pasa comúnmente por ser el padre del arte de imprimir.

En realidad, los datos que ahora se poseen han permitido comprobar que la imprenta era conocida en el mundo mucho antes de que viniera Gutenberg a popularizar su empleo. Sin embargo, a la civilización china, infinitamente más adelantada que la de los pueblos occidentales en la Edad Media, pues se conocía la imprenta en Extremo Oriente desde el siglo X, báncenos recordar que Pánglio Basilió fue el primero en emplear tipos de impresión de Mursano encastrados en el interior de la imprenta. En la Edad Media, pues, se conocía la imprenta en Extremo Oriente desde el siglo X, báncenos recordar que Pánglio Basilió fue el primero en emplear tipos de impresión de Mursano encastrados en el interior de la imprenta. En la Edad Media, pues, se conocía la imprenta en Extremo Oriente desde el siglo X, báncenos recordar que Pánglio Basilió fue el primero en emplear tipos de impresión de Mursano encastrados en el interior de la imprenta.

La que ha ocurrido en realidad es que Juan Gutenberg dio vida a un invento que ya existía, pero del que se hacía escasa utilidad para la cultura general, por la forma primitiva en que venía explotándose. Su gran mérito fue descubrir que, con el perfeccionamiento de las prensas, había manera de conseguir muchísimo más de lo que hasta entonces se había sacado de un descubrimiento de limitadísima alcance hasta su época. Y el hallazgo auténtico de su vida fue la creación de la tipografía moderna: es decir, el empleo de las letras móviles, cuya vulgarización ha permitido que el arte de imprimir adquiriera considerable desarrollo, ya en su propio tiempo. Hasta entonces, los caracteres que conocían el uso de las tablas de imprimir, que por regla general eran monjes educados, utilizaban los tipos fijos de madera grabados sobre una plancha para sacar las copias necesarias.

Gutenberg sustituyó esos tipos fijos por letras de metal, que iba fundiendo a medida de sus necesidades en un molde o matriz. Ordeño a esas matrices, en las que fundía todos los tipos y todas las letras que necesitaba para la impresión de sus libros, componía las planchas que se colocaban dentro de las prensas.

LA BIBLIA DE GUTENBERG

El primer libro que confeccionó el genial inventor, no se sabe si en la ciudad episcopal de Estrasburgo, donde realizó sus primeros ensayos, o bien en su villa natal de Maguncia, a la que regresó después de varias años de ausencia, fue, a todo el mundo le viene a la cabeza, la Biblia Latina, que así debía venir a ser el libro impreso más antiguo que se conocía en el mundo.

Las llamadas Biblias de los Pobres, que eran, aparte de las costosas manuscritas, los únicos ejemplares de los Libros Sagrados que circulaban en aquella época, eran unas reproducciones llenas de imperfecciones, muy in-



La Novia y el Abuelo
VINOS DE JEREZ
MARQUEZ DE MIERA
JEREZ DE LA FRONTERA

PISSUBIMAD
Luz para señoras y caballeros. Famosa en el mundo. Impresión en color. Ptas. 100.

completas y primitivas, que en realidad no tenían gran valor. Lo que hizo Gutenberg fue sacar de sus prensas unos libros perfectos, que podían compararse con el más primoroso de los manuscritos y que tuvieron el don de colmar de admiración a sus contemporáneos.

Estas Biblias de Gutenberg constituyen hoy el monumento más apreciado de la historia de la imprenta. Sin duda porque todo lo que atañe al ilustre inventor magnífico conmueve profundamente a nuestra humanidad, agradecida por el favor insignificante que le prestara, hace cinco siglos, la fértil imaginación de un hijo del Rhin. Tampoco es ajena a esta veneración que nos inspira la Biblia de Gutenberg el conocimiento que tenemos de que la famosísima Biblia Latina, llamada de las 42 líneas, salió auténticamente de las prensas de Gutenberg, mientras que nada sabemos de los demás libros editados por el fundador del arte de imprimir.

Gutenberg era de familia noble, y hasta fue gentilhomme durante los años de su existencia del Elector Palatino, Adolfo de Nassau. Quizá se deba a esta circunstancia el que Gutenberg a su muerte mostrara repugnancia a entregar su firma al pie de los libros que salían de las prensas mon-

das por él en Estrasburgo o en Maguncia. El hecho es que ninguno de los libros impresos bajo su dirección lleva su ple de imprenta, lo cual dificulta no poco la labor de los polígrafos investigadores, que se esfuerzan por hacer un completo catálogo de las obras editadas por él.

Una serie de circunstancias coincidentes ha permitido establecer que la Biblia de las 42 líneas pertenece a Gutenberg; así lo dicen escritores contemporáneos del inventor y lo confirman los trabajos de los eruditos de épocas más recientes. Pero de allí no se pasa. Lo cual contribuye a dar un valor extraordinario a los rarísimos ejemplares que aún se conservan en nuestro tiempo de aquella primitiva edición de la Biblia.

EL LIBRO MAS CARO DEL MUNDO

Hasta hace poco, ya muy entrado el siglo XX, los ejemplares de la Biblia Latina se conservaban todos en Europa, celosamente guardados en los cofres de las Bibliotecas Nacionales o

en alguna librería conventual donde estaban al margen de las contingencias del mundo exterior.

Fuó preciso la gran tormenta de la pasada guerra mundial para que uno de los contingentes inenarrables de los que quedan compostos por Gutenberg atravesara las mareas, arrebatado a fuerza de millones a su tranquilo retiro de la Europa central, para quedar definitivamente instalado en la orilla fronteriza del Atlántico.

Vamos a contar brevemente a nuestros lectores cómo se produjo aquel acontecimiento, que bien merece la pena ser evocado.

Quando estalló la guerra de 1914, los monjes benedictinos del Monasterio de San Pablo, en las montañas de Austria, eran poseedores de un hermosísimo ejemplar impreso en tres volúmenes de la Biblia de Gutenberg. El libro había sido anteriormente propiedad, desde el siglo XV hasta el siglo XVIII, de otra comunidad religiosa establecida en la Baja Silesia, bajo la advocación de San Blas. Concluida era la fortuna de que gozaran los Monasterios austriacos hasta la caída del Imperio: los monjes de San Pablo tuvieron un día ocasión de adquirir el venerable incunábulo, y lo hicieron sin vacilación, seguros de que aumentaban así considerablemente el valor de su riquísimo biblioteca.

La última guerra causó inauditos estragos en el interior de Austria: los benedictinos de San Pablo, o San Pautus, estuvieron a punto de morir de inanición; privados de sus tierras por las leyes revolucionarias, agotados por las privaciones, resolvieron, al fin, despojarse de las piezas más importantes de su biblioteca. Se dirigieron a un rico coleccionador y erudito, el doctor Otto Volheim, al que ofrecieron la Biblia de Gutenberg; accedió el señor Volheim, dando un millón de cheques—alrededor de un millón de pesetas de entonces—por los tres tomos de la Biblia.

Pero aconteció que, por circunstancias muy distintas, aquel famoso biblotio se encontró en mala situación financiera y no tuvo más remedio que poner en venta su admirable biblioteca.

No faltaron los compradores, pero los precios fijados por los peritos y por el propio doctor Volheim eran elevadísimos. El doctor de Gutenberg había sido tasado, por el solo, en un millón de dólares. Difícil era, en estas con-



diciones, que pudiera adquirirla un particular, por grandes que fuesen los deseos que inspirara aquel libro único. La Biblia de Gutenberg era, sin duda, el libro más caro del mundo, por lo menos el que había alcanzado más alta cotización.

Volheim tenía confiada su Biblia a los monjes que habían sido sus anteriores poseedores. Allí estuvo bastante tiempo, hasta que fué a verla un buen día un emisario del Gobierno de Washington.

Dia señalado, porque de no haber sido un enviado norteamericano es probable que aquella reliquia no hubiese salido nunca de los muros conventuales donde se alojaba el señor Putnam—que así se llamaba el yanqui—vasta en línea recta del edificio del Congreso de Washington, del que era bibliotecario, para contemplar las raras bibliográficas puestas a la venta por el doctor Volheim.

Se entusiasma el americano y ofreció un millón de dólares por un lote de libros rarísimos, entre ellos, naturalmente, los tres tomos de la Biblia de Gutenberg.

COMO SE LLEVO A CABO LA COMPRA

El doctor Volheim quería un millón por la Biblia solamente, y otro millón de dólares por el resto de su biblioteca. Al recibir la oferta del señor Putnam su primera reacción fué negarse rotundamente; la propuesta abaraba los mejores libros de su colección, y al llevarse así las piezas más

apreciadas, el bibliotecario del Congreso de Washington quedaba mucho mejor a lo que se quedaba en venta. Pero el señor Putnam también se mostró irreducible después de conferenciar con su Gobierno volvió con la respuesta de que éste no tenía la intención de dar un solo dólar más de lo ofrecido, y al fin el doctor Volheim hubo de inclinarse. El acuerdo, para él, en resumidas cuentas, no había sido malo, pues había a recibir cuatro veces más de lo que había dado por el libro más caro del mundo.

Inmediatamente después de la adquisición de aquel tesoro bibliográfico, el representante de Washington mandó llevar los libros a la Legación de los Estados Unidos en Viena, donde se confeccionó para ellos un cajón de madera labrada; en él se encerraron, cuidadosamente empacados, los tres tomos de la Biblia de Gutenberg, que, acompañados por un enviado especial del Cuerpo de Archivos y Bibliotecas y por un agente de Policía, tomó el camino de Nueva York, vía París-El Havre.

ETAPA FINAL

Unas semanas más tarde, en Washington, los curiosos transeúntes pudieron contemplar a dos altos empleados de la Biblioteca del Congreso que se aprestaban de un automóvil custodiado por dos guardias armados que tenían todas las trazas de estar realizando una misión delicada y de confianza. Con extrañas precauciones retiraron del interior del coche una pequeña caja de madera labrada finalmente, que llevaron a guisa dentro del edificio donde se hacen las leyes americanas.

No supo el gran público, hasta dos días después que los Estados Unidos acababan de entrar en posesión de la preciadísima Biblia de Gutenberg, editada hace más de cuatro siglos, más de un hecho de siglo antes de que Cristóbal Colón descubriera América.

Fuó celebrado el hecho, según convenia, con diluvios de artículos en los periódicos y manifestaciones de entusiasmo por la verdadera hazaña que las autoridades del Congreso, con el consentimiento del Gobierno de la nación, habían llevado tan felizmente a cabo; y el señor Putnam, arrancado por unas semanas al aislamiento de su labor de bibliotecario, se convirtió en la figura de actualidad, y ya se sabe lo que esto significa en la historia. La historia no dice si la embriaguez de la gloria llegó a afuscar los sentidos, pero lo cierto es que después de aquel señalado hecho todo parece indicar que volvió a la seguridad, amiga del saber y protectora de los ennoblecidos—que muchos puntos de semejanza tienen entre sí los coleccionadores y los enamorados—, pues el nombre del señor Putnam no ha vuelto a sonar en ninguna empresa de parecidos vuelos.

Lo que sí se cita con frecuencia y con orgullo es la presencia en el mismo momento del Nuevo Mundo de uno de los libros más viejos y venerados producidos por el Viejo Continente, al que aquí debe su civilización y su riqueza. La Biblia de Gutenberg, que contó varias veces la ruina al padre de la imprenta, así como para recordar a los orgullosos editores de América que, a pesar del prole fabuloso que por ella ha dado el Gobierno de los Estados Unidos, los libros no enriquecen siempre a los que los hacen.

EXPLICACION DE UN DECIR PROVERBIAL

NOCHE TOLEDANA

Por FEDERICO LEAL

El frase que vale tanto como noche de tragedia. Más de mil años han transcurrido desde que ocurrió el hecho que le dió origen, y aún no ha caído en desuso. El todo, en la «noche toledana», avocan la representación de las angustias y agobios de una de esas luctuosas jornadas que a nadie quería acordarse, pocos son, sin embargo, los que conocen bien la sangrienta hazaña, la horrible tragedia que ha perpetrado este decir proverbial.

Para contar tal hecho, que Toledo recuerda con espanto, hay que referirse a los tiempos de la dominación árabe que siguieron inmediatamente al reinado del primer omeya español, el emir Abderrahmán I—en las diferentes maneras de escribir este nombre, sigamos al sabio historiador don Eduardo Saavedra—. Aquel joven, rubio, alto, de blanca tez y fuerte, según lo descubren los historiadores árabes, que era a la vez un político profundo, tenaz y perseverante, llegó a reinar treinta y tres años, trabajando incansablemente por la gloria y prestigio de su casa.

Las contiendas civiles en la España árabe se intensifican con fuerza avasalladora en tiempos del emir que tuvo que sujetar a Toledo; y, tras de cercar, con un ejército formidable, la ciudad cesó en la rebeldía en el año 760, que entró en la obediencia del califa.

El gran miramolin murió de muerte natural el 22 de la luna de Rabie, segunda del año 171 de la hégira, o sea el 30 de septiembre del 788, dejando su Imperio, aparentemente tranquilo, repartido en seis provincias: Toledo, Mérida, Zaragoza, Valencia, Granada y Murcia. Sucedióle su hijo Hixem, que era el menor de los hermanos y, a la sazón, gobernador de Mérida. Apenas cumplió el año de su proclamación, tuvo que luchar al nuevo califa contra sus hermanos Soleiman y Abadía, que, reunidos en Toledo, se negaron a reconocer al emir. Como

el valí toledano les hiciera resistencia, lo metieron en una mazmorra cargada de cadenas. El soberano les envió un emisario para pedirles satisfacción por su desobediencia, y ellos, después de emplear en presencia del emisario el regío al desdichado gobernador, contestaron: «Vuelve a explicar a tu señor lo que vale su Imperio, y dile, de nuestra parte, que queremos ser independientes en nuestros pequeños territorios, en compensación de lo que él nos ha robado». Soleiman salió de Toledo detrás del emisario.

Según Abenabarrá de Marruecos, dos meses sostuvo el emir el cerco de Toledo. Canasos y muy apurados los toledanos del sitio, que les impedía recibir víveres y todo otro auxilio, Abadía resolvió salir al campo de los sitiadores para hablar con su hermano. Este tuvo entonces un rasgo generoso: en cuanto le vio corrió a él con los brazos abiertos, y como dignos hijos del gran Abderrahmán, se perdonaron mutuamente y acordaron la rendición de la ciudad. Ofreció el emir olvidar todo el pasado. No duró mucho la paz, y continuó la lucha de las luchas en Toledo.

Murió el emir en 790, le sucede su hijo Alhaken. Otra vez Soleiman y Abadía se concertaron contra el nuevo soberano, reuniéndose los hermanos en Toledo, que les entregó al valí de Obayd-ben-Hamid el Amra, en 791. Nuevo sitio de la antigua Corte alagada, sosteniéndolo el propio Alhaken en persona por poco tiempo, pues hu-

bo de abandonarlo a causa de los progresos que en la España oriental hacía el rey de Aquitania. Dejó encomendado el sitio de Toledo a Amr-ben-Yusuf, conocido en las crónicas españolas con el nombre de Amro, un renegado que había sido alcaide de Talavera, y el único que en toda la región toledana guardaba fidelidad al emir. Este siniestro Amr es el autor del crimen horrendo que reconoce por origen «la noche toledana».

Después de la muerte de Amro, el propio Alhaken vuelve a Toledo, y por su movimiento de deserción, logra entrar en la ciudad casi por sorpresa, en marcha rapidísima, en que los toledanos no tuvieron ni lugar ni tiempo de enterarse.

Bonificada la ciudad, quedó como valí Yusuf, hijo de Amr. El joven gobernador trató a los toledanos con la violencia y crueldades, que el pueblo se levantó contra él, y con gran dificultad logró escapar a una de caballo.

Volvió el padre al mando de la población y con él volvió la venganza. Ego no a los toledanos con balazos y mentidas mercedes, y poco después llevaba a cabo sus desiguales sangrientos.

La tragedia tuvo lugar en el palacio de las viejas toledanas. Se alzó el alio, en la parte sur de Toledo, donde el emir había estado apretadamente a la ciudad y las aguas rugen entre las rocas que le estrechan el cauce. No lejos de las casas de Samuel Levi se abre, en lo alto, el paso de San Cristóbal, plataforma luminosa con vistas a los rientes y frondosos cigarales. Estos alcaides de la colina de Montiel han sido por siglos enteros considerados como malditos para los toledanos, a tal punto que en cualquier estipulación en que se tratase de dar casa o vivienda se hacía constar que nunca habría de caer por semejantes andurriales. Historiadores de Toledo, como Martín Gamero, creen que estos mal afamados lugares, que tenían la vecindad de moriscos y judíos, y además la de las casas del marqués de Villena, que gozaba la fama de embrujamientos y hecimerías, por tales razones, y aunque no recordaran la maldad de Amr, habían de estar considerados como poco recomendables.

Servió de pretexto a los planes del furor Amr la llegada a Toledo de un ejército de cerca de cinco mil caballos que Alhaken enviaba a la España oriental bajo el mando de su hijo, el joven Abderrahmán. En tal coyuntura dispuso el renegado un gran banquete para obsequiar al joven general, y al gran ágape invitó a todos los nobles de Toledo, que acudieron sin percatarse del lazo que se les tendía. Conforme fueron llegando se les llevaba a una explanada cercana al foso, y uno a uno fueron decapitados.

A cuatrocientas víctimas de la felonía sangrienta del valí dieron los historiadores que ascendió la rianza. Las cabezas de los degollados fueron expuestas al pueblo para electrocutar. Tal hecho se conoce en la historia por «la jornada del foso» o «una noche toledana». Abenabarrá dice en sus «Historias del Andalús» al narrar el hecho que los decapitados fueron 700.

Los autores árabes de que se sirvió Condé para su conocida y discutida historia afirman que tuvo lugar el pantoso drama del foso y renegado Amr el «do 300 de la hégira, 895 de Jesucristo», y añaden que el valí y su hijo sobrevivieron poco tiempo a su bárbara venganza.

¿SUFRE USTED DE LA ORINA

JUGO DE PLANTAS BOSTON... indica preferentemente para embalsar los catarragos agudos y crónicos de la vejiga, uretritis, mal de piedra, orinas turbias, inflamaciones agudas, uretritis y hematurias, hematurias agudas o crónicas, gonorrea, litiasis, inflamación de la próstata, retención de la orina y necesidad frecuente anormal de orinar, dolor de riñones, bajo vientre, etcétera. El alivio es inmediato. Venta en todas las farmacias de España. Consulte a su médico. (D. G. S. número 2.864.)

EN NINGUN CASO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

PIRELLA GÖTTSCHE LOWE

ANASTASIO CAMBERO

ANASTASIO CAMBERO

Márcoles - Canterla
NICASIO PEREZ, S. A.
CALLE LUGO DEL VALLE
(Fina Valtierra)
Teléfono 3557 y 3558 - MADRID

EL AGUILA REAL

DELMIRA AGUSTINI

Por Ana María de Foronda

Montevideo... Uruguay...
Cuando la proa del barco surca en la noche las aguas del río de la Plata, el puerto de Montevideo se extiende a los ojos del viajero como un inmenso y maravilloso collar de brillantes y surgen avanzando el barco al collar de brillantes inmensos sea va cerrando como en un magnífico abrazo de bienvenida.

Montevideo... Uruguay...
Paracerá lento y seguramente será hasta curul, pero estas dos palabras llenan en mi alma una resonancia de misterio y aromas de primavera, algo así como la resonancia lejana y vaga de mar que nos dan las caracolas marinas cuando nos las ponemos al oído.

Montevideo, Uruguay... Toda mi adolescencia —y fué la adolescencia más bella— encerrada en estos dos nombres. Poetas, poetas, poetas, rodeando y amando mis años juveniles como un regalo de los dioses. Muchas cosas buenas me dió el Uruguay. A mí y a los míos. Y lo primero que nos dió fué la paz.

En sus calles, amplias como plazas, y en sus plazas, exuberantes de verdor y frescura, y en su Prado, jardín de ensueño, donde fui tan feliz, y en sus playas, anchas, inmensas, de arena fina y dorada, y adonde llegan los barcos a jugar con la espuma de las olas... en todas partes está la poesía, no del cansancio y el asonante, sino la «checha» por los poetas, sino la poesía grande, inefable e imponderable de Dios.

País de poetas por excelencia, yo llegué a creer que allí todos lo eran. A mí casa, que era la de todos, verdadera representación de España, como el espíritu de su dueño, grande, bello y generoso, acogían los conagrados y los no conagrados, y no se exageraba al decir que se vivía en poesía.

No sé, pues, extraño que yo a los doce años hubiera leído a Delmira Agustini, gustando ya el raro encanto del ritmo de sus versos.

Con mi padre —hoy de oro para todos los poetas— fui a la casa que fué de Delmira, la de sus padres, y penetré en su alcoba, que conservaba como un santuario.

El adolescente que yo era, con la ironía ya clavada en el alma, se sonrió suavemente ante aquel espectáculo

bastante «demodé», un mucho rocoso y en total de mal gusto; grandes muñecas de sonrosadas mejillas sobre abultados y complicados almohadones forma de croquetas; leños, cintas y moños por todas partes; jarrones, horladas, polveras y un blanco lecho juvenil, casi infantil, que llegó a emocionarme, porque allí, sobre aquella almohada, descansó su cabeza rubia y maravillosa la mujer de talento más viril, la poetisa de estro más fuerte y fino, el Aguilá real de los poetas.

Allá, allá, allá, como la alia vela de un orgulloso velero. Allá, fuerte y consciente de su poder, como el Aguilá, la poeta de Delmira Agustini se remonta, se eleva hasta desaparecer en la más alta y escarpada cumbre, temerosa, y con cuánta razón, de que los hombres no comprendan el significado verdad de sus palabras, la esencia pura de sus conceptos, y confundan, ya que apoyan sus plantas fuertemente en la tierra, el barro del llanto con la más inolvidable nieve de las cimas.

Yo tengo la orgullosa pretensión de comprender a Delmira. Y hace tantos años que creo comprenderla, que nunca la he sentido inmoral, ni erótica, ni siquiera pasional. Delmira, según yo, es todo espíritu, y de ahí su tragedia, la de sus versos y la de su vida.

Se enamoraba de lo bello, de lo puro, de lo fuerte, porque la fuerza le era en sí belleza e impulso. Y le pedía a la vida, algo más de lo que la vida nos suele dar. No tuvo, es verdad, la pequeña filosofía casera y conveniente que nos hacemos nosotros, las mujercitas que nos conformamos, que nos acomodamos con un bullo metido a la fuerza en una muleta estrecha. Delmira rompió la piel de la muleta, y al romperla se encontró con la muerte más trágica y más bella que se podría: asesinada por su marido, en una casa que no era la suya, ni la de él; en una casa que pudimos llamar, para valer un poco su nombre, casa de todos, y suicidándose su marido a sus pies, como una suprema ofrenda del hombre que no supo comprenderla en toda su grandeza jamás, pero que vislumbró su alma y su talento y se resignó a vivir sin ella.

Después de ver su casa y de hablar



con sus padres comprendí, o así comprendí mejor, a Delmira Agustini.

No fué nunca al colegio; su madre, mujer de gran cultura, le sirvió de maestra, y a los cinco años Delmira leía y escribía correctamente. Dos profesores tuvo solamente: de piano y de francés. Y a los diez años escribió sus primeros versos. No tuvo amigas en su infancia, porque era callada y melancólica, y a los juegos con otras niñas de su edad prefería la amistad de su madre, la comprensión de su madre, que la entendía y la sentaba en sus sueños poéticos.

Alberto Zúñiga Felde, en las páginas que dedica a Delmira en su «Proceso intelectual del Uruguay», dice: «El carácter de su poesía, por una parte; su propio temperamento, por otra.

PIERA DE AMOR

Piera de amor, yo sé que bamba de coronas.

De palomas, de buites, de corcos, de leones.

No hay manjar que más dulce, no hay más grato sabor.

¡Había ya atragado mis garras y mi instinto,

cuando agredida en la casi ultraterra de un plinto,

me deslumbró una estatua de antiguo emperador.

Y está de entusiasmado por el tono de piedra

ascendí mi dedo como fulminante hiedra.

Había el pecho, nutrido en nieve al parecer;

y clamó al imposible corazón. La escultura

su gloria custodiaba serena y pura,

con la frente en Miraflores y la planta en Ayer.

Perenne mi deseo, en el tronco de piedra

ha quedado prendido como sangrienta hiedra;

y desde entonces muero soñando un oración

de estatua, pres como par, garra y bala;

no sé si carne ni mirra; una paja de estrella

sin aleteo, sin calor y sin palpitación...

¡Con la escuela de una sobrehumana pasión!

«También al lector tiembla a veces —ante la hondura de su pensamiento, ante la deslumbrante fuga de sus imágenes— del horror de esa cima sin fondo, en cuya arista la poesía camina, con la extraña seguridad de los sonámbulos, al borde de las altas cornisas». He citado de nuevo a Zum Felde, no sólo porque es el más alto crítico intelectual del Uruguay, sino porque es también el que más ha profundizado en Delmira Agustini.

Empiezo la poesía la frase justa y el ritmo la acompaña como a pensar suave, porque ella huye de lo estrecho, de las márgenes, de lo artificial.

«Fuerza la noche en veta de tragedia solista como una enorme vinda pegada a mi cristal».

Y es un acorde musical su verso.

«Esta noche hace insoportable hay noches negras, negras, que llevan en la frente una rosa de sol... En estas noches negras y elates no se duerme».

Y se ve cómo juega con la frase, y la ondes sobre su cabeza, como las dantzarinas griegas con sus garras plateadas.

POR CAMPOS DE ENSUEÑO

Pasó humeante el tropel de los potros salvajes. Feroces los hocicos, hirsutos los palcos, las crinas extendidas, bravas, tal borbonas, pasaron como pasan los fieros aguilones.

Y luego fueron déjales de «cámbrios planes», trayendo de sus cumbres magníficas visiones; con el sereno vuelo de las inspiraciones augustas, con soberbias de élitiplos líneas, cruzaron hacia Oriente la límpida del cielo; tras ellas como cándida borla que alaza el vuelo, una paloma blanca como la nieve asoma. Yo olvidé el arte agreste y brito que me quise, pensando que en los cielos solapas de la idea a veces es muy bella, muy bella una paloma.

la devoción, henchida de activa curiosidad, por la naturaleza, la historia, la arquitectura, los tipos y costumbres de la provincia. Así ahora encontramos el más rico tesoro gráfico de un valor documental insuperable y único de lo que es y representa una de las más bellas y nuevas conocidas comarcas españolas.

Los partidos de Alénz, Brihuega, Cifuentes, Cogolludo, Guadalajara, Mollina, Pastrana, Sacedón y Sigüenza desplazan ante nuestros ojos en un relato plano de emoción, de verdad y de encanto sugerido,

Como todo poeta, Delmira tenía la obsesión de partir, de escapar de sí misma, de huir del ambiente que su amada y se enarcar en torno suyo.

LA BARCA MILAGROSA

Preparárame una barca con un gran remanente... La llamarán «La Bomba» unos, otros «La Estrella». No ha de estar al capricho de una mano o de un viento: yo la quiero consistente, fidedigna y bella.

La moveré al gran ritmo de un corazón, sangriento de vida sobrehumana; he de sentirla en ella fuerte como en los brazos de Dios. ¡En todo viento, en todo mar templémosla su proa de centella!

La cargaré de toda mi vida y, sin rumbo, irá como la zeta corola de un velumbro por sobre el horizonte líquido de la mar...

Barco, alma hermana, ¡báscala qué tierras nunca vistas, de hondos revelaciones, de cosas imprevisibles, de cosas... Yo ya muero de vivir y soñar...

Delmira fué una mujer muy bella, de una hermosa cabeza, cabello rubio leonado y ojos de color verde, color de mar. No muy alta, de busto algo opulento, y de manos finas, blancas, más bien nacaradas y tersas. Pero lo más interesante en ella eran sus ojos.

ojos grandes, maravillosos, de honda mirar y mirar misterioso, que revelaban a la mujer de excepción, a la poetisa que logró expresar en sus versos lo que sentía, pero que no logró de la vida lo que de ella esperaba...

LO INEFABLE

Yo muero extrañamente... No me mata la vida, no me mata la muerte, no me mata el Amor; muero de un pensamiento mudo como una herida...

¡Yo he sentido nunca el extraño dolor de un pensamiento inusado que se arrastra en la vida, devorando alma y carne, y no alcanza a dar flor!

¡Nunca llevaste dentro una estrella dormida que se abrasara entera y no daba un fulgor!

¡Cumbre de los Mastillos!... ¡Llévate eternamente, desgarradora y árida, la trágica alimiente olavada en las entrañas como un diente feroz!

¡Pero arráncala un día en una flor que abiera milagros, inabismal!... ¡Ah, más grande no fuera tener entre las manos la cabeza de Dios!

¡Y que nunca, ningún otro hombre que su marido tuvo trato carnal con ella. Todo su erotismo fué sano; por eso fué poeta».

¡Pobre Delmira, soñando con un amor sobrenatural, de superhombre, de estatua de emperador, de algo maravilloso, íntimo, inabismal, y viendo sus sueños —lo que viene a probar que los sueños deben ser siempre íntimos— enlodados por el vulgo al salir a la luz en letras de imprenta!

Fuó asesinada por su marido cuando estaba en trámites su divorcio. En julio de 1914 los periódicos del Uruguay se hincharon con la trágica noticia, y los comentarios perversos, incidentes y malévulos se hincaron en el pobre cuerpo sin vida de Delmira, y las bellas frases de sus poemas se volvieron contra ella como dardos envenenados.

Pero Delmira, como en el último verso de su «Noche de Reyes», «divagando, sonámbula, marchaba hacia EL».

NOCHE DE REYES

«Tenda en las pupilas un bello río de plata, un río dulce y «llamaba Cristo».

«¡Ah, sí!», el mago agreda la frente soberana.

«¡Mi copa es del Oriente, «sagrado sea vino.

Allá, en Belsham, un día legendario y divino, yo vi nacer al niño de espaldas sobrehumana».

«La Misericordia me amó... ¡porellos celeste, con el sello de un trágico destino!

El conde siempre a la Misericordia, al niño, al cordero de nieve, a la cruz del Mañana».

«Era mi Dios!... ¡Ah, Cristo, mi piedad os reclama!

¡Mi labio aun está dulce de la oración que os llama! Peregrinando cultos, mi rubio, infante Dios, no atragó de mí la los armados primitivos.

¡Ah! Por todos los templos, por todos los caminos divagando sonámbula, yo marchaba hacia Vos».

ESCOLIOS DE ARTE

Por SILVIO LAGO

ARTISTAS CANARIOS. (Museo de Arte Moderno.)

Bastaría esta retención fulgurante de Néstor para que la Exposición de Artistas de la Gran Canaria alcanzase épico mérito y atravesara cuantos terrores.

Néstor, en efecto, conserva toda la arrogancia noble de un gran pintor, del gran sinfonista del Atlántico, que sus ocho lienzos del «Poema del Mar» proclaman, su tiempo no amortiguó ni bruja inteligente de su obra, sino más bien le sirvió a la manera seguidas de la legítima profecía. Está ahí íntegro, actual y entero, con el valor convincente que trae hace más de treinta años al arte español.

Pero, además, en torno de Néstor ha agrupado la Comisión organizadora, de esta Exposición, por tantas concepciones interesantes, artistas de la Gran Canaria dignos de aliento y examen.

Tales los pintores Masías y Mateo, apasionado y vibrante de color, bodegones, paisajista, y marinista muy luminoso; Gómez Bosch, de finos acordes en grises y que en los retratos de su madre y de su esposa obtiene una noble elegancia y una profunda verdad

humana; Juan Carlo, el malogrado, que nos trae las figuras de Galdós y de Tomás Morales como una fantasmal evocación de dos genios; Carlos Morán, juvenil, de una precocidad sabiduría, una riqueza cromática bien disciplinada; Arciniegas, Del Pilar, Monzón...

Los escultores Manuel Ramos, que ha traído un conjunto fuerte y expresivo de su personalidad, donde sobresalen «Mendiga», «Primavera», «Cabeza de mujer canaria» y la figura «Capricho», fuerte y graciosamente modelada con sueltos conceptos plásticos. José Armas, de gran amplitud conceptual y fustural en su grupo «Santa Ana y la Virgen». Abraham Cárdenas, discípulo del malogrado Julio Vioent, y que de su maestro aprendió nobleza y armonía serenas...

En la sala de dibujos se exhiben, entre otros originales, acuarelas muy notables de Manrique Cabrera y apuntes de Carlos Monzón.

RELATO GRAFICO DE UNA PROVINCIA. (Circulo de Bellas Artes.)

Qué plenaria narración gráfica de lo que es la provincia de Guadalajara significan las sesenta fotografías reunidas y clasificadas por partidos judiciales que presenta su Diputación Provincial y comenta el cronista oficial y erudito historiador de arte Francisco Layna Serrano!

Estas fotografías, salvo un pequeño número de las realizadas por Layna Serrano y utilizadas para ilustraciones de sus libros, constituyen la colección que durante más de treinta años fué formando don Tomás Carrillo, alcaide meritorio y apasionado de su tierra natal.

Si no falta en ellas la nota de arte, no fué el arte artístico lo que movió al señor Carrillo en su propósito, sino



ERUPCIONES de los NIÑOS
Tratamiento con Depurativo infantil y Pasta potora **CABALLERO**
DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS
LABORATORIO J. CABALLERO ROIG-ROCAFORT-155 BARCELONA
COMUNTE A SU MEDICO Con Solicitud 4676

EN CUALQUIER FARMACIA DE ESPAÑA ENCONTRARA
"Laxibero"
normalizador de las funciones intestinales, de composición exclusivamente vegetal y de acción siempre constante e inofensiva.
"Laxibero"
está compuesto de gomas del grupo estático, modificadas por procedimiento original, y de extracto de frangula. Recorre el tracto anastomático sin modificación, y al llegar al intestino, en virtud de su hidrofilia, que le permite absorber más de cincuenta veces su peso de agua, hidrata las heces fecales, las ablanda, suaviza, esponja y hace que... no voluemen, lo que motiva los movimientos peristálticos, impidiendo... para que sean expulsadas fisiológicamente, en vez de una masa dura y seca. Como la acción de «LAXIBERO» es de índole física, con su uso no se es temer jamás al habilitamiento. Y de aquí es que los señores médicos —sin que necesiten de la debe medicarse— consideren a
"Laxibero"
como un fármaco de buenos resultados contra el estreñimiento y sus consecuencias: jaquecas, congestiones, pruritos de ano, hemorroides, obstrucción, dermatitis, etc. etc.
BOTE GRANDE... Ptas. 10.30 timbre incluido
BOTE PEQUEÑO... Ptas. 6.30 timbre incluido
Laboratorio J. CABALLERO-TOLOSA (ESPAÑA)
(C. S. núm. 3.500.)
VIAJERO, Agencia de Publicidades-BOGOMA.

la enfermedad de la
PROSTATA y urinaria
Frecuentes deseos de orinar, micciones dolorosas, retención de la orina, orina completa, puede convertirse en el LIDACRON. El tratamiento es el más eficaz, notándose una inmediata mejoría. Venta en Farmacias. Laboratorio I. D. A. T. Consejo de Cient. 280 - Barcelona.
C. S. núm. 3.500.
Lidacron



ESTRENOS Y REPOSICIONES

COMEDIA. — «El diablo, farsa de Carlos Llopis»

Si la obra que estruendo la otra noche la compañía de Ismael Merlo y Milagros Pérez de León tiene la intención de ser una farsa, no hubiera agraído ver en ella mayor cantidad de burla y un más decidido propósito de hacer reír a costa de la inverosimilitud del tema. Pero el autor ha imaginado una historia muy humana, muy corriente, y hasta diremos muy vulgar, en la que hace intervenir no uno, sino dos diablos, con azufre y otros elementos habituales del repertorio satánico, que chocan y discrepan en el deslizar un tanto caótico de una sencilla historia de amor.

Un muchacho rico, soltero y probablemente de poca experiencia, ha decidido matarse por la desdicha de la mujer a la que ama. Pero su buena estrella, y el interés del autor, del público y de los actores, quieren que no muera; quien impide el suicidio es un buen señor que quiere tanto a su hija, que consiste en tomar las apariencias del diablo para jugar que esta jovencita, perdidamente enamorada desde niña del galán desahogado, consiga sustituir a la infiel en el corazón de este tenebroso amante de las sombras. No es fácil lograr esta victoria, en primer lugar porque el galán

donados en varias intervenciones y al final de la zarzuela.

COMEDIA. — «El profesor Saturno, comedia cómica de Manuel López Marín y Luis García Blotia»

El profesor Saturno es un buen señor, que a causa de una desgracia familiar causada por unas brujas echadoras de cartas ha instalado un gabinete de magia, donde enseña a portar a los incautos, vengándose así del daño que le hicieron con sus malas artes unas desahogadas mujeres que vivían del mismo oficio que ahora es el suyo. Planificada de esta forma la situación, ofrece a los autores mil ocasiones de interesar al público con un estudio psicológico, fino y acertado, del que se han desentendido por completo, prefiriendo recurrir, con el afán de hacer reír pronto y mucho, a tópicos gastados, a una dispersión constante de la acción principal, a chistes no siempre felices y, sobre todo, a un sentimentalismo completamente fuera de lugar.

En los dos primeros actos hay momentos que dejan esperar un desenlace más a tono con que la experiencia de los autores y su dominio del diálogo cómico hacían presagiar; pero llegado el tercero, casi todo el interés y se siente una francamente defraudado.

El señor Azaña y María Luisa Gómez hicieron esfuerzos para entretener al público con su juego fácil y gracioso; el resto de la compañía cumplió bien y mereció los aplausos que, principalmente, abundaron al final del segundo acto, saliendo los autores al escenario.

MADRID. — «El rey que habló»

Con todos los honores se ha celebrado la reposición de «El rey que habló», por la compañía que actúa en el teatro Madrid. El arriero ha sido acogido con todo entusiasmo por el público de Madrid, quien siguió con interés las incidencias del libro y aplaudió con entusiasmo la partitura de la popular zarzuela, muchos de cuyos números hubieron de repetirse.

La compañía, que dirige Pepe Viñas, se superó en la representación, por lo que los aplausos del auditorio, que llenaba la sala del colegio de la plaza del Carmen fueron atronadores durante toda la feliz jornada.

COLESEYM. — Reposición de «La rosa del azafraán»

Caracteres de verdadero estreno tuvo la reposición en el Coleseym en la tarde del martes de «La rosa del azafraán»; el teatro se encontraba completamente lleno para escuchar a Pepita Embil y Antonio Medio, que por primera vez en Madrid interpretaban la conocida zarzuela del maestro Guerrero. Estos dos excelentes artistas escucharon una ovación al final de su actuación, alzándose varias veces la cortina en medio de las ovaciones del público, que muestra claramente su preferencia por las buenas obras líricas del repertorio.

Hay que felicitar una vez más a la Compañía del Coleseym por el acierto que han tenido al brindarnos esta serie de

Ante el beneficio de Celia Gámez



Ha aquí la extraordinaria y bellísima supradotada Celia Gámez, que después de una triunfal y larga temporada en una sala del empuje de la del Reina Victoria, celebra el próximo día 14 su función de gala, días antes de su partida para su gira por España.

reposiciones bien montadas y perfectamente interpretadas de obras maestras de nuestro teatro lírico español.

ZARZUELA. — «La educación de los padres. En beneficio de los damnificados de Canfranc»

Ha tenido extraordinario éxito esta representación, organizada por la C. N. S. de Madrid, con asistencia de jerarquías y personalidades, en beneficio de la suscripción iniciada por la Organización Sindical para reconstruir al pueblo de Canfranc.

Se puso en escena por la compañía titular de la Zarzuela —Martínez Soriano Pinillos— «La educación de los padres», que alcanzó el éxito acostumbrado. Como fin de fiesta actuaron artistas de variedades, y hubo cuadros de danzas y actuación de la orquesta de Educación y Descanso. Salto muy complacido el público, que llenaba totalmente el teatro de la calle de Jovelano.

FUENARRRAL. — Lola Flores y Manolo Caracol, con su espectáculo «Zambra»

Los dos «ases» del género flamenco están de nuevo en Madrid, y en un teatro situado en el barrio de Chamberí, donde se han presentado con su magnífico espectáculo «Zambra», para poner de relieve el magnífico triunfo conseguido por la bellísima Lola Flores, por el estilista del canto flamenco Manolo Caracol y por todos los artistas que forman la compañía. Bastaría decir solamente que la amplia sala del Fuenarral está llena tarde y noche por un público que se deleita con la variedad y el arte del espectáculo «Zambra», que durará en los carteles del teatro, a pleno éxito, todo el tiempo que Lola Flores y Manolo Caracol permanezcan en la popular sala chamberleña.

CALDERON. — Agasajo al divo tenor Ricardo Mayral

Va tocando a su fin la brillante y magnífica campaña de la compañía titular de Calderón, en la que han presentado al público madrileño varias óperas y lo más escogido del género lírico español. El público ha respondido como merecía esta campaña artística, verdaderamente digna de elogio, llenando el teatro de la calle de Atocha.

Recientemente se ha tributado un merecido agasajo a una de las figuras más destacadas del elenco: el gran tenor Enrique Mayral, que cuenta por éxitos sus actuaciones. Interpretó maravillosamente el protagonista de la inmortal obra de Vives «Doña Francisquita», teniendo que repetir algunos números ante las prolongadas ovaciones del público. Con el agasajado compartieron el

AL HABLA CON FERNANDO GRANADA

LOLA FLORES, MANOLO CARACOL y sus PROYECTOS

Asaban de respirar en el teatro Fuenarral nada menos que así y así, de «ases» del arte folklórico andaluz que son la genial Lola Flores y el «vengo» del canto, Manolo Caracol. Charlamos. El estilista gitano es, además de «cantor» incomparable, un hombre que sabe lo que se relaciona con sus negocios teatrales, y, a pesar de nuestra vieja amistad, no ha querido decirnos nada de sus proyectos para la temporada venidera. Ellos dos solamente añejan formar espectáculo propio, mas ninguno quiere soltar prenda en qué va a consistir.

Fernando de Granada, que acaba de hacer un paréntesis en su brillante gira por el Sur, es quien nos informa sobre los planes de Lola Flores y Manolo Caracol para la temporada venidera.

—¿Aquí estuvo el otro día Lola Flores. Manolo nos expuso sus planes de presentarse en el Reina Victoria la temporada próxima, con todos los honores.

—¿Con el mismo espectáculo?

—No, no. Lola y Caracol, dos nombres de gran fuerza que ya van unidos al éxito, piensan montar otro completamente distinto a base de comedias líricas, en la que habrá de todo; esto es, arte flamenco y estampa de las principales regiones españolas.

—¿Y el debut?

—Es muy probable que el nuevo espectáculo se presente en el Reina Vic-



Lola Flores.

continúan unos programas de variedades con Raquel Meller. Hay otro paréntesis en los meses de julio y agosto, que, como tú sabes, estaban reservados a la compañía de Alady.

—¿Y qué hay de ese asunto?

—¿Que quieres que haya? Nosotros hemos tomado todas las medidas para que se cumplan los compromisos, y, sobre todo, para que no se nos perjudique en nuestros intereses.

—¿Y en septiembre?

—Habría-Alfayate, que harán todo el mes de septiembre, hasta la reaparición de mi compañía, en los primeros días de octubre.

—¿Por mucho tiempo?

—Hasta el Domingo de Ramos.

—¿Muchas novedades?

—Sí las hay; pero no quiero decir nada, porque hay muchos intereses contrarios y yo no quiero quedar mal con nadie.

—¿Y de la reforma de tu compañía?

—Es una cuestión que hacía tiempo tenía el propósito de abordar, con objeto de ir acoplándola a mi gusto a base de grandes figuras, con vistas a nuestra presentación en Madrid.

FONTALBA

Compañía lírica del maestro

Moreno Torroba

Últimos días de actuación

ÉXITO ENORME DE

LA NIÑA DEL CUENTO

Reaparición de Juanita Reina

Juanita Reina, la extraordinaria artista de la canción española, que obtuvo un triunfo clamoroso con su presentación en el Reina Victoria de Madrid la temporada anterior, y que volveremos a admirar durante la temporada en el teatro Fontalba, al frente de su nuevo espectáculo, escenificado por Rafael de León y Antonio Quintero, y al que pondrá su correspondiente partitura el popular maestro Gálloga.

Reina Victoria Cella Gámez

Triunfo colosal de Cella Gámez

Fin de semana

El próximo día 14 GRANDIOSO HOMENAJE A LA SIN PAR «ESTRELLA» con GRACITA DE TRIANA y BERNARD HILDA

Ignora este encendido amor de la joven, pero todo se arregla al cabo de no pocas peripecias, que nos demuestran la experiencia, esfuerzo y acierto que también su evidente deseo de sorprender con el ingenio de sus inventos. El «segundo diablo» «auténtico», esta vez viene en ayuda del periplo Lucifer de ocasión y le sugiere, en un latín macabro, la fórmula de salvación, que consiste en desahogarse a su gusto amor para dejar paso franco al nuevo.

La obra ha gustado, a pesar de algunos defectos en el diálogo y de la elección, no siempre afortunada, de los chistes destinados a justificar el epígrafe de la comedia. Milagros Pérez de León representa maravillosamente el papel de la joven enamorada. Ismael Merlo es un aristócrata desahogado de la vida, que gusta, sobre todo, cuando no se muestra hastiado, y el resto de la compañía sostiene con brío y acierto el juego de estos dos excelentes primeros actores, que han recogido, con el señor Llopis, autor de la obra, calurosos aplausos al finalizar los tres actos, singularmente el segundo, que es el más teatral y el mejor.

ESTRENO DE «MIMI PINSON»

La falta de espacio y la premura con que hay que enlucir esta nueva zarzuela de los consagrados libretistas Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw nos impide dar la extensión que merece tanto el libro como la partitura. del novel compositor, el joven maestro Viza. Vaya por adelantado que tanto los autores como los intérpretes, entre los que destacó Marijula Vallojera y el tenor Fabregat, fueron entusiásticamente ovacionados.

CIRCO DE PRICE

No deje de ver usted el nuevo programa de

SERPENTINA

con tres actuaciones del

SCALA DE BERLIN

y la genial

Gloria Romero

HOY REAPARECE RAMBAL EN CALDERON

El magnífico actor y excelente director de escena Enrique Rambal, se presenta de nuevo en Madrid al frente de su compañía de grandes espectáculos, con la comedia maravillosamente conocida «Rebeca». Rambal llevará a efecto en la sala del Calderón una larga campaña escénica, que durará hasta los primeros días de septiembre, durante la cual nos dará a conocer varios estrenos, que han sido otros tantos éxitos en provincias.

CALDERON

HOY SABADO

Presentación de la gran compañía de grandes espectáculos

RAMBAL

con la triunfal comedia

REBECA

triumfo María Teresa Moreno, Conchita Bafuís y Eladio Cuevas.

También se ha representado en el escenario del Calderón «Los de Aragón», «Los clavados» y «La Dolorosa», alcanzando Ricardo Mayral unos éxitos como pocas veces se recuerdan.

El público salió sumamente complacido de la labor artística que en Calderón realizan la Dirección del teatro y la compañía que en el actúa.

ESTRENO DE LUIS ESCOBAR EN BARCELONA

La compañía teatral de Isabella García ha estrenado la otra noche en Barcelona una graciosa comedia de Luis Escobar titulada «Madrugada indolente». La obra fue muy aplaudida, la interpretación buena y al autor saludó al final de cada acto.

JACINTO GUERRERO, FUERA DE PELIGRO

No es necesario satisfacerse con el triunfo de Jacinto Guerrero, que obtuvo un triunfo clamoroso con su presentación en el Reina Victoria de Madrid la temporada anterior, y que volveremos a admirar durante la temporada en el teatro Fontalba, al frente de su nuevo espectáculo, escenificado por Rafael de León y Antonio Quintero, y al que pondrá su correspondiente partitura el popular maestro Gálloga.



—La nativa bomba, querido, la traigo yo.

—Estoy en brazos, ¿venga?

—Pélope Sassone y Manolito Crespo administradores feroces de don Jacinto, me acaban de decir que se le va a tender al ilustre dramaturgo un grandioso homenaje de carácter nacional.

—¿Formidable! ¿Y en qué consiste?

—Querido, yo no sé tanto, pero que por ahora le será suficiente con conocer la noticia, ¿no es así?

—¿Y qué más? Porque tú nunca vienes con una sola.

—Se que el pleito entablado por la Empresa del Reina Victoria contra la representación de la compañía de Alady.

—¿Vaya elemento!

—Responda, no seas impaciente. La cosa marcha. Por lo tanto, Lusarela, con muchísima razón y previniéndose de antemano, ha requerido y notificado notarialmente al señor del trío.

—Ese sí que es un empresario modelo y buena persona.

—Buena; pero quieres a no que te lo explique todo?

—Venga.

—Ha requerido notarialmente, repito, al señor del Arco y a su representante (firmante de un documento que es todo un confuso).

—Ya sabes también que en el Maravillas va a dar comienzo la serie de grandes programas de variedades.

—Eso me has dicho, ¿pero es verdad que habrá sesiones continuas?

—Ese es el propósito de la nueva Empresa que se ha quedado en attendance con aquella sala por cinco años.

—Me parece admirable que la nueva Empresa, según tengo entendido, tenga el propósito de hacer solamente recitales en invierno y variedades en pleno verano. ¿No es así, o no?

—Eso parece. De lo que me has hablado, y muy bien por cierto, ya de la partitura que Jacinto Guerrero ha hecho para el libro de Rafael Fernández Shaw, que lleva por título «Tiene razón don Sebastián».

—A mi también. Jacinto ha rotulado su obra lírica y es de esperar que tenga un triunfo clamoroso, así como Antonio Medio en la interpretación central del asunto que todo el mundo aguarda con verdadera ansia.

—Ya pocas días faltan para saber a qué atenernos y comprobar si es cierto todo cuanto se dice por ahí.

—¿Pero es que se va a estrenar pronto?

—Verás. Se aguardaba a que Jacinto estuviese completamente restablecido, porque él tiene, ya lo conoces, verdadera empeño en empujar la batalla. Pero como la cosa se ha retrasado un poco, parece que ahora se piensa en estrenarlo a fines del actual mes; esto es, en la fecha en que el público podrá re-valorar sus ideas.



El martes próximo se celebra también en Martín el agasajo a la encantadora Marijula Tamayo, una de las primeras figuras del teatro de la calle de Santa Brígida. He aquí a Marijula Tamayo en una de sus felices escenas, acompañada por el grandioso y admirable actor Rafael Gálloga, en el número de la epígrafe de la obra en cartel.

CINEMATOGRAFIA

EL FILM DE LOS FILMADORES

UNA CANTANTE Y UNA BAILARINA: MARTA EGGERTH Y ELEONORE WHITNEY

POR A. VALERO DE BERNABE

Un día cualquiera —para ella cualquier día—, Marta Eggerth, cantante europea, interpretó victoriosamente en la pantalla. Con aquel film musical, magnífico e inolvidable de Willy Forst, ella apareció ya antes en el lienzo, en otras películas de inferior calidad artística. Pero fue «Vuelan mis alas» —la sencilla evocación del músico romántico Franz Schubert— el día que pasó por el mundo de espectáculo a extremo, el nombre, el arte, la personalidad y la voz maravillosa de Marta Eggerth.

Y con el triunfo, vino el cortejo inevitable —molesto en ocasiones— de la multitud. Sin embargo, el público, su público —formado por millares de admiradores de los dos sexos— no puede decir que la conoce. Fuera de la pantalla —la mágica plataforma de los éxitos— son tan distintas las figuras —las estrellas— de un nuevo firmamento, móviles y caprichosas, ficticias y especulativas —a como las vemos reflejadas allí, sobre el lienzo mágico de proyección.

Fus precios que los periodistas —los insomnables e indiscretos reporteros— buscarán en su pasado, que la asaltarán, una y otra vez, a preguntas, para poder reconstruir la silueta artística de aquella nueva triunfadora, de aquella mujerafortunada que acababa de recibir en su frente el beso de oro de la gloria. Tarea nada fácil, en verdad, porque Marta Eggerth no se presta así como así a la entrevista intencionada, que trata de satisfacer la curiosidad —ya inocente, ya morbosa— de la gran masa de lectores. Es más: ella misma ha confesado después que el público, con su insaciable prurito de saber cosas ajenas al arte de sus artistas favoritas, ejerce sobre ellas una verdadera dictadura... Estas palabras, aparentemente duras, son de una gran sinceridad, y las reconocimos porque reflejan muy bien el carácter privado de la «estrella» que nos ocupa.

Consecuencia de esas sinceras palabras son sus respectivas negativas. Y es por orgullo, que está muy lejos de sentir. Fue la modestia —acaso la más bella de las virtudes— la que las inspiró. Y es que la modestia, en la gran cantante, es una manifestación dominante de su personalidad. No se trata de una meditada postura para producir efecto. La vida interior de la estrella de tantos films sentimentales es una vida de pequeños placeres domésticos, muy femeninos: le gusta cocinar, arreglar sus vestidos, y prefiere, naturalmente, bailar o tapitar sus muebles, cambiar constantemente de sitio sus

«bótems», recibir a sus amistades, cuidar de las cien minucias del orden y el ornato de una casa, limpia y alegre... Esto es, en suma, la revancha que la mujer se toma sobre la actriz, que las pocas horas de descanso y de libertad que puede disfrutar para «contrastarse a sí misma»... (Una frase que dice con frecuencia.)

No sonríe irónicamente, lectora; pues todos estos detalles son ciertos. Pero no voyas a creerle que Marta Eggerth es una persona vulgar. La delicada cantante es una mujer moderna, muy moderna. Adora los deportes y los practica a diario. Frecuenta las piscinas, juega al tenis, monta a caballo y conduce con maestría su automóvil... «No es bonita del todo esta mujer... pero gusta», se oye decir frecuentemente como comentario a un fotograma o un retrato suyo. En efecto, no es guapa, pero sí atractiva, simpática, adorable. Tiene su figura como el sutil encanto que se desprende de su tierra natal. Es decir, el aire suavemente nostálgico y apasionado de los países de Hungría...

Nació el año 1914. Un año trágico de contigüación europea. Y bien pronto reveló unas excepcionales condiciones para el canto. Tan es así, que a los once años se presentaba en un escenario de Budapest con la ópera «Mágnif de París», cosechando nutridos aplausos y despertando generales simpatías... A los doce años —o sea un año después— interpreta «Los cuentos de Hoffman». Y a los quince estaba ya considerada como la mejor tipa de ópera de su país. De aquel tiempo data su éxito más destacado, el que obtuvo con la ópera de Kálmán, «Violeta de Montmartre». El conocido compositor la confió, a su regreso de una gira triunfal por los países escandinavos, el papel más importante de su obra. Del acierto en la elección fué buena prueba el éxito alcanzado por la partitura y su interpretación en la noche del teatro Oscar Strauss, de Viena.

Hasta aquí, su vida artística como cantante. Una vida brillante, que había de tener una gloriosa continuación en el cine. El director Elshberg la vio trabajar en la ópera «La chauronera», y le propuso tomar parte en su film «La vida del novio». Después hizo «El sueño de Schöenbrunn». Más tarde, «La princesa de la Cárdena», en su versión alemana. Y, finalmente, fué elegida por Willy Forst como protagonista del famoso film «Vuelan mis alas». Un triunfo inolvidable, que todavía le produce emoción. Conquistada ya para la pantalla de una manera definitiva, viene a continuación los éxitos de «Mi corazón te llama», «Casta Diva», «Una Carmen rubia», «Una canción, un beso, una mujer», «Vida mía», etc. Una larga serie de títulos lejanos su fecunda carrera cinematográfica.

Marta Eggerth pasó por Hollywood sin impresionar un solo metro de celuloid. No fué captada por los americanos, no fué comprendido su arte, esencialmente europeo, y volvió de allí para comenzar de nuevo en el viejo Continente a trabajar y triunfar. Cansada con el no menos famoso cantante y actor de cine Jan Kiepura, es una de las «estrellas» que hoy más agradan y atraen a los públicos...

Aquí le tocó: Eleonore Whitney, casi una chiquilla que mide escasamente cinco pies de estatura, pero que en su pequeño cuerpo encierra toneladas de gracia, y en su cabecita linda guarda un cerebro tan poderoso como de las más brillantes inteligencias de que puede enorgullecerse una mujer joven.

Todo empezó cuando una pizca de diez años solicitó de Bill Robinson,

el admirable campeón negro de «stop-dances», que le permitiera bailar delante de él. Robinson, contratado entonces en uno de los principales teatros de Cleveland (Ohio), consintió en recibir a la niña en su «camerino». Y Eleonore bailó hasta que le faltó la respiración...

Robinson se quedó mirando a la que buscaba su instrucción y apoyo: una simpática sonrisa se dibujó en sus enormes labios y, acariciando la linda cabecita, que casi no podía tenerse en posición vertical después del esfuerzo realizado, dijo con amabilidad:

«Sí, muñequita preciosa... Yo te enseñaré todo lo que sé. Y si es verdad que entiendo de estas cosas del brillo, yo te aseguro ahora que llegarás a ser una de las mejores bailarinas del mundo...»

Bill Robinson cumplió su promesa... y no se equivocó en su profecía. Eleonore Whitney está hoy considerada como una de las mejores «stop-dancers» de los Estados Unidos... Eleonore ha encontrado el secreto de transformar en un baile particular cada movimiento que percibe en personas y animales, y hasta en las mismas cosas u objetos... El cambio de los pájaros, la marcha de un ítem, el destila de un regimiento de soldados... todo impresionó su percepción artística especial y le sirvió de inspiración para crear un número de baile, original y sorprendente...



Amparito Rivelles, en el personaje central de «Eugenia de Montijo», la superproducción española que se rueda bajo la dirección de José López Rubio.

Porque baila bien, porque pone expresión en su baile, y más que todo, porque no son sólo sus pies, sino su cuerpo y hasta su alma lo que interviene en sus bailes dinámicos y modernos, Hollywood la llamó y la ha hecho ocupar un puesto entre sus «estrellas».

En pocos meses de carrera cinematográfica hizo tres películas, y en las tres la pequeña Eleonore, que no pesa cien libras y tiene el cuerpo más perfecto que hasta la fecha se ha presentado en la pantalla, baila sin cesar, baila, e lo largo del camino que la conduce, desde la pantalla, hasta el corazón de los que la ven...

No voyas a creer que Eleonore es sólo una bailarina notable. También es buena actriz, dócil y fotogénica, siempre expresiva. Apenas terminada su tercera película, la prorrogaron el contrato, que hoy sigue en vigor. Y

AVENIDA
QUINTA semana de éxito

TOLERADA MENORES

la pequeña y graciosa «estrella» con la siguiente:

«Ahora si que voy a comprarme un automóvil... Muchas de mis amigas se extrañaban de que no le tuviera ya. Pero yo no vine aquí a presumir y gastar lo que ganase sin orden ni concierto, sino a establecer, al poder, mi personalidad en una nueva profesión, con la que soy desde que era muy niña... El baile y el cine han sido mi sueño dorado, y ahora lo voy cumpliendo. Bill Robinson ha hecho posibles mis aspiraciones de llegar a bailar. Espero que Hollywood haga de mí, con el tiempo, una buena actriz de la pantalla... Y si no llegara a hacerlo, estaría, de todos modos, muy agradecida por haberme dado la oportunidad de destacar como intérprete siendo solamente bailarina...»

Eleonore Whitney es, según severos críticos y autorizados técnicos de cine, «una de las más firmes realidades de la pantalla mundial y una de las más ríspidas esperanzas para un próximo futuro»...

«Mowgli» y las fieras,
o no es tan fiero
el león...

El público que llena diariamente el cine Avenida, atraído por el éxito rotundo de «El libro de la selva», y que al colmar la espléndida sala lo hace sabiendo que presenciara maravillas, sale a la calle —a la céntrica rúa arriera de la vida madrileña— plácidamente convencido de que no es tan fiero el león como lo pintan, o sea que a través del héroe Mowgli, el muchacho que convive con las fieras en el ambiente espeso de la jungla, ellas llegan a parecer simpáticas y amigas del hombre, capaces de sostener un trato afectivo con quien poco a poco sepa inspirarles confianza.

El encanto poderoso de la fábula que ilustró con su texto y sus grabados los días dorados de nuestra infancia, resurge en el corazón de los espectadores al conjuro de las imágenes sonoras y coloridas de la película de los hermanos Korda, mágica plasmación del relato original de Rudyard Kipling... El adulto se siente niño y comprende que lo más bello es ignorar la verdad de las cosas para creer en lo fantástico, lo que ofrece a las imaginaciones inocentes un mundo desconocido de infinitas bellezas...

Mowgli y las fieras son los auténticos protagonistas de «El libro de la selva» y su recuerdo queda indeleble en la memoria de los espectadores. Sabido, el pequeño gran actor que hace palidecer las hazañas de Tarzán porque su agilidad adquiere perspectivas humanas de símbolo, y se remonta a las regiones de lo ideal, no es el héroe ocasional de un film de excepción, sino el propio Mowgli creado por Rudyard Kipling. Los animales feroces inclinan sus fauces ante la inocencia maravillosa de Sabo, el pequeño negro como la serpiente «pitón». Toleran que el adolescente se interne en sus dominios como el único ser humano que merece el respeto y la amistad de los irracionales...



Una escena de la maravillosa y espectacular película «El libro de la selva», que triunfa en quinta semana de proyección en el cine Avenida.

«Lecciones de buen amor» y
lecciones de buen cinema...

La producción española de Rey Fort, estrenada en el Palacio de la Música, se titula «Lecciones de buen amor», y en ella se explican, por Rafael Gil, lecciones de buen cinema... No se trata de un juego de frases, sino de una realidad, que podrá comprobarse asistiendo a la proyección de la interesante y muy divertida película.

El guión de Rafael Gil sobre el texto escénico del glorioso maestro Benavente imprime el ritmo exacto que las situaciones requieren y conserva la esencia psicológica, de sutil ironía, del asunto original. «Lecciones de buen amor» supondrá un nuevo triunfo del cinema español y añadirá elogios y aplausos a sus intérpretes: Rafael Rivelles, Pastora Peña, Mercedes Vachin, Manolo Morán, Milagros Leal, José Orjas y Lulio Martínez.

Nuestra pantalla se enriquece con «Lecciones de buen amor», fina comedia que, a través de graciosas escenas, el concepto de los deberes matrimoniales, y que puede servir, efectivamente, de doble lección: en la moral y en el cine...

Ello va formando para Manuel del Castillo y C. E. A., escena por escena y detalle por detalle en los estudios de la Ciudad Lineal. Y el cinema español, al exhibir «Eugenia de Montijo», habrá cumplido una romántica obligación con la figura de la española impar por su belleza, su donosura y su talento... Figura que Amparito Rivelles, la joven «estrella», encarna, a las órdenes de López Rubio, asombrada de haber sido elegida, pero dispuesta también a demostrar que sabe corresponder a la confianza que en ella se deposita...

Alimentar y defender el cutis es la misión que insuperablemente desempeña

"Hesperin"

«LA CREMA QUE DETIENE AL TIEMPO»

Y es así porque para integrar «HESPERIN» seleccionamos, tras rigurosas comprobaciones de laboratorio, aquellos productos de más elevada potencialidad nutritiva de las células formadoras del cutis, a la par que los que más fácilmente absorben, dotados en la debida proporción de vitaminas, sobre todo vitamina A —vitamina antienvejecimiento, como por su acción promueve Mellanby se la denomina—, cuya falta altera el metabolismo celular, lo que disminuye considerablemente la resistencia orgánica a las influencias nocivas.

De lo expuesto dedúcese el porqué de la virtualidad insuperable de

"Hesperin"

«LA CREMA QUE DETIENE AL TIEMPO»

para que el cutis no se marchite y se mantenga siempre bien nutrido, sano, vigoroso, en plena juventud.

"Hesperin"

«LA CREMA QUE DETIENE AL TIEMPO»

expíndese en los establecimientos selectos a

Pesetas OCHO, Impuestos aparte

Dr. CRESPO y HERMANO

TOLOSA (ESPAÑA)

Representante en Madrid:

D. GABRIEL SEMELAS, ALANUEVA, 17

«HESPERIN», Agencia de Publicidad.—Tolosa.

LA MEJOR AMIGA DEL HOGAR: Radio-Andorra

está exclusivamente la causa de nuestros desvelos, trabajando únicamente la cáscara negra, segundo sabe y por no adjudicarlo a ninguna materia en particular, el misterio de colorado, la adonación de nuestro Pimentón de la Vera, y que cada día tiene más adeptos entre los fabricantes de embutidos, por lo que estos se han multiplicado en número. También los buenos comerciantes, los que trabajan por servir bien a su clientela, se refugian con nosotros sus operaciones, porque saben que los productos que nosotros ofrecemos al mercado y que se hacen de verdadera necesidad el tenerlos en sus establecimientos, para que los clientes que a ellos acuden, cumplan con los de otras regiones que producen calidades muchísimo más inferiores.

Nuestros negocios, como ya he dicho de servir a tanto de nuestros clientes, hemos tenido que dedicarnos, ante el secado se hacía por medio de quemado de paja; ahora únicamente lo hacemos por leña, para que el producto que nosotros ofrecemos a la manera conseguimos extraer del pimentón el sabor a leña que tenía por su secado; ni que decir tiene que esto ha dado lugar a que los productos que nosotros también trabajamos intelectual, puesto que cada fabricante ha inventado su modelo, por lo que cada uno no sabe el orgullo de tener un producto que es único en el mundo, que da justa fama a la Vera y confiamos que pronto se piquen nuestros desvelos y trabajos con ventas que nos restarán el tiempo que nos quedaba para la compañía de recorrer los pabellones y molinos y confiamos que...

Por fin, a Madrid, y después de dar de mano las gracias a mi hermano, desvelo, le presento que los productos que nosotros ofrecemos al Pimentón y que este muchacho, recién se ha estado, terminando pronto los graves acontecimientos que en España se van en estado floreciente, que bien lo merecen por sus labores y trabajos cerca de cincuenta años de dedicación al Pimentón de la región de la Vera.

P. D.—Don José Ilustre Morcades, propietario de la marca (Pothos), de Jaramilla de la Vera, me escribe para decirme que, ante la gran importancia que bien conoce de la plaza en que reside, en lo que está a la producción y exportación del Pimentón. Aunque implícitamente se desprende el hecho de la gran importancia que tiene el Pimentón de la Vera, pero me muy gustoso la salutación.

11 de junio de 1944
 NUMERO SUELTO:
 75 céntimos
 MADRID

DOMINGO

Redacción y Administración
 Carrera de San Jerónimo, 16
 TELEFONO 86000

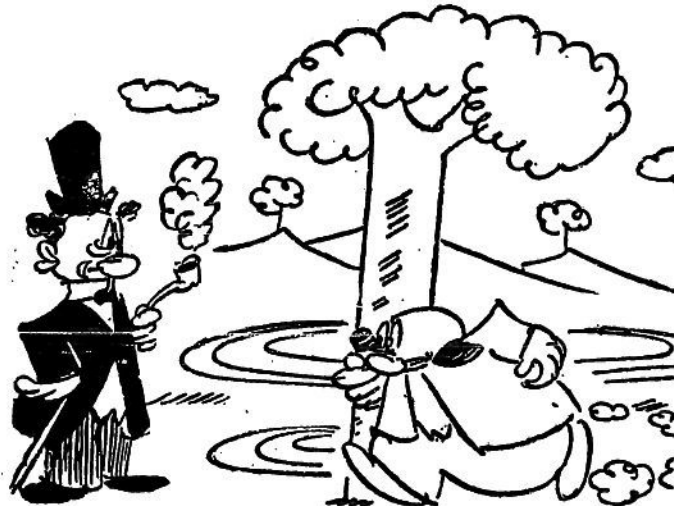
PAGINA DE HUMOR

INCONVENIENTES



—No te puedes figurar, mamá, qué carácter tiene mi marido. Basta que él quiera una cosa, para que yo quiera lo contrario.

AL PIE DE LA LETRA



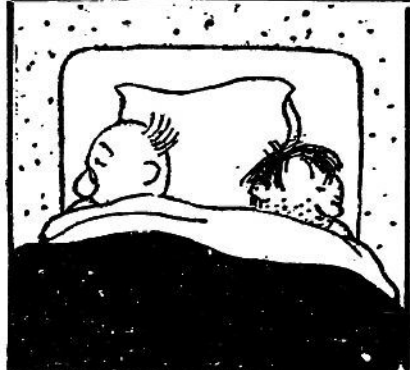
—¿Qué haces?
 —He recibido un telegrama que dice: «Mi tío está grave. Ven corriendo». Y voy corriendo.

RIVALIDAD INFANTIL



—Mi padre es académico desde 1933.
 —Y el mío, rounálico desde 1925.

BUEN CORAZON



Anís "ECIJA"
 LICORES — CREMA
 PONCHE — OORAC
 marca **Rival**
 DESTILERIAS
 "AGATON" (RUTE)

UN IMPRUDENTE



LA DAMA, NERVIOSA.—No tires el cigarrillo encendido en el suelo, Españolito! ¡No comprendes que puede derretirlo!...

SOLUCION



—Y a tu padre, ¿no le molesta carear de tabaco?
 —No. Fuma de las reservas de veinte años de trabajo. Es colillero.

HAY QUE TOMARLO CON CALMA



—Disculpe que le moleste... ¡Sabría usted, por casualidad, cómo se detienen esos molinos de viento!... Mi esposo estaba sentado en una de las aspas y, de repente, éstas se pusieron a caminar...

LA GOLILLA



—Perdón. Yo le vi antes.

DESPUES DEL BOMBARDEO



—Vete a jugar a otro sitio con la pelota, que puedes romperme un cristal.

PRISIONES



—Desearía ver al guardián.
 —Venga una hora más tarde. Está jugando al tenis.